REVISTA DE CIENCIA FICCIÓN

Invierno 2013 - VOL 1 - NÚM 3

FUTUROSCOPIAS

www.futuroscopias.com

TADDHAEUS

por Mauro Hinojosa

y otros relatos por Antonio Morera y Juacho Carrillo


Ilustración por Ricardo García Hernanz

FUTUROSCOPIAS

Revista de ciencia ficción



Contenidos para Vol. I, Núm. 3, Invierno 2012

Edición y maquetación: Ricardo García Hernanz.
Corrección y ayudante del editor: María Requena Castañol.
Ilustraciones por Marcos Hidalgo y Ricardo García Hernanz.
Portada y contraportada por Ricardo García Hernanz.
Diseño de la página web por rojo2 info@rojo2.com
Contacto: correo@futuroscopias.com http://www.futuroscopias.com



EDITORIAL

¿Cómo que no lees ciencia ficción?

En las referencias a la ciencia ficción como «literatura de género» suele percibirse cierto menosprecio al valor de sus novelas y relatos. Pocos escritores de renombre se reconocen como aficionados a la ciencia ficción o la tratan en sus novelas y, a la inversa, la consideración de literato no parece adjudicarse a los escritores de ciencia ficción, se los trata como meros fabricantes de entretenimiento para niños que quieren ser astronautas.

No hay que preguntar a sesudos estudiosos del arte de juntar palabras: todos conocemos ávidos devoralibros, con más o menos gusto, pero grandes aficionados a la lectura, que reconocen sin reparos no haber leído nunca ciencia ficción porque no les llama la atención, les da pereza o creen que no les va a gustar. (¡Todo un género!)

Parece que los estudiosos se avergüencen del género y cuesta encontrar entre ellos alguno que reconozca leerlo, o que realmente lo lea. Pero no hay que olvidar que antes que literatura de género, una novela de ciencia ficción no deja de ser un libro y debería valorarse como tal, intentando evitar los prejuicios que surjen cuando una obra se aleja de la norma.

La ciencia ficción suele plantear cierta controversia cuando se pretende «etiquetar»: por un lado, no se considera literatura de masas porque esta definición alude a un público general, sin distinción y con vocación universal, cosa que no ocurre con la ciencia ficción; por otro lado, tampoco se considera literatura «seria» por su cariz de entretenimiento y menor valor literario y profundidad. Esta concepción del género la lleva a encontrarse en tierra de nadie y dirigida a un público minoritario pero no por ello se la considera valiosa, como sucede con otras obras más estimadas por la crítica literaria. Además, pese a su atribuido carácter meramente recreativo, muchos lectores creen que para disfrutar de la ciencia ficción son necesarios conocimientos científicos y técnicos previos o, al menos, tener un cierto interés por estos temas.

Por todos estos motivos, la literatura de ciencia ficción no tiene el gancho que presentan obras de otros géneros más populares, aceptados o reconocidos. Casi todos los aficionados conocemos a alguien que alguna vez nos ha reconocido que «no lee ciencia ficción». Sin argumentos adicionales. Una afirmación radical que priva de grandes experiencias que nadie debería perderse. Son muchas las razones por las que leer ciencia ficción y nos gustaría exponer unas cuantas con la esperanza de animar a más gente a disfrutar de este tipo de obras.

Para empezar, existen obras de ciencia ficción con valor literario consensuado y conocidas universalmente, que cumplen con creces con el canon de obras literarias y que son consideradas dignas de estudio. *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury y *1984* de George Orwell son dos claros ejemplos de obras con enorme valor literario a pesar de ser literatura de género. Menos conocida puede ser *En alas de la canción*, de Thomas M. Disch, considerada un clásico en lengua anglosajona y su autor se encuentra entre los mas apreciados.

Otra razón de peso es la maravillosa sensación de sorpresa que provocan sus ideas creativas, originales y sorprendentes, muchas veces tan verosímiles que ni siquiera es necesario esforzarse por conseguir la suspensión de la incredulidad ante la lectura de nuevos mundos y conceptos que mientras dure la novela abren todo un nuevo abanico de posibilidades a nuestra existencia tal y como la conocíamos hasta ese momento.

Además de su valor literario, muchas obras de ciencia ficción poseen un importantísimo valor educativo y divulgativo, si bien es cierto que no siempre se lee para aprender, qué caramba, sino

para divertirse, emocionarse, entretenerse o simplemente para pasar el rato. Pero el hecho de experimentar todas estas cosas y además aprender algo por el camino es un valor añadido que presentan muchas obras de ciencia ficción, lo cual se puede utilizar como recurso para la enseñanza, ya que ese valor educativo se ve reforzado por los elementos de estructura y trama que hacen más atractiva cualquier obra de intención didáctica y facilitan el acceso a conceptos propios del corpus científico.

Muchos escritores de ciencia ficción son también escritores de textos divulgativos. Seguramente el más famoso sea Isaac Asimov, que en su obra *El universo* recorre multitud de áreas del saber científico de forma que cualquiera interesado en la materia pueda entenderlo.

Otras novelas de ciencia ficción cumplen con creces con esta función divulgativa y técnica. Como ejemplos tenemos la trilogía *Marte rojo, Marte verde, Marte azul* de Kim Stanley Robinson, *Mundo anillo* de Larry Niven o *Cita con Rama* de Arthur C. Clarke, que contienen un desarrollo técnico que resulta mucho más accesible al estar incluido en una narración literaria.

La ciencia ficción no solo enseña, sino que también inspira. Muchos científicos reconocen que la ciencia ficción fue una importante fuente de inspiración a la hora de empezar su carrera o como punto de partida de inventos o para el desarrollo de conceptos científicos, como cuenta Sergio L. Palacios en su artículo «¿Ciencia ficción? Sí, gracias» desde Naukas, una estupenda plataforma de divulgación científica.

El peligro de despreciar un género al completo, el peligro de encasillarlo, es que se pierde mucho de lo que puede ofrecer. Además, podría quedarse sin disfrutar de obras que mezclan distintos géneros en una única novela, como sucede en *Lágrimas en la lluvia* de Rosa Montero, una novela policíaca ambientada en el distópico universo de *¿Sueñan los androides con ovejas mecánicas?* de Phillip K. Dick.

Por supuesto, el lector aficionado a la ciencia ficción puede ser una persona que no solamente encuentra placer en la literatura sino también en la ciencia, un lector con miras lo suficientemente amplias como para disfrutar al mismo tiempo del placer de la palabra escrita y la estimulación intelectual que se le propone. Pero realmente no hace falta tanto para disfrutar de la ciencia ficción: haz la prueba.

Queremos que la ciencia ficción siga existiendo como género. Nos gusta lo que rodea a la ciencia ficción. Nos gustan los lectores que se consideran aficionados a la ciencia ficción. Nos gustan los temas que nos proponen y los retos que nos ofrece. Pero también creemos que se deben derribar las barreras que hacen que este género no sea tomado en serio para que una mayor cantidad de lectores puedan disfrutar de todo lo que puede ofrecer.

No etiquetemos, que nos perdemos mucho.

El editor.

«En el pasillo que recorría, las luces no parpadeaban y eran amarillas. Surgían en dos filas desde el suelo y el techo y recorrían toda su longitud a intervalos de un metro entre ellas. En el inmenso catálogo de códigos lumínico-acústicos, esa combinación informaba de que se había producido un imprevisto de clase 1, el más grave de todos.»



TADDHAEUS

Por Mauro Hinojosa

Ilustración de Ricardo García Hernanz

ANTES DEL SUEÑO

Escribió su nombre, su nombre completo, en la esquina inferior del lienzo, en rojo ardiente sobre el negro estelar salpicado de diminutos puntos blancos. Taddhaeus Jomonat. El nombre provenía de la expresión terráquea 'el que alaba', en una lengua ya muerta mucho antes de que el primero de los hombres dejara la atmósfera del planeta y se enfundara un traje espacial. Sus padres lo eligieron a sabiendas de que nadie lo llamaría así excepto ellos. Todos sus demás conocidos lo llamaban Tadd, y ahora que sus padres habían muerto, no tenía a nadie más a quien rogar que pronunciara su verdadero nombre. Ni siquiera podía esperarlo de un hijo, si alguna vez solicitaba hacerse las pruebas de aptitud para ello.

Dio dos pasos cortos hacia atrás que resonaron en el silencio de su camarote. La obra estaba lista, ya tenía entidad propia. Ya no le necesitaba.

–¡Vive! –gritó de repente, y se echó a reír.

El cuadro estaba justo delante de la imagen real que imitaba, un paisaje galáctico estático visto desde la amplia ventana. Comparándolos, el cuadro carecía de la exacta perspectiva entre los distintos cuerpos celestes, pero a cambio compensaba la desproporción cromática y creaba un todo más equilibrado, más sereno. Movía emociones. Decía algo. Ese era el motivo último de su presencia allí, el resultado de los inmensos esfuerzos que los miembros de su equipo habían realizado para convencer al almirantazgo y la presidencia de la flota de la importancia de incluir una hora semanal de «conservación de la humanidad» dentro del horario de trabajo de la tropa. La verdadera lucha, una vez razonada la propuesta, había sido conseguir que se sacara ese tiempo de la jornada laboral. Aquello sí fue una auténtica guerra, pero había valido la pena. Ahora cada nave disponía de un «guardián de la humanidad» con rango efectivo de oficial de grado dos, lo que equivalía al máximo cargo responsable de cualquier especialidad a bordo: ingeniería,

comunicaciones, telemetría... En un sentido algo vanidoso, toda la tripulación estaba a su cargo, ya que, excepto sus iguales jerárquicos y la comandancia, todos eran sus alumnos. Dado que en la Sinergia servían doscientas cuarenta y una almas (un término que la tripulación probablemente aún no estaba lista para escuchar en alto) sin contarle a él, había decidido utilizar la división militar para facilitar la agrupación, un total de ocho cuerpos de servicio repartidos en las distintas tareas de la nave. Eso daba un promedio imposible de treinta coma ciento veinticinco alumnos por clase. Redondeando (otra palabra que tampoco usaría alegremente) había decidido establecer clases con un número variable de alumnos, entre catorce y diecisiete en función de sus tareas particulares y otras consideraciones. En definitiva, disponía del tiempo suficiente para predicar con el ejemplo, es decir, para cultivar aficiones más allá del trabajo, para descubrir el placer y la propia identidad mediante ejercicios de abstracción. Las clases habían comenzado hacía menos de dos estaciones estándar y ya había logrado que Geoff, un soldado de primera clase muy dado al ejercicio físico, le solicitara una lectura para su esparcimiento. Se lo había expresado mediante los canales habituales, avisando a toda la plana mayor del puente, haciendo constancia impresa y cuadrándose delante de él, pero algo era algo. Taddhaeus había respondido entregándole intencionadamente un ejemplar de *Frankenstein*. A partir de él, otros empezaban a manifestar cierto grado de empatía con la clase, e incluso de interés en momentos concretos, especialmente (tampoco podía esperar otra cosa) cuando trataba temas técnicos o proporcionaba datos de fechas exactas.

Creamos máquinas para actuar como hombres, y ahora creamos hombres para actuar como máquinas.

Pese a todo, aún tendría que esforzarse más. La *Sinergia* se mantendría estacionaria durante otras tres jornadas para obtener muestras en el planeta seis del sistema Roset. Lo bueno era que había dispuesto de tiempo para terminar su obra: la llamaría *Momentum*. Lo malo era que se habían doblado los turnos y se habían cancelado las clases, procedimiento incluido en una cláusula muy conveniente de actuación ante imprevistos. Denominar imprevisto a una maniobra de reabastecimiento por el hecho de que no había sido programada de antemano, sino que se había decidido al reparar en la riqueza de recursos del planeta durante una lectura exploratoria de rutina, alentaba a Taddhaeus a pensar que al menos los mandos superiores no carecían de cierta imaginación para elaborar interpretaciones abstractas en su beneficio y que no había sido tan mala idea acceder a no incluirlos en las listas de alumnos. Su afán de encontrar la parte positiva en todo le había dado la idea para su próxima clase después de un cuarto de estación de receso. Una idea algo aventurada, quizá excesiva, pero que valía la pena si lograba de ellos una reacción nueva. El lienzo era esa idea, un paisaje que veían continuamente, que seguirían viendo durante al menos dos generaciones en su viaje hacia la colonia de Alfa Uno, y que ya no les decía absolutamente nada.

Taddhaeus se estremeció ante la inmensidad del cosmos, ante su osadía al intentar captar tanto en tan poco espacio. Recordó las investigaciones que hizo durante su juventud. Mientras se preparaba para su examen de grado superior en Aplicación de la Conceptualización Reflexiva, estudió el movimiento de inercia redundante. Su principal proposición era que, en un universo infinito tendente a la expansión, la distancia era inversamente proporcional a la importancia del tiempo. Por lo tanto, la existencia consciente, la vida misma, sus actos, eran en el fondo intrascendentes. Simplemente, el ser humano no importaba en el orden del universo. Al recordar las antiguas enseñanzas, sus ojos se quedaron atrapados en la eternidad exterior. Consciente de que sus reflexiones alimentaban su percepción, saltó de estrella en estrella y las recreó a su voluntad. Fabricó en su mente un cosmos sin esquinas para añadir su firma en rojo. Por lo demás, era su obra, una más, sacada de la misma fuente. Había creado, fuera lo que fuera el significado de esa palabra. Si cualquiera de sus alumnos fuera capaz de hacer algo así por propia voluntad, incluso sin proponérselo, su objetivo se habría visto cumplido con creces.

Un aviso de atraque se elevó desde los altavoces junto a una luz verde, parpadeante. Taddhaeus miró su reloj, una antigualla de pulsera que se negaba a morir con dignidad. El segundo turno volvía pronto. La luz verde significaba, además, que su presencia era requerida. Un pinchazo de inquietud recorrió su espalda mientras se lavaba rápidamente las manos y se ajustaba la chaqueta de oficial. Echó un último vistazo para asegurarse de que todo estuviera en su sitio, incluso el lienzo, montado sobre el caballete en el centro exacto del camarote. Cerró la puerta utilizando su código personal y las verificaciones vocal y ocular. Aun así, toda seguridad sabía a poco con la cantidad de contramedidas que proporcionaba el acceso a una tecnología siempre creciente. Muchos años atrás resultaba más seguro ser el único poseedor de una llave de acceso. Ahora, las garantías de la privacidad se fundamentaban precisamente en aquello que su cometido pretendía abolir, una lógica aplastante que juzgaba ridícula la entrada a un habitáculo cuyo acceso se había denegado.

En el pasillo que recorría, las luces no parpadeaban y eran amarillas. Surgían en dos filas desde el suelo y el techo y recorrían toda su longitud a intervalos de un metro entre ellas. En el inmenso catálogo de códigos lumínico-acústicos, esa combinación informaba de que se había producido un imprevisto de clase 1, el más grave de todos. A Taddhaeus se le aceleró el corazón a la vez que apretaba el paso. La clase 1 se restringía a muertes, desapariciones con menos de un veinticinco por ciento de resolución o desconexiones permanentes. La investigación de las primeras se asignaba solo a humanos, la de las segundas, a robots y maquinaria pseudoconsciente. Tras el primer cruce, otros pasos resonaron por los pasillos cercanos. Soldados perfectamente sincronizados se desplegaban siguiendo las indicaciones de los paneles activados junto con las primeras instrucciones sonoras: Personal autorizado. Diríjanse al hangar 6. Taddhaeus ajustó su paso para incorporarse a la marea de cuerpos entre dos escuadras de infantería de marina. Siguió el ritmo vivo que imprimían hasta distinguir la figura espigada del alférez Velock distribuyendo unidades a toda prisa. Se dirigió hacia él, saludó y esperó a que hubiera terminado su cometido. Al menos habían posicionado cinco escuadras completas. Era un asunto delicado.

–Alférez –el suboficial se cuadró a toda velocidad–, descanse. ¿Se han desplegado ya todas las unidades? ¿Quién comanda esta fuerza?

–Afirmativo, señor. El mando ha ordenado un despliegue de contención reforzado. El teniente Benoit está al cargo.

–Continúe.

Hubiera añadido un «gracias» antes de seguir su camino, eso y una sonrisa, si hubiera estado en la Tierra antes del reclutamiento, de la instrucción, antes del despegue y de los días entre técnicos y soldados en el interior de una enorme y fría nave autónoma. Sin embargo, no hubiera servido de nada. Si ya era bastante difícil conseguir de ellos una reacción levemente visceral en la clase, donde se encontraban fuera de su entorno, desubicados y frente a un mando que les solicitaba en lugar de ordenarles, que les preguntaba su opinión acerca de cualquier cosa o les animaba a describir los cambios que se producían en su interior tras escuchar una melodía, obtener una respuesta empática mientras cumplían con su deber directo era poco menos que un sueño de locos. Los militares eran, de entre todas las posibles profesiones, el paradigma de la represión de deseos, desplazados por una implacable jerarquía. Aquel era otro síntoma sutil de la deshumanización, podían comprender y analizar información transmitida mediante lenguaje no verbal, pero no la sentían como propia. La empatía estaba prohibida más allá del uso del deber, sustituida por la obediencia inmediata, proporcionada y eficiente. «Los sentimientos generan reacciones lentas y predisponen a la desobediencia», había llegado a leer en un manual. Como era de esperar, fueron los que más se opusieron a la inclusión de sus hombres en las clases de «conservación de la humanidad», y cada cierto tiempo la administración le hacía llegar una copia de las quejas que formulaban los responsables tácticos por el deterioro en las habilidades cognitivas de las tropas. Así que abandonó al alférez en unos términos que este comprendía bien y se dirigió a cumplir sus propias órdenes todo lo rápido que era capaz

sin dar la sensación de haber cedido a la fría lógica militar. Encontró al teniente justo a tiempo, ni tan pronto como lo habría hecho un soldado entrenado, ni tan tarde como lo habría hecho un descuidado civil.

–Teniente Benoit –frente a este, un hombre de pelo oscuro y rostro amplio se cuadró y se esmeró en la mecánica del saludo–, informe.

–Durante la extracción de hoy, un atacante sin identificar ha matado al soldado Mills utilizando un cortador de plasma, señor. Se ha reunido a todo el turno y se los ha aislado en los hangares dos y tres. El cuerpo del soldado está siendo trasladado al hangar seis en este instante para las certificaciones y los exámenes oportunos, señor.

El teniente había hecho el informe de corrillo sin abandonar la posición de saludo. Los ojos, como siempre, miraban al rango, no al hombre. Era algo literal. Las pupilas fluctuaban dentro de la superficie azul del iris sin enfocarle.

–¿Matado? ¿Otro tripulante?... Descanse, teniente.

–No lo sabemos con seguridad todavía.

Taddhaeus lo miró a los ojos. En su interior había inquietud por la situación, pero no la exteriorizaba. Nunca lo hacían completamente, ni siquiera a medias. Al menos, había relajado la posición a su orden.

–¿Se descarta el accidente?

–La última información que he recibido así lo dice, señor.

– Está bien, teniente. ¿Debe informar al comandante?

El rostro del militar experimentó un leve temblor al ser incapaz de reflejar la sorpresa que había producido la pregunta. Terminó con una mueca a medio camino entre la imperturbabilidad y la indecisión.

–Es el procedimiento, señor.

–No olvide mencionarle que voy a inspeccionar el cuerpo junto al médico.

–Señor –la mueca del teniente se retorció un poco más. Casi parecía genuinamente sorprendido–, se le ha designado como parte del personal de investigación, en labores de interrogatorio. Su función...

–Conozco perfectamente mis funciones, teniente –interrumpió su superior–. Inspeccionaré el cuerpo. Informe de ello al comandante.

–Sí, señor.

El oficial se cuadró de nuevo. Taddhaeus siguió el recorrido completo de su musculatura, que luchaba por regresar al estado de tensa convicción con la que le había recibido. En realidad, las señales eran minúsculas, los cambios mínimos, pero alguien que había pasado tanto tiempo como él estudiando los matices y la interpretación de los gestos externos, distinguía cada vibración, cada zona de presión, y sabía lo que significaban. La lucha por el dominio total de las reacciones más primitivas, la certeza de que la negación de los instintos y las pulsiones, de la naturaleza humana, en suma, era el camino hacia la perfección metódica y el refinamiento final de la especie. Taddhaeus sintió compasión por el atribulado militar, y dejó que su cuerpo lo mostrara. El soldado sabría reconocer los gestos, pero no entendería el motivo, por lo que no pensaría que iba dirigido a él. Taddhaeus se dirigió al fondo del hangar seis, donde ya se preparaba un grupo de recogida encabezado por el equipo médico-sanitario de la nave. El doctor Evon Tallfax. Ambos se saludaron conforme al protocolo.

–Capitán.

–Capitán.

El doctor era un hombre tranquilo que actuaba sin pausa tanto para identificar las dolencias como para proceder a su tratamiento. Daba la sensación de que, para él, el tiempo transcurría a una velocidad diferente, sin apremio ni asueto, solo segundo tras segundo.

–¿Cuánto tardarán en traer el cuerpo?

–Estará aquí en menos de dos minutos. ¿Qué hace usted aquí? Usted se ocupa de los vivos.

–Y no quiero perder tiempo, así que necesito saber algunas cosas a través del cuerpo. Si ha sido provocado, puede que haya algo en él que me ayude a identificar al criminal.

–Yo le podré decir todo lo que necesite saber cuando termine mi examen.

Taddhaeus negó con la cabeza.

–No tiene que ver con hechos, sino con intenciones. Usted proceda, no le molestaré.

El timbre y la luz de aviso de llegada del ascensor coincidieron con la ceja enarcada en el rostro del doctor. Taddhaeus reprimió una

sonrisa y contempló cómo las puertas se deslizaban para mostrar un equipo de recogida compuesto por seis hombres enfundados en sus trajes de protección ambiental. Tras ellos, un panel deslizante sostenía el cuerpo del soldado Mills. Como esperaban, habían elegido cuidadosamente el modo de transporte para que se conservase lo más fielmente posible a como lo encontraron. Al haber muerto en un entorno de seguridad comprometida, el examen superficial se había hecho a través de los ojos de un organismo sintético, que tomó imágenes y realizó un barrido completo del área según los dictados de su protocolo de investigación, supervisado por el almirante Shelby a través de su holocámara. Todo el empeño en mantener la integridad de la información física en el traslado para la autopsia era indiferencia en lo referente al trato personal del cadáver. Para ellos, ya no era un ser vivo, solo un cuerpo inerte formado por compuestos orgánicos que no interactuaban para proporcionar una conciencia. A Taddhaeus no le parecía mal que lo vieran como lo que era, lo que le producía desazón era que lo miraban como si nunca hubiera sido otra cosa.

–Dejadlo aquí –ordenó el doctor.

Había traído todo lo necesario para hacerle las pruebas esenciales allí mismo, una unidad portátil de examen que manejaba su ayudante, sus instrumentos y un sintetizador de burbuja de esterilidad ajustable para crear un entorno adecuado y poder analizar las muestras al momento. Taddhaeus se acercó al límite de la zona estéril para observar mientras el doctor procedía. Con ojo crítico, el profesor atendió a la autopsia en todas sus fases sin hablar ni hacer ningún gesto, como si no fuera más que otro elemento del hangar. Observó que el cadáver presentaba una quemadura atroz que le recorría el tórax y otros cortes menores diseminados por el cuerpo, realizados aparentemente al azar en brazos, piernas, cuello y costados. Mientras que el ataque principal había desgarrado la piel y había reventado los órganos superiores por el calor, los demás apenas habían producido una laceración limpia, casi delicada en algún caso, difícil de realizar con un instrumento que se utilizaba para seccionar fragmentos de roca. El doctor Tallfax trabajó indistintamente en cada una de las heridas. Todo el proceso fue grabado desde varios ángulos para dejar constancia y efecto y que pudiera ser revisado por las autoridades que lo solicitasen. Las pruebas, embolsadas; las muestras, clasificadas. El registro sonoro de los comentarios del doctor quedó cifrado. Taddhaeus no pudo escuchar nada, ya que la zona de esterilidad servía también para prevenir que cualquier sonido se propagara al exterior. El doctor Evon Tallfax podía ser más expresivo de lo habitual en su gesticulación, pero en lo referente a su trabajo, era hermético como el sellado del casco de una nave espacial, e igualmente inabordable.

Cuando terminó todo, la frente del doctor estaba perlada de pequeñas gotitas de sudor que reaparecían por mucho que las enjugara. Dejó que su ayudante y la escuadra de soldados se encargaran de recogerlo todo y se dirigió a Taddhaeus, encogiéndose de hombros.

–Bien, ya lo ha visto. Es bastante notorio.

–Sí que lo es.

–¿Tiene lo que quería?

–Me ha ayudado mucho, sí.

–Si ha conseguido encontrar un culpable y necesita las pruebas de la autopsia, rellene la documentación apropiada y le haré llegar lo que se me autorice compartir.

–Gracias.

Se saludaron levemente. El doctor jugaba con sus manos como si aún estuviera lavándoselas y regresó a dedicarse a la tarea administrativa. Taddhaeus comprobó el cambio de actitud sutil que obraba en aquel hombre saber que debía cumplir con un requisito que, a diferencia de la autopsia en sí, no le producía ninguna satisfacción. No pudo evitar fijarse en él mientras operaba, aun a costa de pasar algo importante por alto, su dedicación, su cuidado, solo podían provenir a semejante nivel de alguien que se encontraba plenamente realizado. Aquel era otro de los preceptos por los que luchaban él y su grupo: la imposición de un examen especial psicológico para descubrir el grado de satisfacción consciente en el cumplimiento de las funciones laborales. Hasta el momento, solo se consideraban las aptitudes genéticas o físicas más evidentes a la hora de ser seleccionados para una u otra ocupación.

Taddhaeus regresó a su camarote, donde se sentó frente a la consola personal, desconectada del resto de terminales por un protocolo de seguridad rojo, el más restrictivo, que le permitía disponer de un sistema operativo incompatible con el resto de los presentes en la nave. Buscó entre sus archivos hasta dar con un registro del resumen de sucesos. Mientras grababa el informe, repasaba mentalmente las conclusiones que no se atrevía a compartir en aquel momento. Había algo familiar en la forma en la que el soldado Mills había sido atacado, algo literario, mucho más pintoresco que la habitual referencia al ángulo de corte, ese recurso cinematográfico tan manido y tan apropiado por el que el asesino resultaba ser zurdo, lo cual terminaba por delatarlo tras alguna hábil argucia del investigador. En este caso, el asesino, si podía atreverse a utilizar ese término tan arcaico, había obrado con la diestra. Pero aquello no diría nada, ya que cualquier soldado de la nave, incluso él mismo, había sido neurológicamente tratado para ser ambidextro. Como mucho, podría decirse que la posición que el atacante ocupaba respecto a la víctima aconsejaba el uso de un ángulo de corte efectuado desde la derecha.

La duda provenía de un rincón más recóndito de su mente, un lugar reservado a los recuerdos antiguos, poco frecuentados, de difícil acceso en el entramado de conexiones sinápticas. Taddhaeus se tumbó un instante para facilitar la extracción intuitiva de la información. En lugar de ello, se quedó dormido.

Soñó con una tormenta, un lugar alto. Un rayo final, maldito desde que empezó a ser generado.

Le despertó el zumbido del altavoz. La luz verde volvía a invadir el camarote. Se levantó a disgusto, bostezó, miró el reloj. ¿Cuánto había transcurrido? ¿Dos horas? No se acostumbraba a la duración del tiempo en la nave. Una hora estándar de vuelo equivalía a casi una hora y media de la Tierra, pero eso al reloj de muñeca anticuado que llevaba no le importaba. Para este, habían pasado dos horas. Además de la luz verde, había un indicador de mensaje entrante en la consola. La activó tras el segundo bostezo. La voz del doctor Tallfax sonó casi estridente.

–Se le requiere en la cámara de conservación. Corto.

El doctor siempre terminaba sus escuetos mensajes con «corto», incluso los que incluían a otros miembros de la oficialía. Taddhaeus se desperezó y comprobó que no se había quitado ni siquiera la chaqueta, de modo que salió inmediatamente. Recorrió otra vez el pasillo, pero esta vez en sentido opuesto, hasta llegar a la cámara de conservación, en uno de los pisos en el vientre de la nave, cerca de la popa. Al entrar en la cámara le invadió la misma sensación que tenía siempre de estar en un recinto sagrado. En un principio no se dio cuenta, pero tras alguna visita reconoció que la impresión venía de las columnas que se diseminaban por la amplia habitación, unidas entre sí por arcos que recordaban la estructura de una iglesia, uno de esos lugares de adoración de entes abstractos que abundaban en épocas pasadas. Taddhaeus había leído sobre ellas. Incluso esperaba mostrar ilustraciones y dedicar alguna clase a la historia de las creencias religiosas en el pasado.

La cámara de conservación era un lugar dedicado a mantener y distribuir el flujo de energía a demanda desde el generador principal hacia cada sección de la nave. A pesar de ser un proceso automatizado, siempre había un técnico dedicado a su mantenimiento, en comunicación directa con el cuerpo de ingenieros. Cada una de las columnas, cada uno de los arcos, contenía un cableado específico que analizaba los requerimientos de todas las estaciones intermedias y gestionaba el envío de los paquetes de energía disponibles. De todas las secciones de la *Sinergia,* la cámara de conservación era probablemente la más minuciosamente diseñada. Se había construido encajando módulos semiindependientes que actuaban como un todo único, interactuando y optimizando entre todos el rendimiento de cada uno. Taddhaeus siempre creyó que el nombre de la nave se había puesto como homenaje a este paradigma de la eficacia.

Al verlo, el doctor Tallfax hizo un gesto breve de saludo. Había dos soldados apostados en los arcos que franqueaban la entrada a una hemisala con enormes computadores en las paredes y una mesa desordenada con instrumentos

de análisis de los sistemas, paneles de datos portátiles, holodivagadores y un plato con restos de comida.

–La víctima comía aquí en algunas ocasiones. Dada su tarea, le estaba permitido.

–¿Dónde está la víctima?

El doctor señaló el otro lado de la mesa, de donde provenía un leve olor a quemado. Al rodearla, Taddhaeus descubrió un cuerpo en el suelo, tirado como un trapo viejo, con la espalda apoyada en el ordenador de la pared. Se dio cuenta entonces de que esa sección del entramado informático no emitía señales, estaba huérfana de luces y del siseo continuo de los disipadores de calor. Al principio no había notado algo tan evidente, y le invadió una franca sensación de decepción consigo mismo. Quizá estaba aún demasiado cansado.

–Aún no hemos comenzado con el análisis, pero estoy por pensar que fue electrocutado, justo lo que parece. El procesador ha sido deliberadamente dañado en varios puntos, aquí y aquí –el doctor señaló dos huecos donde debían haber estado reproductores de discos de datos extraíbles, cada uno en un extremo del gran computador, a la altura de los hombros de Taddhaeus–. Los restos están diseminados por aquí. El mando quiere que observe, pero que no interfiera, así que no toque nada.

–Entiendo.

–Bien. Los droides de análisis están ya listos. Si quiere mirar algo más de cerca, puede hacerlo. No toque nada –insistió.

Taddhaeus hizo el gesto de haberlo entendido la primera vez. Se acercó y examinó el cadáver. Conocía al hombre, claro, Leggon Bar, uno de sus alumnos. Era joven y tenía una expresión de sorpresa ante la muerte antes que de dolor o de miedo. Lo último que le había pasado por la mente era que no podía creerse aquello. Pero aquello ocurrió y acabó con su vida. Se dio cuenta de que en ambos asesinatos había recibido más información corporal de las víctimas cuando habían muerto que cuando estaban vivos. Suspiró. El procesador estaba chamuscado en puntos concretos en los que partes de él se exponían al exterior. Parecía haber sido estropeado a propósito para ello. Como medida de seguridad, habían desconectado la energía del módulo. Tallfax se adelantó, al verlo inspeccionar la máquina.

–Los droides obtendrán alguna conclusión, pero hay abrasiones mecánicas evidentes en la superficie. Diría que golpearon la carcasa aislante para exponer piezas internas, pero eso es una hipótesis que ni usted ni yo podemos demostrar así. Mejor dejar ese trabajo a las máquinas.

Taddhaeus asintió y volvió su mirada al cuerpo. La espalda estaba desgarrada y carbonizada. No necesitaba el empleo de droides para imaginar lo que había ocurrido. Buscó las muñecas de la víctima y constató que tenía marcas profundas de ligaduras en ambas.

–Le ataron las manos a las plataformas extraíbles –teorizó. Se colocó de espaldas a la máquina y puso los brazos en cruz. Él era más alto y menos robusto que el técnico muerto, pero incluso así, sus manos coincidían casi exactamente con los puntos en los que se anclaban los reproductores extraíbles.

–Eso pienso yo.

El grado de empatía implícito en la breve aserción de Tallfax le sorprendió. En realidad, el doctor le escuchaba con atención mientras preparaba su rutina preoperatoria.

–Por cierto –añadió tras un momento–. He terminado el informe de la autopsia del primer cadáver. Recibió dos heridas graves con el cortador de plasma, todas en el pecho, pero resultaron meramente incapacitantes. La herida mortal fue la tercera, y fue lo suficientemente aparatosa como para hacerse evidente al asesino que lo había matado. Así que tengo que decir que, si le provocó veintiuna heridas más, fueron a sabiendas de que había muerto.

–¿Se ensañó? –Taddhaeus abrió mucho los ojos.

–O era rematadamente idiota, y ningún tripulante de la *Sinergia* lo es hasta ese punto. Los cortes destrozaban el cuerpo, pero no tenían más propósito que ese. El soldado ya estaba muerto. Además... algunos de los cortes eran delicados, casi cuidadosos. No, no pudo ser por torpeza.

Taddhaeus sintió que una parte recóndita de su mente le llamaba la atención sobre ello, le indicaba que allí estaba la respuesta, pero se negaba a revelársela.

–¿Es el mismo?

–¿Cómo dice?

–Pregunto si es el mismo asesino, en su opinión.

–Desde un punto de vista médico preliminar, nada lo sugiere, pero tampoco puedo descartarlo, de momento. Eso es más tarea de los droides y, por lo visto, suya.

Taddhaeus asintió y se separó del cuerpo. Tuvo la sensación de que ya no encontraría nada más, ni quería ceder a la tentación de tocar el cadáver en busca de una improbable iluminación.

–¿Está ya disponible alguna información relativa a la anterior víctima? ¿Han sido procesadas y liberadas las imágenes tomadas por los droides o alguna de las pruebas recogidas?

–Aún no. Le avisaré en cuanto sepa algo –el doctor Tallfax se enteraba de todo lo relacionado con su trabajo, aunque no le interesara ni fuera de su incumbencia–. En este caso no se están siguiendo los cauces habituales. Huelga decir que el secreto de emisión es completo, y su rotura implicaría consecuencias severas.

Taddhaeus volvió a mover afirmativamente la cabeza, aunque en esta ocasión su mente se había separado de la escena y viajaba desde allí hasta el lugar en el que había sido encontrado el cadáver del soldado Mills. No había podido ver la escena todavía, y se le antojaba una pieza vital en el entramado de información incompleta.

–Este técnico se llamaba Leggon Bar, ¿no es así?

El doctor emitió un gruñido que pasó por afirmativo.

–Su rostro parece genuinamente sorprendido. Pienso que no se creyó lo que le estaba pasando ni siquiera al final.

Mientras terminaba de disponer al fin todo el material, Tallfax enarcó una ceja.

–Normalmente, la muerte no entra dentro de nuestros planes inmediatos.

–Ya, pero aquí hay otra cosa. Este hombre era fuerte. Hágame un favor y examine bien el cuerpo en busca de heridas recientes, pero anteriores a la fatal. Creo que el asesino lo conocía bien.

–Todos nos conocemos aquí, Tadd –el repentino uso de su apelativo oficial hizo que Taddhaeus se estremeciera interiormente–. ¿Qué espera encontrar?

–Cualquier confirmación de que no estoy loco –respondió con una sonrisa amargada–. Creo que se conocían bien y que quizá eran amigos. Y desde luego, podía entrar en la sala sin despertar sospechas del técnico ni de nadie.

–Ya veo. Tenga cuidado con sus afirmaciones. Lo de que está loco, me refiero –aclaró el doctor, haciendo un gesto muy pasado de moda–. Antes de llegar usted aquí, yo era el raro de la tripulación, y no hay que tomarse el título a broma.

Taddhaeus miró al techo, a las paredes, a todos lados.

–¿Por qué no hay cámaras aquí?

–Por las interferencias. No se ha podido demostrar nada, pero el equipo de ingenieros no quiere arriesgarse a sacrificar un ápice del rendimiento de la sala por ese detalle.

–Ya. Supongo que perder un técnico y tener que detener uno de los procesadores por el destrozo que ha sufrido les hará cambiar de opinión. Ah, me olvidaba, ¿se ha levantado ya el aislamiento en los hangares de los turnos de trabajo que estuvieron en la superficie del planeta?

–Aún no. ¿Piensa interrogarlos?

–Descartarlos, más bien. Si están confinados bajo vigilancia, ninguno de ellos ha podido hacer esto.

El doctor asintió como si acabase de caer en la cuenta.

–¿Piensa que ambas muertes son cosa de la misma persona?

–¿Cree más probable dos asesinos distintos en tan corto período de tiempo?

Tallfax se encogió de hombros.

–Los exámenes hasta ahora no me hablan de nada de eso. Las formas de matar son lo suficientemente distintas como para no permitir una comparación objetiva. No sé si es más probable una cosa que la otra, pero sí sé que, si no me estoy perdiendo nada, usted tampoco tiene pruebas para afirmar que haya sido una sola persona.

–¿Y qué sabemos seguro hasta ahora?

–Lo que me ha dicho hace un momento:

que es fuerte, y que se ensañó con el primer cuerpo.

–Y que no es uno de los técnicos retenidos.

–No en este caso. Con el primer cuerpo, eso ya es otra cosa.

Taddhaeus resopló. Su razonamiento en voz alta chocaba contra la fría lógica del doctor.

–He terminado aquí. Si tiene alguna cosa nueva tras la autopsia...

–Me hará el favor de rellenar esta vez los documentos apropiados para solicitar la información, y no tendré que pensar qué puedo decirle y qué no –completó el otro la frase.

Taddhaeus asintió y se despidió. Volvió a su camarote directamente y allí, frente a la consola de datos, derramó como una cascada los pensamientos que se agolpaban en su mente. Incluyó sin dudarlo aquellas cosas que, como el doctor le había recordado, no podía probar, pero que para él resultaban hechos incuestionables. Enfrentado a su propia mente analítica, justificó su decisión con una frase que había leído en algún lugar: cuando todo lo lógico ha sido descartado, lo ilógico, aunque resulte improbable, es la verdad.

–Están relacionadas –se oyó decir–. Las muertes están relacionadas porque el asesino es el mismo. Incluso la estadística estaría de mi parte. Así que no es un técnico del grupo de recogida. Y, si no lo es, entonces es uno de los soldados de apoyo.

Los soldados. No se les consideraba parte de los turnos, porque no participaban estrictamente en ellos, ni siquiera coincidían en los horarios de extracción, pero allí estaban. Subían y bajaban por las plataformas. El sistema de seguridad. Taddhaeus recordó su reflexión anterior: la lógica hacía irracional que nadie quisiera atacar lo que debía proteger. Pero eso... eso solo se sostenía si el individuo no tenía capacidad de pensamiento individual, si no podía separarse del conjunto para razonar por sí mismo. Si lo hacía, si se alienaba, podría ocurrir cualquier cosa. Taddhaeus se llevó las manos a la cara, agotado.

–Las guerras del hombre contra el hombre no han cambiado en cientos de años, siempre hay contra quién guerrear. Sin embargo, han evolucionado. Al eliminar los sentimientos, al adoptar la razón y la simplificación del deber como axioma, no se erradica la agresividad, pero sí hemos aislado la posibilidad de traición. Porque la traición de un individuo contra los suyos... no es lógica. No para el conjunto. Solo para el individuo. Para el individuo puede ser aceptable. Entonces... ¿se trata de un traidor?

La señal sonora de aviso, configurada para imitar un silbido suave, indicó que ya había datos previos disponibles en la consola de datos. La encendió y buscó ávidamente entre los documentos de entrada almacenados. Resultó no ser gran cosa, un informe de los objetos que se echaban en falta en el escenario. Al tratarse de un informe técnico, Tadd tuvo que buscar la definición de varios de ellos por su cuenta. En realidad, la ausencia de muchos podía responder fácilmente a necesidades puntuales. El percutor de diamante, por ejemplo, el anulador de polaridad o el regulador de tensión servían para reparaciones de urgencia en momentos determinados. Como eran artefactos caros y difíciles de fabricar, había solo unos pocos de cada por nave. El registro de acceso a esas herramientas aún estaba siendo comprobado.

Taddhaeus resopló y sintió el aire caliente rebotar en las palmas de sus manos, aún cubriéndole el rostro. Le asaltó la risa. Utilizaba la lógica para encontrar el fallo de la lógica. Tan ridículo como válido. Si se niega la negación... Miró hacia atrás, y el espacio oscuro de su camarote se le hizo infinito, como si se fusionara con el vacío del exterior, un vacío que ahora se le mostraba hambriento, un espía de mil ojos brillantes que lo acechaba. Revisó otra vez la negrura interior, conjurando y, a la vez, temiendo la llegada de los resplandores luminosos que anunciaban las incidencias. Pero lo que vio fue un cuadro, el cuadro que había bautizado como *Momentum*. Su recreación del universo en un instante, su moderno Prometeo.

Los ojos se le abrieron como estrellas en la oscuridad, su respiración se agitó. Lo tenía. Se levantó tan rápido que casi tiró la silla al suelo. Fue a conectar el comunicador cuando recibió un aviso de espera ante su puerta. Activó el visor para saber quién lo reclamaba, pero la imagen apareció interferida. Con un gruñido impaciente, golpeó el botón de apertura de la

puerta. Casi al instante, la figura que se esbozó levantó un brazo y descargó un único golpe terrible que sumió a Taddhaeus en el olvido.

DURANTE EL SUEÑO

–Hipotermia intensa, sí, señor. El diagnóstico está claro. El capitán Tadd Jomonat presenta además una herida contusa que debió ser la que lo incapacitó.

–¿Ha habido algún cambio en su estado?

–No, señor. Su caso corresponde a ese insidioso cero coma treinta y siete por ciento que permanece en un estado comatoso difícil de catalogar. Es profundo, pero no podemos asegurar que sea irreversible.

–¿Cuál es su estimación?

–No me atrevería a establecer un cálculo, señor, ni siquiera aproximado. Pondría el mínimo en un qunce por ciento y el máximo en un ochenta y cinco por ciento.

–Ninguna estimación fluctúa tanto, doctor.

–Precisamente porque ciertas cosas no pueden estimarse, ya que si se hiciera… bueno… tendrían resultados como este.

–Esperamos información más concreta para el análisis. No nos proporciona nada.

–No hay nada más, señor. En absoluto. El capitán Jomonat puede salir o no del coma. Quizá sepamos algo más adelante. Sí puedo estar razonablemente seguro de que, si sale, estará libre de secuelas más allá de fallos puntuales de memoria.

–¿Cuán seguro?

–Al ochenta y cinco por ciento.

La imagen holográfica del prefecto almirante emitió un parpadeo al regular automáticamente un aumento puntual de energía. El breve zumbido que lo siguió arañó el silencio en el que se habían sumido ambos interlocutores.

–Procese y archive las pruebas, y envíelas en cuanto estén listas. El Consejo emitirá un veredicto. Mantenga la comunicación regular. Recibirá instrucciones del comandante llegado el momento.

La imagen parpadeó otras dos veces y se apagó. El círculo emisor permaneció un instante iluminado antes de ir perdiendo intensidad hasta apagarse. El doctor Tallfax se pasó la mano por la quebradiza cabellera. La *Sinergia* había sido declarada en estado de emergencia tras el grave incidente que había dejado el camarote del capitán Tadd Jomonat a –84 °C con él dentro. Según dictaba parte del informe, la pérdida de temperatura se había completado en menos de dos minutos tras el fallo repentino de uno de los reguladores del cableado de soporte vital individual, un lujo del que solo disponían los oficiales y que se hacía necesario en aquellos camarotes que se encontraban tan cerca de la carcasa exterior de la nave.

Tras este incidente, la estadística, que habitualmente servía para dirigir el curso de una decisión compleja o incluso para ratificarla o descartarla, se había visto desautorizada como herramienta de diagnóstico. En ello habían contribuido un detalle y la aplicación de una lógica abrumadoramente cartesiana. Según los técnicos, la forma en que había sido derivada la tensión de la línea en el ordenador local de soporte vital solo podía ser producida por un anulador de polaridad; como por el ejemplo, uno del modelo que faltaba en el escenario de la muerte de Leggon Bar en la cámara de conservación. Tras el registro de los accesos a las herramientas que habían sido echadas en falta, se comprobó por varias vías que no existía registro alguno de la apropiación del anulador de polaridad modelo CR-33-K, subtipo Dallastar. No había mucho que añadir al respecto. Si algo desaparecía en el escenario de un crimen y aparecía relacionado en el escenario de un (de momento) atentado, ambos acontecimientos quedaban indefectiblemente asociados en la investigación. El doctor Tallfax no sabía qué le hacía sentir peor, si el hecho de que las teorías del capitán Jomonat habían sufrido una considerable inyección de credibilidad o el hecho de que, de haber recibido cierto crédito previamente, quizá su situación no fuera tan delicada como lo era en ese preciso momento.

Se giró para encarar la camilla en la que yacía el capitán Jomonat. Sus constantes vitales, débiles pero estables, se distribuían homogéneamente en los monitores que lo rodeaban. Todavía era pronto para hacer ninguna estimación, y más aún para mentir deliberadamente al Consejo con un dato que no

tenía. Le habría encantado poder quitárselos de en medio, pero no de esa manera. Él era un profesional.

Justo en el momento en que su mente comenzaba a divagar, un timbre de acceso llamó su atención. Activó el comunicador y permitió que una voz grave anunciara su presencia.

–Soldado principal Geoff Torque del Segundo de Ingenieros, señor. Solicito permiso para entrar al módulo.

–Concedido –Tallfax lenvantó una ceja–. Entre.

El soldado era un hombre corpulento, muy musculoso. El doctor ya lo conocía. Su rostro estaba tallado en la misma piedra de adiestramiento y disciplina, pero bajo la fachada, había una mente brillante que resolvía los problemas con inusitada dedicación. El capitán Jomonat, hablando sobre la marcha del curso de «conservación de la humanidad», le había comentado que albergaba curiosas esperanzas en el desarrollo del aprendizaje en ese alumno en concreto, incluso le había prestado un libro para que lo leyera, seguro de que operaría un cambio en su interior.

–El teniente Benoit me ha dado permiso para escoltar al capitán Jomonat mientras permanezca en coma –informó desde su impresionante altura.

–No tengo inconveniente –mintió Tallfax– siempre que no toque nada ni me moleste. Incluso en alguna ocasión le ordenaré que abandone la habitación para que yo pueda realizar mi trabajo como es debido. Siempre que entienda eso, doy mi permiso.

–Entendido, señor. Permiso para leer, señor.

El soldado ya se había acercado una silla y la había situado junto a la camilla, pegada a la pared. Llevaba un libro en una mochila estándar. Encendió la pantalla y pasó los dedos por la superficie táctil para buscar una página concreta.

–Concedido.

En ese momento, se sentó.

–Permiso para preguntar, señor.

–¿Es este el concepto que tiene usted de «no molestar», soldado? –respondió Tallfax, encarándolo–. Permiso denegado.

El soldado no cambió el gesto. Volvió a su lectura sin decir palabra.

Al fin, el doctor pudo regresar a sus obligaciones. Descubrió que apenas pasada una hora, la presencia del escolta se le había hecho imperceptible, por lo que pudo concentrarse en su actividad. Como le había advertido, en una ocasión tuvo que hacerle salir, a lo que el soldado obedeció puntualmente. Volvió a entrar de nuevo tras un rato y, antes de sentarse, de la misma forma que antes, volvió a solicitar permiso para hablar.

–Concedido, si con eso deja de molestar. Elija bien lo que dice, porque será lo último mientras esté aquí. Sea consecuente con el estado del capitán.

–Sí, señor. ¿Despertará el capitán, señor?

–Otra vez la misma pregunta. No puedo saberlo, soldado. Todavía es pronto.

–Y lo que hace, señor. ¿Ayudará a que despierte?

El doctor arrugó la frente.

–No lo empeora, desde luego, igual que su presencia aquí, excepto que hace demasiadas preguntas.

–Comprendo.

–¿Eso es todo?

–No, señor –el soldado parecía repentinamente incómodo. Había dejado el libro a un lado y se removía en el asiento–. Quería conocer su opinión profesional. Durante mi servicio, he visto compañeros caer en estados parecidos, aunque ellos mantenían los ojos abiertos, incluso a veces se mantenían en pie y sostenían su equipo, como si estuvieran simplemente detenidos. Quería saber si esto era lo mismo.

–No, no lo es. Lo que usted describe es un trastorno distinto, producto del estrés del combate. Aún no ha sido completamente erradicado. No ha debido verlo muchas veces.

–Tres veces, señor. Las dos últimas hace poco tiempo.

–¿Y qué impresión le supuso verlo, soldado?

–Me desconcertó, señor –el hombre había adoptado una expresión de absoluta inocencia, como un niño ante sus primeras lecciones–. No le encontré ningún propósito.

Tallfax entrecerró los ojos.

–No lo tiene, soldado. Es una reacción consecuencia del exceso de tensión emocional. Sucede igual que con cualquier otra fuerza física. Si se ejerce con suficiente presión, termina

por quebrar el objeto que lo resiste. Es una lucha de fuerzas.

–Pero nos entrenan para no mostrar nada, señor.

Al doctor se el escapó una sonrisa breve.

–Por más esfuerzo que pusieran, no podrían adiestraros a que detengáis vuestro corazón. Podéis dejar de respirar hasta desmayaros, pero una vez inconscientes, nadie puede contener la respiración. Los mecanismos fisiológicos perduran. Están demasiado arraigados en un interior al que no podemos acceder. Ni deberíamos.

–Entonces, ¿hay impulsos que no podemos evitar? ¿Eso no es contrario a nuestras leyes?

–Es usted un soldado veterano. Lo que yo le diga ya no importa. Por eso lo hago. Sí, hay cosas que no podemos evitar, pero no es algo que deban saber ustedes durante su instrucción, cuando son más manipulables. A ustedes se les enseña a asimilar únicamente certezas, a actuar con decisión y rapidez.

–La decisión de otros, señor, otros a quienes no se instruye como a nosotros.

–Cierto. Es usted un soldado peculiar, Torque. Me pregunto si no debieron realizar con usted una revaluación.

–En realidad lo hicieron, señor. Me diagnosticaron algo que no gustó a mi familia. Nunca me dijeron qué, solo me inscribieron en el cuerpo de solicitantes de la Armada y se aseguraron de que me incluyeran en esta misión. Mi familia es influyente. En la enfermería recibo un complemento para una deficiencia que sufro. Todo ello me ha venido muy bien, porque he tenido menos sueños.

–Pero no menos inquietudes, ya lo veo.

–Eso no, señor.

–No permita que eso menoscabe sus funciones, soldado.

–No, señor. Sería incumplir mi propósito. Debo cumplir mi misión.

–Magnífico, soldado.

Tras un breve momento de interés, el doctor volvía a encontrarse distraído. Los cultivos de ovonia ya debían estar listos. Se ajustó el traje de seguridad y entró en la cámara de depuración; una vez completado el circuito, una luz verde anunció que podría abrir la puerta opuesta hacia el laboratorio.

En ese momento resonó un trueno que reverberó en las estrechas paredes de la cámara, apenas amortiguado por el casco. Algo como un soplido fuerte impactó contra su espalda y, al volverse, quedó horrorizado. La puerta de seguridad estaba hecha añicos. Por el hueco se veía la imagen del soldado Torque quien, con el mismo rostro neutro, en lugar de un libro, empuñaba un arma sónica portátil.

–¿Qué locura...?

Otro impacto lo arrojó al interior del laboratorio. Cuando el doctor golpeó el suelo, ahogó un gemido de dolor. La repentina conciencia de haber recibido una onda sónica lo desconcertó. Posó las manos sobre su vientre. Exteriormente, no había sufrido ningún daño. Sin embargo, sus órganos internos... No podía estar seguro. El soldado pasó a su lado sin perder tiempo.

–Le pido disculpas, señor. No he encontrado una forma menos violenta de actuar y no podía perder tiempo reduciéndole. Cuento con menos de dos minutos.

Los sonidos que se reproducían en el laboratorio anunciaban que el protocolo de emergencia ya se había activado. Tallfax levantó un poco la cabeza. El hueco que había abierto la onda sónica ya estaba obliterado por una lámina de material oscuro que había debido descender en cuanto los sensores captaron un compromiso para la estanqueidad. Era muy improbable que el soldado hubiera tenido tiempo de pasar en circunstancias normales. Al utilizar un pulso sónico, pensó Tallfax, luchando por permanecer consciente, el aire se habría revuelto y habría confundido temporalmente a los sensores. No se le ocurría otra cosa. Se desmayaba.

–No sé qué está haciendo... soldado –musitó–, pero... le ordeno que... se detenga y se presente... ante...

No pudo reprimir un ataque de tos. Su cuerpo se convulsionó y se tensó, produciéndole un dolor repentino y espantoso.

–Le recomiendo que no hable, señor. Puede haber sufrido lesiones internas moderadas, incluso graves, que pueden empeorar si se esfuerza. No quiero engañarle. Estoy configurando el lector para que ignore la cuarentena y disperse el virus Iota que está usted estudiando. Si lo

consigo, todos moriremos y además, hasta el momento final seremos portadores.

–¿Por qué...?

El soldado no contestó. Mantuvo su concentración en los monitores que manejaba con sorprendente soltura. Las luces de alarma brillaban con intensidad, pero no había sonido. Todo había quedado en el silencio de la espera, de la inevitabilidad. El momento en el que más preguntas se agolpaban, cuando ya no quedaba tiempo. Tallfax fue repentinamente consciente de lo que iba a suceder. Casi no necesitaba las respuestas del soldado. De todas maneras, no tardaría mucho en no poder escucharlas.

–Está hecho, señor –dijo Torque de repente–. No sé si el virus superará todas las fases de seguridad y se esparcirá lo suficiente, pero no puedo hacer más. Ahora, permita que le administre algo para el dolor.

Tallfax sintió un leve pinchazo en un hombro. El dolor empezó a remitir casi inmediatamente, pero seguía demasiado débil para moverse. El soldado se sentó a su lado.

–Este libro es sorprendente, señor. No esperaba que produjera en mí un efecto tan extraordinario. No sé si lo ha leído. Es muy antiguo. Habla sobre un hombre que crea vida y esa vida se vuelve contra él, no por lo que hizo al crearle, sino por lo que le hizo después. Yo llevaba tiempo sin encontrar equilibrio, señor. Sabe usted que nos insisten mucho en el adiestramiento sobre el equilibrio mental para soportar todas las situaciones y yo sentía que no estaba preparado. Lo que no sabía era que este era el problema –se tocó la sien con un dedo–. Las palabras del capitán Jomonat durante las clases... disculpe, señor, no hablo mucho de lo que pienso, no es mi función... algo en ellas tenía sentido. Si el ser humano es lo que es por esas características que está perdiendo, entonces, señor, ¿no deberíamos desaparecer antes de dejar de ser humanos? Quiero decir, éramos otra cosa antes que lo que somos, así que cuando pase el tiempo suficiente, volveremos a cambiar, y cada vez seremos menos lo que habíamos sido al principio y más algo que nunca había sido antes. Si eso es cierto, en este viaje que iba a durar al menos noventa ciclos, cambiaremos muy rápido. Tanto que, ¿qué es lo que salvamos? Es decir, todas las naves que se dirigen hacia el objetivo designado para proteger y perpetuar nuestra especie, ¿qué es lo que van a proteger si ya no somos los que empezamos? ¿Señor? ¿He conseguido explicarme?

Tallfax no respondió, no podía hacerlo. Solo sus ojos respondían, luchando por no cerrarse.

–Por otro lado, señor. ¿Lo merecemos? ¿Debemos sobrevivir? Seamos lo que seamos, lleguemos como lleguemos, ¿merecemos llegar? ¿Merecemos siquiera el trayecto? Hemos dejado atrás un planeta exhausto que ya no podía sustentarnos. Las primeras colonias nunca fueron buenos sustitutos. Eran hostiles, como si quisieran sacudírsenos. ¿Y si ha pasado nuestro tiempo? Yo creo que sí, yo creo que hemos sobrepasado las expectativas del universo. Somos una creación fallida.

El soldado se levantó al escuchar el sonido de escapes hidráulicos al otro lado del laboratorio. Puso el arma sónica a un lado y dejó cuidadosamente la chaqueta del uniforme sobre la mesa.

–Lo peor, señor, es darse cuenta de que no hay un propósito. Ser consciente de que todo es irrelevante. Durante cientos de misiones en lugares indistintos, he comprobado que las formas de vida que más se aferran a la existencia son aquellas que más inferiores consideramos. Es el truco de la eternidad, hacernos mirar hacia otro lado, concentrarnos en lo inmediato. El ser humano ha trascendido todo esto. No me extraña que siempre hayamos querido matarnos.

Un sonido desagradable, como un globo que se infla demasiado rápido y explota, reverberó en el laboratorio. Inmediatamente entraron varios hombres armados que abatieron al soldado Geoff. Como si fuera la señal que su cuerpo hubiera estado esperando para desconectarse, el doctor Tallfax finalmente se desmayó.

DESPUÉS DEL SUEÑO

–No sabía si me volvería a despertar –reconoció Tallfax, postrado aún en la cama–. En realidad, creo que sabía que no, algo parecido a lo que pensaba de ti.

Sentado en una silla de apoyo junto al doctor, Tadd había escuchado atentamente toda la historia.

–Entonces, el soldado Geoff…

–No se nos permite saber nada con seguridad hasta donde yo he podido preguntar –el doctor se encogió de hombros. A pesar de los fármacos, el gesto le produjo dolor–. No estoy seguro de cómo se procede en estos casos. El comportamiento del soldado Geoff ha sido simplemente inconcebible. Lo más prudente es suponer que está muerto.

Tadd emitió un sonido difícil de interpretar. Parecía muy cansado. El pelo se le había llenado de canas, los hombros estaban más caídos, la piel era más pálida y los ojos simplemente dejaban escapar un pedazo de vida en cada parpadeo. Era la imagen de la desolación resignada, muda, inconsolable. Por lo demás, no parecía que hubiera sufrido ninguna secuela neurológica. Aún cojeaba al caminar y le faltaban fuerzas, pero eso se corregiría. Al fin y al cabo, ambos habían pasado media estación recuperándose.

–Supongo que ya sabrás que el prefecto almirante, o quizá todo el consejo, no sé, han decidido suprimir tu entrenamiento de «conservación de la humanidad» –Tallfax tragó saliva cuando Tadd asintió casi con indiferencia–. Me han consultado, bueno, me han pedido opinión. Les he dicho que podrías muy bien ser reciclado en labores de evaluación psicológica de la tropa. Creo que lo están considerando seriamente. Llevaste bien la investigación, incluso averiguaste quién era el sujeto antes de ser atacado. Algún día te enseñaré los vídeos; te despertaste gritando: «¡Geoff, Geoff!».

Al fin, Tadd sonrió, brevemente, antes de suspirar contenido y fijar la vista en la pared de color neutro. Su voz sonó quebrada, como a punto de romperse.

–No había pensado en esto. Quiero decir, en la posibilidad de que algo así sucediera; en despertar lo malo, no lo bueno. No recuerdo eso que dices. Mi primer recuerdo después del ataque es un desayuno pastoso y la sensación de tener la lengua pegada al paladar. Durante el interrogatorio tuve una sensación de ausencia, como si estuviera estado contando la historia de otro, como si hablara de ficción, de algo que nunca había ocurrido y solo yo lo imaginaba. No sé si estoy preparado para evaluar otras mentes. No lo sé. No lo sé.

–Taddhaeus –el doctor enunció el nombre completo, pero no fue solo el nombre lo que produjo un estremecimiento en el capitán Jomonat, sino el tono, cálido, cercano, terriblemente incómodo. Ninguno de los dos mencionaba que, desde que habían vuelto a verse tras todo lo ocurrido, se tuteaban sin más–, date un tiempo para recuperarte. De esto podemos sacar otras enseñanzas. Tú piensas ahora que tus convicciones han provocado esto, pero si hubieras oído hablar a Geoff como lo hice yo, sabrías que, si bien tu participación pudo haber encendido la chispa en él, fue su razonamiento lo que le llevó a tomar la decisión de matarnos a todos. Casi lo hace, el muy cabrón. Recuerda que han muerto doce hombres y que varios aún están en observación. Hizo lo que hizo porque su lógica le llevó a ello. De bicho raro a bicho raro, seguramente porque todo esto que impartías despertó en él algo visceral que su adiestramiento no supo manejar.

–Te comprendo –dijo mientras daba un sorbo de agua de un dispensador entre ellos–. Sí, sé lo que dices. Lo que no tengo tan claro es si eso cambia nada o mejor aún: si ese es precisamente el problema, si ya hemos atravesado el umbral más allá del cual es mejor dejar las cosas como estaban, con el precario equilibrio que ha seguido siempre nuestra historia, antes que arriesgarnos a provocar más casos como este. Cada vez que lo pienso, lo encuentro más probable. Provocarlos, quiero decir. Generar anomalías que devengan en desastres. Aquí, en una de las naves que componen una unidad de transporte. No somos tantos como para escatimar en seguridad. Con lo ocurrido, estoy de acuerdo con la decisión del Consejo. Sea lo que sea en lo que nos hemos convertido, lo que seamos cuando al fin lleguemos a nuestro destino, la «conservación de la humanidad» podría ponerlo en riesgo. Si tengo que elegir entre cambiar o morir, elijo cambiar, incluso aunque no me guste el cambio. Es biológico, es moral y es lógico también.

El doctor Tallfax permaneció callado. En su interior, sintió que una esperanza recóndita se había roto, pero se encontraba demasiado

cansado para cuestionarla en ese momento, y sabía que más adelante sería demasiado tarde. Mientras se tumbaba de nuevo completamente, con la vista fija en el techo blanco de agradable luz difusa, se imaginó el nuevo mundo. Lo que le vino a la mente fue progreso, eficacia, éxito, todos los motivos que habían ofrecido los anunciadores para apostar por el gran viaje: el nuevo Éxodo. La diáspora de la especie más allá de su último límite. Ellos serían los primeros, pero ¿los primeros de qué? ¿En qué se asemejarían a los siguientes colonos, cuando estos llegaran decenas de años después? ¿En qué se parecerían a sus propios ancestros? Y lo mejor, a la vez lo peor, de todo, ¿qué importaba aquello? ¿Qué premio recibirían por mantener o por recordar?

FIN

ESTASIA
ESTASIA
VET
FACILITY 101
BORN TO FORGET

VISIONES

Ilustración de Marcos Hidalgo

De *Metal Hurlant* a *Futuroscopias*. Ese es el camino que estas visiones han recorrido para llegar a ser lo que son.

A finales de los setenta, un grupo de autores decidió unirse en un esfuerzo creativo sin precedentes en una industria como era la del tebeo francés. Con Moebius, Jean-Pierre Dionnet, Bernard Farkas y Philippe Druillet a los mandos, se formaron los Humanoides Asociados, una agrupación de autores con un amor común por la ciencia ficción y el cómic. Tenían un objetivo claro: querían evolucionar y hacer evolucionar la industria de su país, para lo cual crearon una nueva revista donde publicar sus obras.

De ahí surgió la revista *Metal Hurlant*, cuya versión estadounidense se denominaría *Heavy Metal*. En pocos años, estos autores acompañados de muchos otros revolucionaron el panorama del cómic francés y americano de ciencia ficción.

Años más tarde, la industria del cine se fijaría en esta revista y contrataría a sus autores como ilustradores, autores de *storyboards* y diseñadores de producción en general para muchas creaciones de principios de los ochenta. El siguiente paso lógico era que se dirigiesen a las historietas de estos autores en busca de inspiración para sus producciones. Y así, adaptando directamente varios seriales publicados en la revista, se inició el proyecto de la película *Heavy Metal*. Obras de Moebius, Richard Corben, Juan Giménez y Berni Wrightson entre otros fueron adaptadas por el equipo de producción y se decidió que la banda sonora que acompaña a la producción debía estar en consonancia con los temas de fantasía y ciencia ficción que mostraba el film.

Y así llegamos a Blue Oyster Cult y su *Veteran of the psychic wars*, la canción utilizada para ambientar los compases iniciales de la historia llamada *Harry Canyon*. La cinta de VHS donde grabé la película de una de esas proyecciones que se hacían de madrugada estaba machacada de tanto reproducirla, pero sin duda el fragmento peor conservado era el comienzo, y la culpa la tenía la canción de Blue Oyster Cult. Su música y letra me resultaban evocadoras y siempre significaron para mí la ciencia ficción en estado puro.

Más tarde, descubrí que la canción terminó en la película por casualidad, ya que el grupo había grabado otra canción que se decidió desechar por ser demasiado reveladora con el argumento. También acabé descubriendo la conexión con Michael Moorcock, escritor de ciencia ficción y fantasía y también creador de las letras de la canción (pero eso son anécdotas para otro momento). La canción y la ilustración que acompaña a estas «Visiones» son lo único que necesitaron nuestros autores para mostrarnos lo que significa para ellos ser un veterano de las guerras psíquicas.

Espero que estas historias les gusten tanto como me han gustado a mí.

El editor.

PENSANDO A LA FUERZA por Antonio Morera

—Muy buenos días, amigos oyentes. Hoy es jueves, diecisiete de enero. San Elpigio, San Sisebuto y San Gundisalvo, virgen y mártir. Porque fue las dos cosas: virgen y mártir. No, de San Gundisalvo no se ha sabido nunca que quisiera formar parte de un matrimonio múltiple, ni que tuviera ideas de género, ni vínculos poliamorosos de ningún tipo. Él: virgen y mártir.

»Hoy, la actualidad viene dominada, una vez más, por un nuevo ataque... absolutamente cruel... absolutamente violento. Absolutamente terrorista. Dirigido contra la religión católica. Y es que ayer, uno de esos animales de bellota que tanta pena dan a la izquierda progre y liberticida de este país asaltó a los fieles católicos que asistían a misa en una iglesia madrileña. Nuestra compañera, Ana Maderero, tiene todos los datos.

—Efectivamente, Federico. Ayer, a las doce del mediodía, mientras los fieles se congregaban en la iglesia de Santa María del Buen Descanso, en el barrio madrileño de Saconia, un hombre, completamente desnudo, asaltó la iglesia. El hombre, de nacionalidad estadounidense, que fue detenido por la policía y que responde a las iniciales J. T. K., es, según informaciones confirmadas por el ministro del Interior, un veterano de las guerras psíquicas. Todo parece indicar que el hombre había dejado de tomar la medicación inhibidora de sus habilidades telepáticas y que no asistía al psicoanalista desde hacía más de dos semanas.

»Según informes de las víctimas del ataque, en medio de un avemaría y sin previo aviso, los fieles comenzaron a pensar que la inmaculada concepción es un mito fundacional en el asalto de las sociedades matrilineales por parte de un patriarcado que busca sustituir el poder sexual y generativo del que la mujer era la única depositaria y transformarlo en algo que sucede por voluntad de un poder omnímodo y masculino.

»El asalto continuó durante varios minutos, durante los cuales los fieles allí congregados se vieron obligados a pensar en la Iglesia como parte de una superestructura imperialista que busca la alienación del producto de las masas trabajadoras, facilitando su expropiación sin justiprecio por parte de las élites burguesas.

»Se produjeron escenas de pánico cuando citas de Slavoj Žižek comenzaron a retumbar en las mentes de los fieles allí congregados, que abandonaron el templo en desorden, ocasionándose varios contusionados leves. El arzobispado de Madrid ha confirmado dos víctimas de apostasía.

—Gracias, Ana. Bueno. Hasta aquí, los datos resumidos, sin que tengamos más informaciones, o más completas, sobre la identidad o afinidades del terrorista. Aunque las afinidades, que siempre son electivas, en este caso, como en todos los demás, están bastante claras: un americano, expatriado, asilado político, seducido por la intelectualidad progresista europea. Como ven, nada que no haya pasado antes, si bien en este caso debemos lamentar dos víctimas. Dos pobres e inocentes y honradas personas que se han vuelto ateos, que han renunciado a la fe de sus padres y que ahora estarán en sus casas, traumatizados, debatiéndose entre si la socialdemocracia sueca o Lacan.

»No es la primera vez que suceden estos hechos violentos y abominables, pero pocas veces hemos visto una cosa tan abyecta. Nunca, nunca hemos visto a un salvaje, a un energúmeno, ¡a un terrorista!, entrar pensando, ¡pensando! en una iglesia. Este caso es especialmente terrible, porque, según familiares de los que sufrieron el asalto, que han hablado con redactores de nuestra cadena, no solo tuvieron que soportar los dicterios del barbudo esloveno, sino también citas de Noam Chomsky y hasta de Bertrand Russell. ¡En misa! ¡Bertrand Russell en una iglesia católica! Adónde iremos a parar. En fin, se pueden hacer una idea de lo que fue aquello.

»O bueno, mejor no, mejor no se la hagan.

»Este ha sido el último de una cadena de ataques terroristas telepáticos sufridos en nuestro país. El anterior, que horrorizó a España entera... porque es que conviene recordar que el anterior asalto de este tipo fue contra una guardería. ¡Contra niños pequeños, que empiezan a formar sus conciencias! Es cierto que en aquel caso no pasó nada porque Dios no quiso; que los niños no sufrieron ningún

daño porque el asaltante había memorizado unos ensayos de Derrida y eso no lo entienden ni los adultos.

»Pero es que esto ya no es una panda de enfermos mentales que merezcan nuestra conmiseración. Esto es ya, en toda regla, una guerra: una auténtica guerra contra los católicos y contra los liberales, ejercida por mercenarios extranjeros. ¡Porque es que aquí hay un patrón! Porque ustedes no verán a un señor de derechas entrando en una sede de Comisiones Obreras pensando en las cartas de John Adams o en las novelas de Ayn Rand. ¡O en un miserable artículo de Oriana Falacci! Estamos siempre, siempre, siempre, frente a ataques lanzados desde la intelectualidad izquierdista europea contra las conciencias de la clase media y contra la religión cristiana. El odio africano de la progrez euroboba, de los catedráticos de Eurabia, o de Eurobabia, o de vaya usted a saber esto en lo que nos metió Aznar. ¡Porque es que nadie piensa ya en Aznar! ¡Y mucho menos en público! ¡Como si nos diera vergüenza! Porque es que en este país nadie está dispuesto a defender ni sus valores, ni sus ideas, ni sus creencias, ni a su equipo de fútbol. Ni nada de nada.

»Yo ya lo dije, cuando empezó todo este lío. ¿Se acuerdan? Que eso de proyectarse con el pensamiento, se hubieran tomado las drogas que se tomaran, por muy controlados que estuvieran, que era una cosa que se sabía cómo empezaba pero no cómo terminaba.

»¡Porque es que esto empezó bien! Nadie puede negar que empezó bien. Por malas razones, pero no podemos discutir... Porque es que conviene recordar que las guerras psíquicas empiezan cuando Noruega, país enemigo de España a lo largo de tantos siglos, aliado de los ingleses, de los franceses, de todos los que nunca quisieron un Imperio español —y católico—, corta relaciones diplomáticas con Israel porque Israel, en legítima defensa, tira unos cohetes en Teherán y mata a unos niños noruegos que estaban jugando.

»A saber a qué jugaban.

»Y entonces son los noruegos los que cortan relaciones diplomáticas con Israel y se monta una batahola en esa cosa siniestra que es la ONU, donde todo tirano tiene su asiento y toda democracia, su cadalso. Y entonces, el bobo socialista de turno que gobernaba ese gran país que es Estados Unidos, que es grande cuando no lo gobiernan socialistas, salió con el programa de eliminación de objetivos terroristas rastreando sus pautas mentales. Que era una cosa que se inventan para reducir los mal llamados daños colaterales. Que yo me pregunto, ¿qué daño colateral le hace a un crío que le caiga un misil encima, comparado con que le eduquen en el Islam?

»Pero es que la izquierda, en su sectarismo, estaba en contra de todo. Estaba en contra de defender a Israel, de defenderse de los terroristas, de defender a la civilización occidental que en el fondo quieren destruir. Y estaba en contra de los bombardeos de Kosovo. Y estaba en contra de los misiles de la OTAN en Afganistán. Y estaba en contra de los ataques con aviones no tripulados, ¡aunque mataban a menos gente! Y por supuesto que en su origen estaba en contra de que esos drones persiguieran a los terroristas leyéndoles las pautas mentales, que al principio ni siquiera les leían el pensamiento. Y venga a que si no se puede hacer la guerra desde lejos, que si tienen que estar controlados por humanos, que si la rebelión de las máquinas...

»Y en seguida, se vio lo de siempre: que lo que las élites políticas de Eurabia querían era que los americanos diseñaran la tecnología para fusionar cerebros con máquinas y perpetuarse en el poder. Y vieron el cielo abierto y dijeron: "Uy, pero si esto es una cosa estupenda, así podemos guardar las memorias de todos los eximios y preclaros dirigentes del partido y pedirles consejo en las crisis por venir, provocadas por sus acciones pasadas".

»Y pasó lo que tenía que pasar.

»Rubalcaba.

»Rubalcaba fue de los primeros en hacerse un *backup* de la calvorota en la sede de Ferraz. Rubalcaba, y Felipe, y Zapatero, aunque de ese no se sabe que tenga *backup* de nada, fueron los que inspiraron a la Unión Europea a que presionara a Estados Unidos para que dejaran de lobotomizar a sus veteranos de guerra, o dejaran de meterlos en Guantánamo. Porque, claro, a ellos les parecía estupendo eso de ver a soldaditos telépatas, paseándose por Times Square, acordándose de las últimas cosas que había pensado un terrorista antes de morir. ¡Y lo pensaban en voz alta!

»Y eso no puede ser. Porque si los ciudadanos se dan cuenta de lo que significa matar, entonces, ¿quién va a querer matar?»

»Y claro, si has ofrecido asilo político a los iraníes, a los kurdos, a los tibetanos, a todos los indeseables y a todos los feos, del mundo mundial, ¿no le vas a ofrecer asilo a un marine americano alto, rubio, pintón?

»Y nos metieron el problema a los españoles. Y ahora se ve por qué. Porque no se quería ayudar a unos pobrecitos soldados cuyo gobierno quería eliminar, porque eran armas ambulantes, para proteger a la población. Y no nos hemos gastado millones de rublos de nuestros impuestos en pagarles el psicoanalista durante años para que estos pobrecitos se curen. ¡Esto ha sido una estrategia desde el principio! ¿O es que a un soldadito de Iowa le da por leer a Wilhelm Reich así, motu proprio? ¡Se lo dan a leer! Le dan unas medicinas para que no pueda pensar en voz alta y le dan a leer libros que... en fin, si Juan Benet o Simone de Beauvoir no tienen que ir al expurgo... Ay. Si existiera todavía el Índice de la Iglesia Católica.

»Y se lo dan a leer... con un objetivo concreto, definido y malvado: que es que lo vaya predicando por ahí. Que vaya pensándolo en voz alta por ahí. ¡En vez de lobotomizarlo como Dios manda, se le llena la cabeza con el simbolismo y el yo qué sé qué, y se lo deja ir por esos mundos de Dios para que nos haga pensar a los demás sus tonterías!

»Porque es que estos se arrogan el derecho de poder decirle a todo el mundo lo que están pensando. ¡Hombre, no me diga lo que piensa, dígame algo bonito!

»¡La gente tiene derecho a que no le den la tabarra! ¡A que no la insulten! La gente, cuando la educan en valores... y nosotros hemos hecho siempre hincapié en eso: en la educación en valores. En el liberalismo. En el cristianismo. España, la Cruz y el libre comercio.

»¡¡Porque cuando te educan en valores, pues ya no tienes que pensar más!!

»Esto.... esto es una situación muy peligrosa. Y va a ir a más.

»En fin. Lo comentaremos en la tertulia. Antes, el tiempo, con Yacimientos Petrolíferos Fiscales, una compañía argentina.

VETERANO DE LAS GUERRAS PSÍQUICAS
por Mauro Hinojosa

22 de Tuleste, año 2883

Me obligan a escribir un diario como parte de la terapia. Recuperación de la memoria, dicen. Introspección, reflexión. No entiendo nada. Es tarde, empezaré mañana.

23 de Tuleste, año 2883

No recuerdo gran cosa, pero siguen haciéndome preguntas. Por lo visto, participé en un conflicto interplanetario, conocido como guerras psíquicas, como miembro de un equipo especial naval, algo con muchas siglas. ¿Qué dicen? ¡Mi último recuerdo es salir de pesca! Cada mañana, en el mismo pueblo en el que nací, salía de mi pequeña casita junto al lago y me adentraba en la niebla. Allí pescaba y leía, una vida tranquila. No me imagino alistándome en nada, aún menos en una guerra que no recuerdo. Sin embargo, mis sueños son distintos. En ellos, veo fogonazos en la oscuridad, escucho gritos de alarma, órdenes que no comprendo, disparos, llamaradas, huelo a estática y a miedo. Estoy en la orilla de una playa o algo así. Llevo un casco y hay agua cerca. El agua siempre me ha relajado. Dentro de mi cabeza resuenan códigos extraños y me muevo a través del sueño como si supiera lo que estoy haciendo. Al final siempre hay un edificio que se hunde lentamente bajo la superficie líquida. Me sumerjo con él, lanzo un arpón sónico para anclarme y digo algo, no con palabras, sino con mi pensamiento, como uno de esos psiónicos de los que había leído en las revistas. Me comunico con un control central, no sé cómo llamarlo, ellos me devuelven una clave, no como si me la transmitieran, sino como si me implantaran ese conocimiento, como si despertasen algo que siempre estuvo ahí dentro, escondido en mi cerebro. Llego hasta una escotilla cuando hay cientos de metros de líquido entre la superficie y yo. Introduzco el código y se abre vomitando una burbuja enorme que esquivo por poco. Entro, vuelvo a

cerrarla y activo el sistema de igualado de presión para abrir al otro lado. Ya está, eso es todo, pero siguen haciéndome preguntas.

27 de Tuleste, año 2883

Estos días han estado haciéndome pruebas cognitivas bastante sencillas, pero creo que solo es una excusa para mantener mi mente tranquila. Según los registros, cada día he dormido unas nueve horas. Yo nunca duermo nueve horas. Lo escribo aquí para que lo sepáis. No me engañáis con lo que sea que estéis haciendo.

28 de Tuleste, año 2883

Después de lo que escribí ayer, pensé que harían algo, pero no, me han dejado tranquilo en mi sala. Yo la llamaría celda. Siempre que estés confinado en un espacio, este es una celda, da igual cómo sea, ya tenga barreras energéticas de contención, burbujas beta o un simpático hombrecito que te dice que debes permanecer controlado por tu propio bien. En mi caso ese hombrecito me habla por una rendija en la puerta. Su voz es desapasionada, ni siquiera fría, como si hablase con alguien que no estuviera allí, como si estuviera grabada de antemano. Pero no lo es. Está allí, al otro lado, yo creo que sí. Estoy escribiendo como un auténtico diario para seguiros el juego. Sé que estáis conectados, que estudiaréis cada detalle de lo que escribo: cuándo lo hago, qué errores cometo, lo que tardo en terminar una frase o lo que me cuesta mencionar según qué cosas. Si estáis esperando a que empiece a hablar de mi padre, ya podéis olvidarlo. No lo conocí. Y a mi madre la odiaba (fijaos lo poco que he tardado en escribirlo. Del tirón). No sé por qué tanto teatro para que recupere la memoria. A veces me cuesta obedecer las instrucciones. La voz del micrófono del techo también es neutra y apenas me explica el porqué de lo que hacemos. No me siento como un paciente, sino como un objeto de estudio.

29 de Tuleste, año 2883

Hoy toca programa intensivo de pruebas. Durará varios días. Me aseguráis que se trata de que recupere la memoria. No sé si creeros o no. Sigo sin recordar, nunca aparecéis por la sala, estoy solo y cr...<Interrupción de datos confirmada. Inicio de las pruebas Ypsen a Tho>

34 de Tuleste, año 2883

Casi agradezco esto del diario. Me dejan en paz más a menudo con las pruebas. La habitación también parece mejor iluminada. Sé que hacéis esto para que escriba más, pero aun así es más agradable. La sala tiene mejor aspecto. Me he animado a cambiar la cama de sitio, aprovechando que no veo a nadie nunca. He podido moverla sin mucho esfuerzo. Ahora está entre las dos ventanas de la pared que hay frente a la puerta. Veo la puerta cuando me despierto, eso me relaja. El blanco general que lo ocupa todo también lo hacía, pero ahora me agobia. Todo es blanco, hasta mi ropa, incluso lo que hay tras las ventanas, un paisaje sin suelo, solo aire, una cama de nubes sobre un cielo muy claro. A veces tengo que mirarme las manos para asegurarme de que no he dejado de ver colores. Incluso cuando las veo, en una o dos ocasiones no distinguí la diferencia entre el tono de mi piel y el de la camisa. Ya me diréis si eso es una buena señal.

No estoy recuperando la memoria, por cierto. Supongo que las pruebas ya os lo dejan claro, pero también os lo puedo decir yo. No sé qué estáis haciendo, dónde hurgáis, pero sigo sin recordar nada después de la última mañana que pesqué en la niebla. Es cierto que a veces sueño que estoy allí, en mi lago de Hobbion, y que el edificio que persigo emerge en lugar de sumergirse tras lanzar el anzuelo. Es un sueño raro, casi divertido, porque la caña hace como el arpón y se engancha en el edificio, pero dura poco. Lo demás es todo oscuridad, datos inconexos, quizás algún desayuno junto a mi mujer antes de que muriese. No puedo recordar, pero supongo que su muerte tuvo algo que ver con que me alistase, no se me ocurre otra cosa. También lo he dicho durante las pruebas, pero quizás ayude que lo recalque.

Echo de menos alguna distracción que no sea una prueba, una televisión, por ejemplo, o un libro, incluso una historia contada por esa

voz sin espíritu del techo. Imagino que todo tiene que ver con mis sueños y no queréis que mi mente elabore distracciones. Aun así pensad que quizá podría despertar algo. Quizá si tuviera un estímulo que no me suponga concentración, se rompería alguna barrera.

2 de Lloma, año 2883

Me fío de que hemos cambiado de mes. Me fío de la fecha, en fin, ya viene impresa en el registro y no tengo forma de saberlo. Ayer por la mañana, cuando iba a escribir, vi precisamente que el espacio del día 1 no existía. Lo comprendí cuando del suelo empezó a emanar un gas, incoloro e inodoro. Me sugirieron que me tumbara y eso hice, pero reconozco que estaba nervioso. Sigue sin gustarme que me pidan tanto sin darme nada. Al final me alegré. Tuve un sueño vívido, mucho más claro que todos los demás. Empecé donde siempre, en una especie de batalla nocturna. Me lanzaba al agua y entraba en un edificio que se sumergía. Nunca fui más allá hasta anoche. En mi último sueño vi por fin lo que había tras la segunda puerta: un pasillo oscuro con un suelo de baldosas cuadradas que se iluminaban a medida que las pisaba. Después de avanzar un poco se abrió de nuevo en mi mente un canal de transmisión, pero no llegó nada, no hubo instrucciones ni petición de informe. Tampoco podía cerrarlo. Me detuve y me concentré en emitir lo que estaba viendo. El mapa que habían impreso en mi memoria me indicaba que estaba en la ubicación correcta, pero allí no había nada de lo que suponían que habría. El *briefing* sugería que, por informaciones previas, allí habría un núcleo de control al que podría conectarme. Recordé algo importante en mi sueño, lo cual no he podido hacer despierto. Se me educó durante años para establecer canales mentales no enlazados, emisiones sin receptor concreto. Eso significa que soy una especie de espía y que lo que estáis intentando hacer es recuperar la información que robé de dondequiera que estuviera. Reconozco que saberlo me produce bastante relax, aunque sigo sin entender por qué me alistaría.

3 de Lloma, año 2883

Me duele la cabeza desde que desperté. Espero que no me hayáis hecho nada. He gritado mucho, e insultado al techo y a la puerta, sin respuesta. No tengo nada en la cabeza. ¿Por qué no puedo tener un espejo? No tiene color propio, no va a reflejar nada que no sea blanco. ¿Es necesario que no pueda verme? Hoy no recuerdo lo que he soñado. No tengo nada más que decir, y si no empezáis a explicarme algo o me quitáis este dolor de cabeza, se acabó seguir escribiendo este puto diario.

8 de Lloma, año 2883

Os ha llevado bastante decidiros. Así que es eso, lo que pensaba, me alisté tras la muerte de Brisa. No creo que mi mujer lo hubiese querido, pero no me extraña ahora que sé lo demás. Así que el edificio que asalto estaba en mi lago. Llegó un día sin más y tomó posesión de la superficie, luego se sumergía y emergía cada pocos días. Es normal que me alistase. No sé si lo dije durante el reclutamiento, o si me lo preguntaron siquiera, pero por si sirve, hundí el cuerpo de mi mujer en ese lago. Por eso iba allí todas las mañanas a leer y a pescar, para sentir que estaba cerca de ella. Gracias por contármelo y por quitarme el maldito dolor de cabeza. Creo que estamos cerca, así que decidme qué toca ahora.

9 de Lloma, año 2883

Más gas a la hora de dormir. Este último sueño ha sido aún más completo. Por supuesto, comencé donde siempre, ya sabéis, la batalla a la orilla de mi lago, me sumerjo, entro en el edificio y el pasillo oscuro. Sigo por donde lo dejé, el pasillo se bifurca varias veces, eso significa que al pisar algunas baldosas se iluminan otras delante y a los lados, pero esta vez no me resulta extraño encontrarlas como en el sueño anterior. Esta vez las esperaba, estaban contempladas en el mapa que tengo implantado. Así que las sigo, y cuando llego a la última, esta emite una luz rojiza muy suave. Extiendo la mano y encuentro un panel. Desde el canal abierto de mi mente me llega información so-

bre otro código. Lo introduzco en el panel y escucho deslizarse una puerta. En ese momento soy consciente de que llevo puesto el casco. No es que importe, pero hasta ese momento no me había dado cuenta. Supongo que la atmósfera que respiran esos alienígenas es tóxica para nosotros. Llego por fin a la sala. Al pisar la primera baldosa, se encienden todas. Estoy en el lugar adecuado, el centro de control de inmersiones. En mi cabeza empiezan a descargarse instrucciones que me producen cosquilleos en las terminaciones nerviosas, una sensación muy agradable, de paz, de calma. Luego me despierto.

10 de Lloma, año 2883

Hoy hemos hecho el último ejercicio. Ya estoy mucho más relajado y he podido abrir mentalmente un canal libre de comunicación. No recuerdo cómo puedo hacerlo, pero ha funcionado y hemos podido recuperar toda la información que aún había dentro de mi cerebro. Ahora ya sé el porqué de todo este lío. Estaba bloqueado y así no podía abrir el canal. Según me han confirmado, era información de seguridad valiosa. Siento haber ofrecido resistencia inicial a las pruebas. Cierro esto y me acuesto para que me volváis a gasear. Entiendo que este lugar debe permanecer en secreto. Si os soy sincero, si supiera dónde está, lo destruiría.

<Fin de misión YT-33-AL-01>
<Resultado: Éxito>
<Estado del prisionero:
Eliminado mediante sedación y posterior intoxicación con cianuro tras la extracción de información de relevancia. Su fisiología cerebral será estudiada conforme a lo definido en el protocolo previo>
<Información resultante:
Obtenido 96% datos esperados, incluidos códigos de seguridad zhellon y thero, así como transcripciones de inteligencia del ejército marciano-terráqueo>
<Informe detallado en curso>
<Emersión programada para 0458>

NIVEL SEIS
por Juancho Carrillo

La puerta se deslizó lateralmente con un leve sonido y Esther entró en el despacho con paso firme. Miró con desconfianza a los dos hombres que la esperaban. Al primero ya lo conocía, era el coronel Donner. Un hombre con gesto inexpresivo, piel arrugada y pequeños ojos grises. Él la recibió con un leve asentimiento de cabeza. El otro la desconcertó un poco. Iba vestido con un elegante traje, lo cual era extraño dentro de un recinto militar. Quizás era un visitante, como ella, o un asesor civil. Sonreía amistosamente, con una mirada inteligente detrás de unas gafas con cristales de color ámbar. Parecía una de esas personas que caen bien a todo el mundo.

–Siéntese, señorita Winters –dijo de forma respetuosa el coronel Donner, señalando una de las sillas con la mano.

–¿Voy a poder ver a mi padre de una vez? –contestó Esther de pie, conteniendo su rabia.

El militar y el civil intercambiaron una rápida mirada.

–Eso depende de usted... Esther –dijo el desconocido con una amplia sonrisa–. ¿Puedo llamarla Esther? Su padre me ha hablado mucho sobre su pequeña Esther.

–Llámeme señorita Winters. Y me temo que a mí no me han hablado de usted. Ni siquiera nos han presentado –la mujer fulminó con la mirada a su interlocutor mientras tomaba asiento, aunque el hombre apenas perdió la compostura.

–¡Que despiste por mi parte! –dijo él, en un tono que bordeaba peligrosamente la diplomacia y la burla–. Mi nombre es Desmond Svenson, asesor de contraespionaje y psíquico de nivel cuatro. Ya conoce al coronel Donner, ¿verdad?, estratega militar y psíquico de nivel... ¿tres? –le preguntó haciendo un gesto con la mano, como invitándole a que le refrescara la memoria.

–De nivel dos –contestó secamente Donner. Casi podría decirse que lo dijo con vergüenza. Pero Esther no se dejó embaucar, parecía que aquel hombre, Desmond, conocía perfectamente el nivel psíquico del militar.

–Dos, eso era –completó Desmond con una falsa sonrisa. Le contempló un segundo en silencio, como remarcando su inferioridad. Después volvió la cabeza hacia Esther–. Pero sobre us-

ted... ¡nadie parece saber nada! En su expediente dice «nivel psíquico no clasificado». ¿A qué se refiere exactamente? Tengo entendido que tanto su padre, el capitán Ethan Winters, como su madre son psíquicos del más alto grado. Ya sabe. Nivel cinco.

Esther contuvo su mal humor. Aquel hombre era peligroso. Hablaba como un político, dirigiéndola hacia trampas hábilmente colocadas en el lenguaje. Respiró profundamente y le devolvió una sonrisa tan falsa como le fue posible.

–El nivel psíquico de mi padre creo que es alto secreto, una simple civil como yo no sabe esas cosas.

Desmond se rio, golpeando con elegancia la mesa con un dedo.

–¡Fantástica! –exclamó, dando una palmada. Posó la barbilla sobre las manos, aún unidas, y cambió ligeramente la entonación de su voz–. Pero lo que le he preguntado, señorita Winters, es si es usted psíquica.

Esther percibió el tono inquisitivo en sus palabras. Miró de soslayo al coronel Donner, pero este desvió la mirada hacia abajo, evitándola. Se supone que él y su padre eran amigos desde hacía décadas. Habían combatido juntos en las guerras psíquicas, y más de una vez le había oído comentar que lo consideraba un hermano. Algo no iba bien. Nada bien.

–No busque aliados. No aquí. No ahora –Desmond la miraba con ojos penetrantes tras el cristal ámbar–. Y antes de que me responda, le diré que una de mis especialidades es la veritanesis. Si me miente, lo sabré. Si no dice toda la verdad, lo sabré. Si no piensa toda la verdad, lo sabré.

A Esther se le aceleró el pulso. Primero, le había llegado la comunicación de que su padre estaba herido e ingresado en el hospital militar de recuperación psíquica. Después, habían pasado varios días sin noticias. Y ahora, un asesor de contraespionaje con poderes psíquicos especializados en interrogatorios la presionaba.

–¿Es usted psíquica? –preguntó simple y directamente Desmond.

Esther notó cómo la temperatura de la habitación bajaba dos grados y el vello de los brazos se le erizaba. Había un poder psíquico presente en la sala.

–Sí –contestó ella con un suspiro de resignación.

Desmond asintió antes de proseguir.

–¿Ha contactado psíquicamente con el capitán Ethan Winters en los últimos quince días?

–No –respondió Esther extrañada.

–¿Cuál es su nivel psíquico?

–Nivel... –Esther intentó encontrar la mirada de Donner, pero le fue imposible–. Nivel seis.

Al oír la respuesta, fue el coronel el que la miró.

–No existe el nivel seis –dijo Donner negando con la cabeza–. El cerebro a duras penas puede contener un nivel cinco.

Se hizo un incómodo silencio en la sala. Desmond sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca. Buscó algo en sus bolsillos sin éxito, para terminar mirando a Esther con una sonrisa.

–¿Le importaría...?

El coronel miró a ambos con el ceño fruncido, sin entender lo que ocurría.

–No estoy bajo sus órdenes. Soy una ciudadana libre. Rechacé la invitación del ejército hace años –replicó Esther, cruzándose de brazos.

–Vaya... –suspiró Desmond–. La verdad es que me gustaría fumarme este cigarrillo y hablarle de lo que le ocurre a su padre. Pero si no quiere oírlo...

El cristal de la mesa emitió un quejido cuando la escarcha se formó en su superficie. Donner se asustó al ver cómo de su boca salía vaho, y se quedó petrificado cuando una llamarada salió de la nada y redujo el cigarrillo a cenizas.

Desmond miró los restos del filtro que tenía entre los dedos y asintió.

–Muy precisa –añadió con un tono de admiración.

–Es por su bien, Desmond. Fumar podría matarle –dijo Esther con un tono ambiguo–. ¿Va a hablarme de mi padre ahora?

–Por supuesto –admitió Desmond–. Su padre... el capitán Winters, se encuentra en la habitación contigua. Aunque su estado es... delicado. ¿Conoce el término hibernación psíquica?

Esther miró hacia la pared de su derecha, donde había un espejo alargado, y se mordió el labio inferior con angustia.

–No... no exactamente.

–Verá... –comenzó a explicar Desmond midiendo sus palabras–. Su padre está en una especie de coma. Un coma inducido por él mismo. Su cuerpo tiene el ciclo vital ralentizado y su mente está bloqueada.

–¿Ha dicho que se lo hizo él mismo?

–Eso es. El capitán estaba en una misión secreta, tras las líneas enemigas. Si le atrapaban, tenía órdenes de inducirse la hibernación para...

proteger información clasificada. Si el enemigo tuviera acceso a lo que sabe su padre, tendría una gran ventaja.

–¿Le capturaron entonces?

–Sí, pero afortunadamente, pudimos rescatarle. El problema es... –Desmond se quedó callado, buscando las palabras adecuadas.

–Déjame continuar a mí, Desmond –interrumpió Donner–. El problema es que Ethan cree que aún está capturado por el enemigo. Ha levantado un muro en su mente, y quien intenta traspasarlo para avisarle de que está a salvo... muere.

Esther se llevó la mano al pecho y se le paró la respiración unos instantes.

–Una de las especialidades de Ethan es la desintegración mental. Ya ha dejado sin mente a tres de mis hombres. Cuerpos vegetales sin actividad cerebral.

–Verá que la situación es complicada –intervino Desmond–. Hasta donde sabemos, una hibernación psíquica solo puede romperse por un nivel superior de poder. Pero su padre es nivel cinco.

Esta vez, Donner y Desmond se quedaron mirándola fijamente.

–Ya... ya veo por qué estoy aquí –dijo ella asintiendo.

–Y eres su hija –añadió el coronel–. Él debería reconocer tu patrón psíquico y despertar.

–Pero podría no reconocerlo –dijo Desmond, esta vez sin sonreír, mirando hacia el espejo–. Es tu decisión, como ciudadana libre. No podemos obligarte a intentar algo así, claro. Pero el coronel Donner, que conoce bien a tu padre, cree que puede funcionar.

Las palabras del asesor estaban de repente cargadas de emotividad. Esther vio lo que intentaba hacer, pero lo cierto es que la situación de su padre la había dejado en shock. Acompañó la mirada de Desmond y proyectó su patrón psíquico hacia la habitación.

Notó la presencia del patrón de su padre, era inconfundible. Su intensidad era cegadora. El muro mental parecía totalmente infranqueable. La habitación debía de estar a temperaturas bajo cero.

–¿Lo notas? –preguntó Donner, sacándola de su concentración–. ¿Crees que puedes ayudarle?

Esther notó la súplica en la voz del coronel. Era auténtica. Nada comparable a la astucia calculada de Desmond.

–Lo intentaré –afirmó Esther, tomando una lenta bocanada de aire–. Pero deberíais salir de la sala. Esto se va a poner realmente... gélido.

Desmond asintió al coronel y ambos salieron de la habitación, dejándola sola.

Esther concentró toda su energía en un fino punzón psíquico. Cerró los ojos y percibió cómo la temperatura de la sala comenzaba a descender. Buscó algún hueco en el escudo de su padre, pero sabía de antemano que no lo habría.

Así que simplemente escogió un punto y golpeó. La resonancia psíquica del choque hasta la mareó. Intentó recomponerse, pero no lo hizo suficientemente rápido. Ella era una psíquica de nivel seis, pero no tenía entrenamiento de combate mental. Cuando quiso darse cuenta, una fuerza había penetrado en sus defensas y ahogaba su mente.

–Padre... soy yo. Esther... tu pequeña Esther...

Pero no obtuvo respuesta. No hubo vacilación. Solo la respuesta programada de un extenso entrenamiento y años de experiencia militar. Solo un golpe, solo una descarga de un veterano de las guerras psíquicas.

La puerta de la sala volvió a deslizarse lateralmente, rompiendo la escarcha que se había formado en su hendidura. Los dos hombres entraron lentamente y contemplaron el cuerpo de Esther desvencijado como una muñeca sobre la silla. Sin mente, sin alma.

El coronel Donner parpadeó varias veces, atónito. No creía lo que veían sus ojos.

–Una pena –dijo Desmond sacando otro cigarrillo–. Ella casi lo consigue, aunque le faltaba entrenamiento. Pero miremos el lado positivo. No podemos tener psíquicos de nivel seis por ahí sueltos sin control, ¿verdad? Digamos para el informe que este problema... se ha resuelto por sí solo.

Donner todavía no entendía lo que había ocurrido en realidad. Miraba a Desmond como si lo viera por primera vez.

–¿Lo ha visto? Esa... resonancia, nos ha dejado a todos ciegos mentalmente por unos instantes. ¿Cómo ha podido verlo?

–¿Nivel cuatro? ¡Vaya! Soy malísimo con los números. Nunca recuerdo si soy de nivel cuatro o seis.

Una llamarada apareció en el aire con elegancia y encendió la punta de su cigarrillo.



«Y ahí se grabaron los vídeos que yo vi por televisión. Los de un enjambre de naves espaciales, perfectamente esféricas, precedidas por un rumor brusco, horrísono, enervante, que traía a la mente la imagen de alguien que restriega sus dientes por una roca granito hasta quebrárselos.»

WALDEN III

Por Antonio Morera

Ilustración de Ricardo García Hernanz

Por tanto, estudiemos la virtud, pero la virtud puramente humana, porque solo buscamos el bien humano y una felicidad humana. Cuando decimos la virtud humana, entendemos la virtud del alma, y no la del cuerpo, porque, para nosotros, como queda dicho, la felicidad es una virtud de alma.
Aristóteles. *Ética a Nicómaco*.

Foto: Una anciana con un hato de cebada para hacer cerveza posa junto a la lanzadera nuclear de Walden III (Reuters).

En el último reportaje de nuestra serie, hemos tenido el privilegio de visitar el que seguramente sea el lugar más misterioso y aislado de toda Europa occidental. Y, por qué no decirlo, también el más temido y, si no odiado, al menos del que más se desconfía.

Perdone el lector que interrumpa con mi propia biografía, pero es que mi bisabuelo nació en esta tierra, en Galicia. Una región lluviosa y aún verde situada al noroeste de la península Ibérica —en el extremo occidental del continente europeo—. La agricultura y la pesca siempre fueron los motores de esta región y aquí el mar siempre tuvo un significado especial. Quizá por eso, a diferencia de la mayoría de mis coetáneos, los gallegos no le tienen el mismo pavor al mar que yo.

Cuando mi bisabuelo emigró a la isla de Cuba, Galicia pertenecía a la Segunda República Española, que aún era un país independiente. Pero actualmente es un departamento administrativo más del Protectorado Federal de España —el más austral de los protectorados de la Unión Europea—. Muchas cosas han cambiado desde que mi bisabuelo salió de aquí para nunca regresar, pero supongo que la lluvia y el verdor del paisaje continúan como siempre.

Es curioso, pero no experimenté ninguna sensación especial cuando traspasé la linde del territorio de la comuna. La carretera, en muy malas condiciones, no permitía detenerse para festejar nada. Y los frondosos bosques que la rodean tampoco invitaban a adentrarse en ellos a alguien que, como la gran mayoría de los americanos, es alérgico a la práctica totalidad de los frutos silvestres. No fue hasta que el camino se despejó, y a la vuelta de una curva divisé la comuna, cuando realmente me sentí entusiasmado, pues fue en ese momento cuando sentí que fructificaba el trabajo de tantos meses.

No voy a aburrir al lector con las dificultades que hemos encontrado a la hora de elaborar este reportaje. El Departamento de Estado no nos ayudó en absoluto a gestionar nuestra petición ante la Unión Europea en Moscú. Tampoco se lo podemos reprochar, pues la existencia de estas comunas es un tema espinoso a ambos lados del Atlántico.

Pero lo cierto es que lo más difícil fue escoger el enfoque adecuado. En la redacción

discutimos muchísimo sobre cómo abordar este reportaje. Reconozcámoslo: a nadie le hace ninguna gracia que un grupo de hippies tenga una bomba atómica.

A mí mismo me cuesta abordar este reportaje de una manera equilibrada. A pesar de las *objectivity peer reviews* que ostenta nuestra revista —considerada de las más neutrales de Estados Unidos—, lo cierto es que yo me gano la vida contando lo que pasa. Y estos tipos han construido una utopía sobre la idea misma de que ya no va a pasar nada más, pues hemos alcanzado el fin de la historia humana.

De nuevo en el coche, no tardo en llegar hasta la entrada del pueblo de Walden III. Una antigua aldea de labriegos cuyas viejas casas de piedra han sido restauradas. Puedo ver a una pareja con dos niños arreglando un tejado. Dudo durante un instante si tocar la bocina, pero no es necesario. En seguida, el niño grita algo en un idioma que no puedo entender —mi bisabuelo sí hubiera podido— y al poco aparece la persona a la que deseo entrevistar. El hombre al que la práctica totalidad de los medios de comunicación no sometidos a revisiones de objetividad consideran poco menos que la reencarnación de Fidel Castro.

Lo cierto es que la barba de Amador Casares es bastante más larga que la del antiguo revolucionario cubano. Pero también mucho más blanca. Se acerca hacia el vehículo envuelto en la misma ropa ajada con la que aparece en afiches contraculturales de medio planeta y me estrecha la mano con efusión.

Confieso que experimenté un gran alivio tras estos primeros saludos. Casi seiscientos años transcurridos desde el descubrimiento de América no han hecho cambiar tanto el idioma español. Él es perfectamente capaz de comprender mi inglañol de Miami y yo, al menos, puedo descifrar sus palabras a pesar de su extraño acento, con el que parece hablarle a su barba más que al oyente.

Pasamos a un salón con una vieja chimenea de hierro fundido en la que arden unos troncos. Me sorprende este dispendio, pero el calor que emana del fuego resulta extraordinariamente relajante en este clima que, sin llegar a ser frío, tampoco es particularmente agradable. Y ahí mismo comenzamos la primera conversación de las muchas que tendremos durante los siguientes días.

—¿Esta estufa la han fabricado ustedes? Es muy bonita.

—No, me temo que no. Estaba aquí desde... qué se yo... desde que se construyó esta casa, supongo. Y sigue funcionando. El material que quemamos en parte sí. En concreto, son trozos de madera que sobran una vez fabricadas las piezas que usamos en las labores de carpintería y construcción.

—Y la madera, ¿de dónde la sacan?

—Del mismo lugar que el polímero y el metal: vendiendo lo que producimos aquí.

—Así que ustedes comercian con el exterior.

—Naturalmente. Vamos, no sé...

—Lo cual implica una aceptación tácita de las leyes sobre comercio terrestre dictadas por...

—¡Aaah! Ya veo adónde quiere ir a parar.

—Bien. Por tanto, ustedes aceptan el control del Estado sobre el comercio terrestre sujeto a la ley, y hacen uso del mercado libre para adquirir los materiales básicos que necesitan para fabricar prácticamente de todo con sus impresoras tridimensionales. Un mercado libre en el cual las armas son también una mercancía, así como la propiedad industrial e intelectual.

—Usted lo ha dicho: es una mercancía.

—Que ustedes no han comprado.

—Porque nadie nos la ha vendido. Nadie nos la ha querido vender.

—Bueno, ¿no le parece lógico que no le quieran vender una bomba atómica?

—Pues sí. O sea, quiero decir. ¡No es lógico! Vamos a ver. Tomemos este último ejemplo y cojamos el toro por los cuernos, porque al final esa es la razón por la que usted está aquí, ¿no? Tenemos una bomba atómica, cierto. Que es un peligro y a nadie le da más miedo que a mí, créame. No, no. Se lo digo en serio. A mí me aterroriza dormir al lado de esa cosa. Pero lo cierto es que la necesitamos. La amenaza nuclear es lo único que impide a los burócratas moscovitas de la Unión Europea desmantelar toda la comuna. Nos guste o no nos guste, necesitamos un arma atómica para acojonar. Y nadie nos la va a vender. Por lo tanto, nos bajamos un tutorial de internet

y la construimos en casa. Y aunque le sorprenda, no es ilegal enriquecer plutonio en una centrifugadora. Aunque esa fue la máquina más difícil de construir, eso sí.

—O sea, que es usted un liberal radical que preferiría que los ciudadanos pudieran comprar libremente armas atómicas para defenderse del Estado.

—No. Yo preferiría que el gobierno moscovita me protegiera y me dejara en paz y no necesitar estas cosas, pero no nos queda más remedio. Y el mismo argumento es aplicable a todo lo demás. Mire, joven, yo llevo debatiendo esto casi desde que tenía pelo. Entonces era que si la música, que si la cultura, que si los puestos de trabajo... pero ya entonces se les negaban los medicamentos contra el virus del sida a los que no lo podían pagar. Estoy hablando de antes de la vacuna. Pero es que si yo me estoy muriendo de sida necesito los medicamentos. Y si no me los dan a un precio que pueda pagar, pues compro masa biológica fundamental, una impresora tridimensional con sintetizador biológico y con cualquier programa bioquímico, que hay un montón de código abierto, y me fabrico la vacuna o la medicina en mi casa. Y ya estoy curado. Si ustedes... perdón, si el gobierno, o la industria, o quien fuera, me facilitara el medicamento o la vacuna, pues no tendría que dedicarme a eso.

Lo cierto es que Casares no miente. Realmente ha cogido el toro por los cuernos y ha entrado, no sin bastante retranca gallega, en el mayor problema que actualmente enfrenta el gobierno estadounidense: la nacionalización forzosa de las compañías de seguros sanitarios tras el colapso de las aseguradoras privadas.

Los economistas más conservadores de nuestra revista, y los que trabajan para muchas otras fuentes nada sospechosas de partidismo alguno, estiman que la estructura sanitaria estadounidense no podrá durar más de cinco años, antes de que el gobierno federal se vea obligado a nacionalizarla e intervenir por ley los precios de los servicios sanitarios, sacándolos del mercado libre. Paradójicamente, el mismo año en el que Casares fundó Walden III, nosotros comenzamos a exportar nuestros problemas.

Y es que los americanos estábamos acostumbrados a los abusos de las compañías aseguradoras: uno iba al médico, le recetaban una terapia concreta y acudía raudo a someterse a ella, aunque fuera dolorosa. ¡Porque al fin y al cabo te la habían recetado y tenías un seguro!

Pero entonces llegaban las cartas del seguro donde te decían que, tras cautelosas y sesudas consideraciones, habían llegado a la conclusión de que esa terapia no estaba «médicamente justificada» en tu caso y que, por tanto, no iban a pagar ninguna de las sesiones que ya habías recibido.

Y se acabó. De repente, tenías que abonar media docena de visitas al psicoanalista. El asunto no pasaba de ser una de tantas injusticias que el americano medio sufría durante toda su vida. Algo como una multa de tráfico o una demanda de alguien que se hubiera tropezado en tu portal. A veces llegaba a las portadas de los medios de comunicación: cuando consideraban que solo era médicamente necesario operarte de la vista en un ojo y no en el otro. Y ni así.

Casares, claro está, recuerda cómo empezó la última, o penúltima, crisis de la economía global.

—Claro que sí. Cuando yo era joven, esas cosas me las contaban mis amigos que vivían en los Estados Unidos. Y todos aquí nos burlábamos de los americanos. ¡Sin ánimo de ofender!, ¿eh? Pero nos parecía algo completamente surrealista. Tenga usted en cuenta que, cuando yo era joven, ya le digo, España, como muchos otros países... sí, sí, entonces era un país... digo, como otros países de la Unión Europea, tenía un estado del bienestar y un sistema de salud más o menos universal.

»Lo demás es historia. En el 2020, la Seguridad Social española firmó un contrato con una multinacional norteamericana para facturar aquellos servicios de asistencia sanitaria que no estuvieran «clínicamente justificados».

»Me acuerdo perfectamente del ministro Innombrable argumentando que era como cuando la Guardia Civil le pasaba la factura del rescate a los excursionistas que se perdían en el bosque yendo de *acampedo*. ¿No sabe lo que es el acampedo? Luego se lo explico, joven. Pero lo peor fue la puta prensa. Jalearon el tema de

tal manera que... claro, como pagaban botellas de vino del caro al ministro Innombrable, eso en aquel momento todavía no se sabía, le sugirieron, o se le ocurrió potando en el baño, pedo de Vega Sicilia, vaya usted a saber... se le ocurrió que iba a hacer una campaña de Navidad contra los accidentes domésticos que colapsaban las urgencias hospitalarias. De hecho, hoy día, uno de los más grandes secretos de la España de las últimas décadas sigue siendo la identidad de las lumbreras de la agencia de publicidad que pergeñaron los anuncios. «Jesusito de mi vida, si eres niño como yo, no dejes que beba tanto ni me corte con el jamón». ¡Se lo juro!

»Y el caso es que al principio moló, porque yo creo que nunca había visto al país descojonarse tanto de un ministro como del Innombrable. Claro, el problema vino luego. Casi todos, o sea, todos los españoles tenían a alguien en su familia que había recibido una factura de la compañía estadounidense por la que se les reclamaba el dinero de las urgencias por cuestiones domésticas. Y además, es que me acuerdo perfectamente, cuatrocientos setenta y tres euros con quinientos sesenta y siete por cada punto de sutura. ¡Me acuerdo porque entonces no había milésimas de euro! Pero claro, los de la empresa americana no lo sabían. Y luego, inmediatamente después, vino lo del pobre hombre aquel que no me acuerdo de cómo se llama, que cambió la profesión de usted.

Efectivamente. La muerte de Laurenciano Corcóstegui Matanavero. La historia es archiconocida por todos. La foto de Laurenciano atacando con una catana a un policía arrodillado dio la vuelta al mundo. Incluso fue portada de *Newsweek*. Los periódicos del país en pleno exigieron la condecoración del policía que, heroicamente, se defendía con su magro escudo de plástico del ataque samurái de un anciano asilvestrado.

Laurenciano murió como consecuencia de los golpes recibidos por parte de la policía. Pero un muchacho de veinte años —que había grabado todo con su teléfono móvil y había permanecido cinco días en el hospital por causa de las contusiones provocadas por esa misma policía— colgó en internet la serie de fotografías en alta resolución que había tomado en cuanto le dieron el alta.

En ellas se veía que Laurenciano era ciego y que la catana era un bastón extensible que había sido manipulado con Photoshop.

Laurenciano no tenía familia y había perdido la vista luchando en Afganistán. La historia del soldado ciego que vuelve a su patria para malvivir de una pensión, y al que una multinacional americana cobra una factura equivalente a su pensión de dos meses, volvió a dar la vuelta al mundo, pero esta vez como paradigma de la manipulación abyecta que los medios de comunicación —especialmente partidistas en España— podían perpetrar.

—Yo contribuí a redactar —recuerda Casares— el manifiesto que se leyó al final de la primera manifestación contra la prensa. Decía algo así como que el derecho a la información lo tienen los ciudadanos, joven, no los periodistas. Cuando un periodista manipula una noticia, está violando el derecho a la información de los ciudadanos. Y cuando el que se tiene que ocupar de que tú ejerzas tu derecho es el que lo viola, eso es muchísimo más grave que cuando lo hace otro. Es como cuando un juez prevarica, o un policía te roba, o un cura se folla a tu hijo. Esto último me lo caparon, claro.

Basándose en aquello, un académico de la Universidad de Cambridge publicó un artículo en el que proponía un índice de objetividad basado en un sistema de votación por revisiones de los artículos de prensa publicados en internet. Y no en una mera encuesta que tuviera que contestar un lector más o menos a ciegas, sino en un análisis semántico realizado por un motor de búsqueda basado en una recensión escrita por un lector identificado y registrado.

The Guardian fue el primer periódico en apuntarse al sistema. E inmediatamente lo siguieron la práctica totalidad de las grandes cabeceras europeas y americanas; las españolas fueron, curiosamente, las últimas.

—De hecho, al principio hubo una auténtica avalancha de gente que se registró como revisor de objetividad —recuerda Casares—. Casi todos eran, o del PP, o batasunos. Pero lo cierto es que el motor de búsqueda semántico estaba muy bien diseñado. Cualquier frase del tipo «es evidente que el periodista», o que incluyera cualquier proceso de intenciones sobre las posibles razones ocultas que pudieran esconderse

detrás de la noticia, era eliminada. Y al final había recensiones de objetividad que, tras ver borradas casi todas sus frases por cosas así, se quedaban en dos palabras. Aquello fue también un pitorreo nacional al principio, pero cuando salieron las primeras clasificaciones mundiales y la prensa española quedó por detrás de la de Birmania y Belice... pues la verdad es que fue un cataclismo.

La noche cae sobre Walden III y Casares se disculpa alegando que él ha quedado a cenar con un amigo y que yo tendré que cenar solo o con cualquiera de los miembros de la comuna que quiera acompañarme.

Me sorprende que no haya comedores donde todos cenen juntos y se lo digo.

—Mire joven, esto es una comuna, no un establo. Trabajamos juntos, pero no cagamos juntos. Todos los intentos comunales de la historia han fracasado porque se imponen unos criterios de uniformidad, desde el supuesto de que todo el que entra en la comuna tiene que aceptarlos. Nosotros, precisamente, nos basamos en el principio de las diferencias individuales y el mínimo común conductual. Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Casares me muestra mi habitación, que está ocupada casi por completo por los libros que se usan para adoctrinar a los miembros de la comuna cuando estos entran a vivir en ella.

—Vea, vea y juzgue usted. A lo mejor aprende algo.

No voy a mentir al lector diciendo que la primera noche me la pasé en vela leyendo. De hecho, lo cierto es que me repelía la idea de sumergirme entre tantos libros, y más de papel, pues temía acabar con el cerebro lavado. Así que le dije que pensaba irme a la cama y dormir todo el rato.

—Que sueñe con los angelitos. ¡Ah! Y no se preocupe por el mar. No hemos hablado de eso, pero intuyo que debe estar cagado de miedo. Aquí nunca hemos tenido ningún problema.

Foto: Unos niños juegan con unos animales junto a las naves donde se guardan las impresoras tridimensionales. En Walden III, se permite a los niños jugar en campo abierto sin que los acompañen adultos armados (Reuters).

Casares me había sugerido que al día siguiente me levantara a la hora que me diera la gana, pues en la comuna nadie seguía un horario fijo. Pero como buen americano, ya estaba en pie al amanecer. Tras leer someramente los títulos de los libros que me había dejado, di una vuelta por el lugar.

Walden III es, básicamente, una aldea. La gente vive en casas de piedra de dos plantas reparadas y acondicionadas con sumo cuidado. Los muebles del interior copian los diseños de Ikea que pueden encontrarse en casi todas las casas del planeta, pero construidos en madera —o incluso a veces en metal— de mucha mayor calidad que la que la multinacional sueca es capaz de proveer.

La mayoría del terreno de la comuna está dedicada a tierras de labor. De hecho, los pastores trashumantes, que continúan existiendo en esta tierra desde tiempos inmemoriales, pueden entrar libremente en las tierras de la comuna. Cuidar de los animales de los que nos alimentamos es algo que siempre, siempre, tendrán que hacer los hombres, no importa cuán avanzada esté la tecnología.

Ahí, en medio de la pradera, continúo la conversación a la mañana siguiente, interrumpiendo otra charla en el mismo idioma estrafalario que no puedo comprender.

—¡Buenos días! ¿Qué le parecieron los libros?

—No me he leído ninguno. Temía que perturbaran mi objetividad. Solo los títulos.

—¿Y bien?

—Pues me ha sorprendido bastante que casi todo fueran libros de psicología e informática.

—Sí. Así es. Como sabe, no es fácil entrar en esta comuna. No es que seamos elitistas, pero sí que exigimos una formación.

—Confirma usted que los aspirantes a entrar en la comuna deben pasar primero por un período de aprendizaje, ¿o debo decir de adoctrinamiento político?

—Puede llamarlo político, pues nuestra actividad no está exenta de connotaciones políticas. Pero me parece excesivo llamarlo adoctrinamiento. Nosotros buscamos formar a los miembros de la comuna en las ciencias psicológicas y computacionales. Los ordenadores y la conducta humana son los dos campos del saber más básicos. Amén de la filosofía, claro está, que siempre es necesaria.

—Se rumorea que ustedes someten a psicoanálisis a los aspirantes a entrar en la comuna y que son todos ustedes expertos en electrónica, programación, filosofía, idiomas y economía.

—¡Sí hombre! ¡Y a torear! Qué más quisiéramos. No, no es así. La psicología y la filosofía sí son fundamentales. Nosotros, sencillamente, les enseñamos todo lo que humanamente sabemos o, al menos, hasta donde nos llegan las entendederas, sobre la influencia de todos los condicionantes sociales sobre sus decisiones personales: desde su historial de aprendizaje o las influencias grupales hasta el papel de los medios de comunicación. Y a la vez, les enseñamos las técnicas terapéuticas que casi todos los psicólogos utilizan en la práctica clínica habitual para modificar su conducta, a su gusto.

—¿Asumen ustedes que todos estamos locos?

—No, no, no. Al contrario. Eso es una estupidez. La conducta humana estadísticamente inhabitual no es locura. Todas las variables biológicas presentan distribuciones normales donde ciertos valores son poco frecuentes. A la conducta humana le sucede lo mismo. Pero eso no significa nada, salvo que uno se machaque, o lo machaquen, con la cosa de que estás loco, de que eso que haces es de locos, etcétera. Si a uno lo que le gustan son las vacas, y se las folla en la intimidad de su establo, ¿quién es la comunidad científica para decir que está mal? Para que haya enfermedad tiene que haber sufrimiento. No, nosotros enseñamos psicología y filosofía para que la gente sea capaz de modificar aquellas conductas que no les gusten.

—Una especie de maestría en autoayuda.

—¡Autoayuda! Por Dios. Mire joven, los libros de autoayuda son una de las industrias que más detesto. Y usted que vive de juntar letras, debe saber que, desde que nos estamos extinguiendo, hay más que nunca. Uno de los grandes problemas de internet es que la gente perdió la capacidad de leer durante un período de tiempo lo suficientemente prolongado. Y así surgen esas tonterías que, en el mejor de los casos, son regurgitaciones de la filosofía griega. Coges un poquito de estoicismo epicureísta, unas gotitas de Confucio y cuatro frases del Tao, y ya montas un portal dedicado al crecimiento personal. No, no. Nosotros lo que pretendemos es que la gente sea consciente de sus condicionamientos, de cómo toman decisiones. Nada más. Si la gente sabe que le están empujando a pensar y comportarse de una determinada manera, y aun así decide seguir haciéndolo, nos parece estupendo. Pero exigimos que la gente sepa cuándo piensan así porque quieren pensar así y cuándo les han metido una idea en la cabeza, nada más.

—¿Y el resto del proceso de formación?

—Bueno, desde principios de siglo, si no sabes usar un ordenador eres tan iletrado como el que no sabe escribir. A partir de ahí, cada uno descubre los campos del saber que más le apasionan y se entrega a ellos. Salvo en las tareas manuales de mantenimiento de la comuna, en las que todos hemos de participar. Y créame que es útil saber cómo cambiar un enchufe.

—Supongo que sí. Pero este proceso de formación me despierta un recelo. Dígame, ¿hasta qué punto la gente es libre de pensar libremente y disentir en el seno de la comuna?

—Hasta el mismo punto en que la gente puede pensar libremente en la sociedad: en ningún grado.

—¿Perdone?

—Le diré, joven. Uno de los primeros experimentos que me explicaron cuando estudiaba la carrera me dejó absolutamente aterrorizado. Cogían a una clase de alumnos universitarios y les decían que iban a hacer con ellos un experimento de atención. Y entonces proyectaban una diapositiva en la que aparecían dos líneas: una ligeramente más corta que la otra. Y les pedían a los alumnos, uno por uno, que valoraran si las líneas eran de igual o diferente longitud. Pero había un truco. Los primeros alumnos en hablar estaban compinchados con el experimentador: mentían y decían que las líneas eran de la misma longitud. Pues solo con eso, la mayoría

de los estudiantes, que veían perfectamente que ambas líneas tenían distinta longitud, dijeron en voz alta que no, que las líneas eran iguales. Solo una mínima parte llevaba la contraria. Algunos sabían que eran de distinta longitud y decían lo contrario de lo que veían por no hacerse notar. Pero otros realmente veían alteradas sus percepciones.

»Pues eso sucede constantemente en la sociedad exterior. La gente te dice: «Yo es que pienso así». Y yo te digo: «No. Tú piensas así porque tus amigos piensan así y tu familia piensa así». Casi todo el mundo lee, por un lado, medios de comunicación con coeficiente de objetividad, pero los medios sin dicho coeficiente siguen existiendo y la gente los sigue también. La gente escoge a alguien que le confirme que tiene razón en su visión del mundo.

—¿Y cuál es el papel de la libertad individual?

—Inexistente.

—Eso que usted dice es muy grave.

—No tanto. Vea, la libertad, desde un punto de vista meramente psicológico, no existe. No existe salvo como sensación subjetiva, pero no en la toma de decisiones. Robert Heinlein decía que tomar decisiones era la única libertad verdadera que tenían los seres humanos

—También decía que le violencia ha resuelto más problemas a lo largo de la historia de la humanidad que cualquier otro método.

—Sí, ya lo sé. El pobre Heinlein no daba pie con bola. Vaya, vaya a la playa, súbase en una barca, adéntrese en el mar y pruebe con la violencia. No, no ponga esa cara. Aquí no nos metemos en aventuras. Siguiendo con lo que hablábamos, la racionalidad en la toma de decisiones juega un papel ínfimo, casi despreciable. La libertad, en términos puramente psicológicos, se puede definir como la capacidad de un ser humano para ser consciente de la cadena de condicionamientos y de influencias sociales que le afectan. Y entonces, si es capaz de decidir realmente sustituirla por otra cadena de condicionamientos distintos, ese es el único acto de genuina libertad que tiene el ser humano. Nada más.

Este alegato liberticida me ha dejado noqueado. Negar la existencia misma del concepto más elemental que mueve a la especie humana trae a la memoria, inevitablemente, las más aterradoras ensoñaciones sobre regímenes totalitarios. Y así se lo digo.

—¡Pero claro! Entienda una cosa. La libertad no existe psicológicamente salvo como sentimiento, como afecto. Pero sí existe políticamente. Es un concepto esencialmente político que se define en función de la percepción de su ausencia. En las democracias occidentales, muchos homosexuales de mi generación se sentían plenamente libres porque podían irse a Chueca —una plaza de Madrid, epicentro de la actividad gay— a hacer lo que quiera que fuera la moda entre los homosexuales de mi generación.

—¿Es usted homófobo?

—No, hombre. Es cierto que cuando estaban oprimidos molaban más, porque se les podía defender heroicamente, pero desde que se pueden casar... Es broma, si yo me llevo muy bien con los homosexuales y tengo amigos que lo son desde hace años. Aunque me costó acostumbrarme. Reconozco con vergüenza que a mí, como a muchos varones heterosexuales, cierto grado de afeminamiento me ponía nervioso. Y los tipos barrigones y peludos con correajes de cuero me acojonaban, directamente. Pero con el tiempo me acostumbré. Ahora bien, estoy demasiado breado en discusiones lógicas como para negar que un día tuve prejuicios. Eran mis prejuicios y les tenía cariño. Pero lo que le quería decir: algunos homosexuales se sentían libres; otros, por el contrario, viviendo en la misma sociedad, se sentían agredidos, perseguidos por la Iglesia, etcétera. Por lo tanto, la libertad es un fenómeno absolutamente subjetivo, sin más valor que el meramente político.

—Usted no debía ser muy tolerante de joven.

—La tolerancia no consiste en que te parezca bien todo lo que hagan los demás. La tolerancia, precisamente, consiste en que hay cosas que hacen los demás que no te gustan un pelo, a veces por razones estúpidas, pero aun así aceptas que tienen derecho a hacerlo, y te jodes y te aguantas. ¡Pero déjeme que termine mi alegato liberticida, hombre! Le decía que la libertad tiene un valor meramente político. En una misma sociedad, había homosexuales que se sentían libres y otros, perseguidos. Las estructuras políticas que erigimos para dirigir la

sociedad permiten unas posibilidades de acción política y social, y otras no. A la ausencia de posibilidades de acción política la llamamos falta de libertad, totalitarismo, dictadura. Y entonces construimos otras estructuras políticas nuevas que permitan las acciones políticas y sociales que hemos visto restringidas hasta entonces, pero que a su vez restringen otras posibilidades de acción política y social distintas —casi ninguna democracia liberal permitía la segregación territorial, por ejemplo—. Y así, constantemente.

—Pero estará conmigo en que no todas las estructuras políticas restringen por igual.

—No, claro que no.

—¿Y ustedes han construido una sociedad perfecta en la que todas las posibilidades de acción política son posibles?

—¡Para nada! Nosotros hemos construido una sociedad semitotalitaria. Si quieres, te puedes venir. Si no, te puedes ir. Pero si te quedas, tienes que ser tolerante, que no complaciente, con la conducta sexual y familiar del resto de los miembros de la comuna. En especial con su misantropía. Aquí puedes vivir sabiendo que ningún periódico va a publicar un artículo acusándote de ser responsable de la decadencia de la civilización occidental porque te mole el fetichismo de pies. Ahora, si no te gusta eso, no puedes cambiarlo. Solo puedes irte.

Casares sonríe ampliamente porque sabe que hemos llegado a la principal objeción ética contra el movimiento comunal: su sectarismo innato. La idea de vivir al margen de la sociedad, en un lugar aislado, sin sus condicionamientos y limitaciones, en medio del campo, con las florecillas silvestres adornando la cabellera rubia de las mujeres... es seductora, siempre lo ha sido.

—En ese ideal que usted describe, nunca se menciona a las moscas, por ejemplo. ¡El puto campo está lleno de bichos!

—Pero lo cierto es que, en la práctica, los únicos grupos humanos que son capaces de llevar adelante ese ideal de vida comunal aislada son sectas, casi siempre religiosas, y las menos de las veces, políticas. Con todo lo que eso implica.

—Sí. No le voy a negar que tenga usted razón. Con todo lo que nos ha caído encima a la humanidad desde el año veintidós... Hace poco estuve en A Coruña. La mitad de la ciudad está desierta. Y Madrid ni le cuento: se cae a cachos. Claro, la gente ya no viaja. ¡Y menos por mar! Era inevitable que la gente se organizara de otra manera. Y si uno lo piensa, en realidad las comunas que florecen por ahí no son tan distintas de las aldeas y pueblos de hace dos siglos. Son mundos aislados a los que no llega nadie. Nosotros comerciamos y nos llevamos bien con ellos y tal... pero sí, es cierto que por esos mundos de Dios se ve cada cosa...

Casares me guía en dirección a la costa. No me siento cómodo con asomarme al océano y se lo digo. Pero me hace notar que conviene que vea la planta desalinizadora y las turbinas hidroeléctricas de emergencia.

—No tenga miedo, rapaz. Nosotros vivimos al lado del mar y nunca nos ha pasado nada. De vez en cuando, hasta se los ve.

Foto: Amador Casares nos muestra su biblioteca. Exhibe orgulloso una novela de Ayn Rand firmada por Paulo Coelho. «Esto está muy bien, porque el liberalismo es la mayor colección de patrañas desde el psicoanálisis», nos dice, muy enfadado. (Reuters).

Resulta ligeramente exasperante que la energía atómica, antaño temida y odiada a partes iguales, se haya erigido en la salvación de la mermada humanidad. Paradójicamente, fue en el sur de Francia, no demasiado lejos de aquí, donde se terminaron las obras del primer reactor de fusión nuclear. En la actualidad, todos los países del mundo cuentan con varios reactores de fusión que alimentan todas las necesidades energéticas de la población humana.

—Nosotros *okupamos* la planta. Solo la usamos para los generadores de emergencia y tal. Bueno, y para desalar agua, claro está.

—¿Teme que en Moscú les desenchufen?

—No. No lo temo. Mire, cuando yo era chaval, la gente que no quería pagar electricidad en España lo que hacía era sacar un cable de una farola, enchufar un transformador y ya tenía luz en su casa. Las compañías eléctricas podían mandar un técnico para deshacer eso, pero duraba veinticuatro horas. Y la compañía no podía cortar el suministro eléctrico de toda

la zona y dejar la calle sin farolas. Pero bueno, de eso hace muchos años. Fíjese que, a la inversa, ese ha sido tradicionalmente el arma usada por Moscú para que la antigua Unión Europea, la de antes del año treinta y uno, no se metiera con ellos: abrir y cerrar la espita del grifo del gas y del petróleo. Los polacos se quedaban sin calefacción y en Bruselas se tenían que callar la boca mientras los tanques rusos machacaban a los chechenos. Pero cuando vino la energía de fusión todo eso cambió. De repente la electricidad no era un problema. Y como no era un problema, tampoco daba dinero, con lo que las compañías no se preocuparon por actualizar la red. Las compañías eléctricas, en España, *jamás* han puesto un duro para inversión, siempre se lo han sacado del bolsillo a los españoles. Y resulta que, al no haber querido organizar la red eléctrica como Dios manda, si nos quieren cortar la luz a nosotros se la tienen que cortar también a Vigo. ¡Todo por su puta tacañería! Pero bueno, la central okupada nos sirve para esa eventualidad, que ya le digo que no va a pasar.

Casares me enseña, orgulloso, la antigua central de desalación de agua potable «okupada», como él dice. Y se lanza a un encendido monólogo sobre el tema:

—Cientos de millones de dólares gastados durante décadas en una política energética errática y absurda. Visto en perspectiva, resulta todo tan irracional que a duras penas puede comprenderse.

»Vea, joven, ya desde los años ochenta del siglo XX era obvio que el único futuro energético al que podía aspirar la especie humana era la energía de fusión nuclear. Replicar lo que el sol lleva haciendo millones de años. La literatura de anticipación de la época... ¿usted lee anticipación? No, claro, qué va a leer... bueno, pues ya la literatura de anticipación asumía que, en el futuro... es decir, en el presente, todos los humanos tendrían un reactor de fusión en su casa para alimentar sus necesidades. Nada más absurdo. Para poder generar una reacción de fusión controlada hace falta calentar átomos de hidrógeno a una temperatura tal que ningún material puede resistirlo. Solo entre campos magnéticos puede confinarse tal reacción. Y eso no se puede hacer en casa. Los reactores de fusión son máquinas gigantescas, prodigiosas, que necesitan monstruosas inversiones de dinero y recursos, pero que a cambio conceden energía inagotable, no contaminante y relativamente barata.

»Y, sin embargo, nadie se tomó en serio este asunto. No son pocos los historiadores que ahora investigan por qué todas las economías prósperas mantuvieron aquella engorrosa y caótica política energética durante años. Lo único que tenían que hacer era decir: «¿Cuánto tiempo falta hasta que podamos contar con reactores de fusión? ¿Veinte, treinta años? ¿Qué tenemos que hacer para aguantar hasta entonces?».

»Y el «hasta entonces» se convirtió en un debate viciado sobre la energía de fisión, tan peligrosa y cuestionable, y las energías que hoy llamamos domésticas y entonces se llamaban renovables. Al albur de ese debate, no fueron pocas las manos que se enriquecieron a costa de los impuestos de los ciudadanos construyendo gigantescas centrales energéticas que únicamente serían utilizadas durante menos de la mitad de su vida útil. Como esta misma central desalinizadora e hidroeléctrica que le muestro.

»Este adefesio, lo crea o no, está basado en las ideas surrealistas de un escritor de novelas de aventuras de cuyo nombre y obra literaria nadie se acuerda hoy en día. Parece que el tipo caía muy mal, porque vendía más libros que nadie y siempre se le sacaba de las listas de autores más vendidos. ¿Pero sabe qué pasa? Que el director de uno de los periódicos más importantes del país, un golpista de infausto recuerdo, amigo íntimo del ministro Innombrable, era muy fan del asunto. Me indigna que ese diario siga siendo el más vendido de entre los que no llevan coeficiente de objetividad.

Casares me muestra la central señalando sus características arquitectónicas. El edificio instalado en la costa, horadado por los ferales elementos de la región, causa verdadero horror. No tanto por el despilfarro de dinero que supuso, sino por los ortopédicos adjuntos presuntamente estéticos que lo acompañan.

—Sí. Fue otra ideaza del ministro Innombrable. Todas las nuevas centrales energéticas

del país tenían que estar, por ley, basadas en diseños artísticos que no dieran por el culo al paisaje. Por supuesto, él se llevaba sus buenas comisiones en botellas de vino de los artistas paniaguados del partido, que perpetraron, o quizá debiera decir que cagaron, unos horrores monumentales dignos del pelotón de fusilamiento. Pero es que eso es muy típico de España, ¿sabe? Este país ha sido asolado durante décadas por una gerontocracia intelectual de tíos que fueron de izquierdas en el siglo pasado y ya eran de derechas a principios de siglo. Esa gentuza se pasó décadas cobrando sueldos ignominiosos de cadenas de televisión públicas a cambio de presentar programas de literatura que nadie veía donde defendían el psicoanálisis, la psicomagia, qué se yo qué cosas; y cuando no estaban ocupados follándose menores o pegándole al *drinqui,* se dedicaban a insultarnos a los mismos compatriotas que les pagábamos sus pingües emolumentos con nuestros impuestos. No sé, en el fondo debe de ser muy triste llegar a ser un viejo carcamal rodeado por un mundo que no entiendes y en el que la gente hace lo que le sale de los cojones sin prestarte atención.

—¿Cree que es todo una falta de modernidad?

—Mire, no me toque las narices, joven. La modernidad, o la posmodernidad, y esas cosas, son conceptos que vienen de la crítica del arte. Y la crítica es un género literario en sí mismo. Fuera de su uso dentro del género, se convierten en palabros que nadie comprende. No es un código de señales compartido. Pero paremos un momento. Le dije que quizá podríamos verlos.

—No sé si quiero.

—¡Sí! ¡Mire esa ola, rapaz! ¡Ahí están!

Reconozco que mi primera reacción fue esconderme detrás del adefesio desalinizador, pero la calma avejentada de mi cicerone me lo impidió.

Afortunadamente, no era de los más grandes. Pero aun así, tenía un tamaño considerable. Como solía suceder, apenas se los podía distinguir si uno no estaba pendiente de observarlos. Pero en este caso era obvio. El mar estaba en calma y el cielo, despejado. Ninguna condición meteorológica justificaba aquella ola repentina y enorme que navegaba despaciosa rumbo al rompiente de rocas: la habían provocado ellos. Durante un instante, tan breve como una palpitación, pude observar la superficie plateada de una de sus naves. Parecía pulida en un metal brillante, repujado de protrusiones filiformes, aunque bien sabía yo, como lo sabemos todos, que estaba hecha de carne, resistente al mar y al odio.

—Acojona, ¿eh? Ya le digo que aquí no tenemos problemas con ellos. Hace tan mal tiempo que cualquiera tiene huevos de echarse a la mar, aunque solo sea para charlar con los peces.

La ola nos salpica al alcanzar el acantilado. Y nosotros nos refugiamos en el edificio de la desalinizadora, no tanto para cobijarnos del agua como para calmar nuestro propio miedo. Porque aunque Casares no lo muestra abiertamente, sus ojos sí evidencian que está tan asustado como el resto de la especie humana.

—Y... sí. No puedo negarlo. Cuando recuerdo que yo fui de los que se quiso alistar en la armada. Y fue al poco de fundar la comuna, ¿eh? El mismo año veintidós. Pero será mejor que volvamos. Quiero mostrarle nuestro centro de inversiones.

Reconozco que tal ofrecimiento no me lo esperaba y me hace olvidar por completo el susto. Pensaba, de alguna manera, que iba a tener que batallar ferozmente para que Casares me mostrara uno de los secretos mejor guardados de Walden III. Algo que diferencia a este lugar de todas las demás comunas libres que han existido a lo largo de la historia de la humanidad.

Volvemos al exterior y echamos a andar a través de interminables prados, en silencio, hasta que alcanzamos una de las casas. Lo cierto es que, al abrir la vieja puerta de madera, tan sólida como la roca de las paredes, uno no se esperaría la visión de aquellos enormes servidores. El conjunto hipertecnológico, instalado en una vieja casona que probablemente fue construida en el siglo XIX, arroja una sensación de irrealidad, que no mejora cuando uno se siente observado, quizá de manera amenazante, por los operarios informáticos que supervisan las pantallas de Bloomberg, vestidos con gruesos jerséis de lana y mitones. Como no soy

experto ni en informática ni en economía, me limito a echar un rápido vistazo y después me lanzo a atacar con mis preguntas.

—¿Confirma usted que Walden III tiene una sala de operaciones bursátiles que utiliza ordenadores cuánticos?

—Le confirmo que nos dedicamos a la inversión, aunque no en *commodities,* pues no lo consideramos ético. Nuestra verdadera capacidad tecnológica, me va a perdonar, no se la voy a revelar.

—En cuanto a esta habitación... le ruego que me perdone, pero resulta un poco... incoherente, por decirlo de alguna manera, que ustedes pretendan vivir en una comuna aislada de la sociedad, pero que a la vez funcionen dentro del sistema bursátil para financiarse.

—Bueno, más incoherente es que se permita la misma existencia de dicho sistema. Nosotros, al menos, planificamos nuestra economía.

—Es el viejo sueño comunista.

—Que ahora es posible. Mire usted, sobre la coherencia... cuando comenzó la Gran Depresión del 2008 se nos prometió que se iba a refundar el capitalismo. Y cinco años después, todo seguía exactamente igual o peor, con la población mundial más empobrecida. Y luego, cuando la invasión, en el año veintidós, tampoco se hizo nada. ¡Se luchó una guerra mundial con una tarjeta de crédito! No se volvió a las nacionalizaciones, tan comunistas como usted dice, y que son las que nos han sacado del pozo, hasta que perdimos la guerra.

—¿Cuál es el funcionamiento financiero de Walden III? Porque son ustedes bastante opacos.

—Somos tan opacos como cualquier otro fondo soberano que represente los intereses de la monarquía gobernante de un país árabe, o como un fondo de inversiones que represente los intereses de la vieja oligarquía capitalista de toda la vida. ¡Pero si ni siquiera ganamos dinero con esto! Lo tenemos que hacer porque no nos queda otro remedio, para mantener estables los precios de nuestros chorizos. Yo, de hecho, no sé cómo funciona. Esos dos señores son los expertos en mantener el sistema.

—¿Quién controla las inversiones de Walden III?

—Los ordenadores. Nosotros no hacemos nada. Si es que es todo completamente ridículo y a nosotros mismos nos encantaría salirnos de esta mandanga. Hubo un tiempo en que a lo mejor eso de invertir dinero tenía un sentido. Pero ahora... Verá joven, cuando no existían los ordenadores cuánticos, no se podían correr modelos matemáticos en cualquier parte. Si uno quería, por ejemplo, predecir el clima o las corrientes marinas, cosa que entonces no se sabía hacer, tenía que comprar, literalmente, tiempo de computación en centros de ordenadores punteros. No se podían programar ecuaciones diferenciales en el ordenador de casa. Pero durante la guerra, calcular las corrientes oceánicas se volvió esencial. Y ahí es cuando la informática realmente supuso un cambio fundamental en la historia de la humanidad.

»Mire, joven, cuando yo tenía menos años, leí sobre una teoría que decía que estábamos... que nuestra generación, quiero decir... estaba viviendo un cambio de paradigma. Se ilustraba esto con una metáfora: ¿cómo le explicarías internet a un monje de la Edad Media? No podrías. Sería imposible. Él no tendría los esquemas mentales que le permitieran comprender lo que le estabas contando. Se había producido un cambio de paradigma. Un avance tecnológico con un impacto tan profundo en la especie humana que, tras él, la humanidad habría cambiado de forma definitiva, de una manera tal que resulta incomprensible en épocas pasadas.

»Bueno, pues nuestra generación pensó que internet era el cambio de paradigma. Y nos equivocamos. Cuando salieron las impresoras tridimensionales, algunos pensamos que serían el verdadero cambio de paradigma, pero nadie nos hizo ni puñetero el caso. Eso sí, después de la guerra, la gente pudo sobrevivir a las hambrunas y al frío, en buena medida, gracias a ellas. Y aun así, yo le digo a usted que estos trastos que ve ahí, los ordenadores cuánticos, son el verdadero cambio de paradigma.

»La literatura de anticipación del siglo XX consideraba a los ordenadores cuánticos como un mero *gadget*. No se paraban a pensar en lo que suponía que se pudiera almacenar un bit de información en el estado energético de una

partícula subatómica. Pero cuando se empezaron a fabricar en serio, entonces se vio su verdadero poder. Hasta entonces, los modelos matemáticos que se aplicaban a la climatología, o a la economía, eran simplísimos. Era la «p» con la «a», «pa», de los cuadernillos Rubio. Cualquier modelo matemático más complejo necesitaba el uso de ecuaciones diferenciales tan complicadas que no podían ser resueltas por un ser humano. Solo probando las infinitas combinaciones numéricas en un ordenador se podían solucionar esas ecuaciones. Y los ordenadores tenían un límite. Para modelar una corriente submarina necesitabas días de tiempo de computación usando varios servidores. Y durante la guerra, se necesitaba hacerlo, y rápido.

»Pero ahora... Ahora, esos mismos cálculos, estas máquinas cuánticas los hacen en segundos. Con lo cual los modelos matemáticos se han podido complicar hasta el infinito. Hace décadas, a duras penas te podían dar la previsión del tiempo para más de una semana. Hoy en día, se puede predecir a meses vista y con un nivel de detalle de varios minutos.

»Nadie en mi generación pensó que viviríamos para ver la jubilación de los hombres del tiempo por falta de uso. Y nadie, en toda la especie humana, pensó que si eso se podía hacer con el clima, mucho más fácil era hacerlo con la economía. Porque para calcular una corriente submarina tienes que tirar un robot en el golfo de México, dejar que se lo lleve la corriente hasta Santurce, pescarlo, limpiarle los berberechos y ahí tienes todos los datos recogidos. Y con la economía, desde el momento en que el noventa por ciento de los gastos se hacen por internet y con tarjeta de crédito, y que las compañías pueden hacer con esos datos lo que quieran: venderlos, comprarlos o hacerlos públicos, un ordenador cuántico tiene acceso a un universo entero de datos sobre quién, cuándo y cómo se gasta el dinero. ¡En comparación con las corrientes marinas, los flujos económicos son sencillísimos! Solo hacen falta las matemáticas.

»Si mañana nosotros decidiéramos dar un golpe de Estado económico como el de los mercados financieros contra las democracias europeas en el año once, vendiendo miles de millones de participaciones en una milésima de segundo, sencillamente no sería posible. Los ordenadores de los bancos centrales tardarían minutos, como mucho, en recalcular el modelo económico y volver a fijar los parámetros para que la inflación no pasara de tanto o el desempleo de cuánto.

»Y escúcheme lo que le digo. Yo no voy a ver el cambio de paradigma del todo, porque en muy pocos años, la economía, simplemente, desaparecerá tal y como la hemos conocido.

»Aunque nosotros, por otro lado, tratamos de mantenerla a la manera tradicional, al menos en cierta forma. Lo verá en el mercado medieval de mañana.

No puedo evitar tomarme con cierta sorna este discurso conspiranoico sobre el paradigma de predictibilidad. Existe un creciente movimiento contestatario entre ciudadanos, sobre todo entre los descontentos con el gobierno de Moscú, que consideran que hoy día las instituciones gubernamentales cuentan con la tecnología necesaria para predecir a la perfección la economía y el clima. Y que se limitan al control de daños: avisar de los desastres naturales más graves y poco más, sin hacer un uso pleno de esa tecnología para mejorar el bienestar de la especie humana.

—La gente podría ser tan feliz —musita Casares mirando a los tubos de refrigeración de los ordenadores—, tan feliz.

—Pero Amador, asumiendo que la especie humana pudiera ser guiada por una tecnología perfecta, de forma que el desempleo y la pobreza fueran a desaparecer, también desaparecería el impulso de todos los seres humanos de competir, de ganar más, de ir a más.

—¡Todo lo contrario! Por supuesto que los seres humanos necesitan contar con la percepción de que su esfuerzo puede contribuir a mejorar su condición individual y su bienestar, pero es que precisamente se trata de eso. Se trata de crear unas condiciones económicas donde la gente pueda prosperar por su esfuerzo. ¡Eso sencillamente no existe! En los Estados Unidos no sé, porque ustedes siempre han sido un poco distintos, pero desde los años setenta del siglo XX, si usted retira todo el montante de gasto público del Estado, la economía sencillamente se colapsa. Acuérdese de las

grandes luchas políticas de principio de siglo. Si usted mira las cosas en perspectiva, lo único que se hizo fue que el Estado pasara de ser proveedor de servicios a ser cliente de esos servicios cuya gestión había entregado a empresas privadas. Y si por lo menos hubiera sido un cliente protestón... porque vamos, cualquier ama de casa montaba el pollo por mucho menos que los que hicieron las eléctricas, o las aseguradoras sanitarias.

»No se trata de que desaparezca la iniciativa individual como sucedía en la Unión Soviética, se trata de igualar las condiciones. De que una economía dirigida por máquinas cree un escenario... en el sentido más teatral de la palabra si usted quiere... donde exista una genuina libertad de oportunidades y no la mierda clasista en la que llevamos hundidos desde el siglo XIX. ¡Ni siquiera en su país hay promoción social, por el amor de Dios!

—¡Pero usted quiere que la humanidad se someta al dictado de máquinas!

—¡Pero si ya lo hacemos! Mire si no su teléfono móvil. ¿A que si lo pierde se queda usted sin llaves de casa, sin dinero, sin identidad...? Usted es más esclavo que yo. ¡Y yo lo que quiero es que la gente no pase hambre, coño! ¡¿Sabe usted lo que es el hambre?!

A Casares le brillan los ojos con ira. Muestra los dientes por entre su densa barba y su considerable altura se alza por encima de su avejentado decaimiento. Y yo, que al fin y al cabo soy periodista, tengo que utilizar este momento de debilidad para preguntar, para seguir preguntando, como un escorpión condenado a picar y envenenar a todo el que se le acerca.

—¿Participó usted en los asesinatos del año veintiséis?

Casares calla durante un instante. Me mira con fijeza. Sonríe ligeramente, pero me sigue mirando con genuina indignación.

—No pienso responder a esa pregunta si no es en presencia de mi abogado. Pero le agradezco que no use la palabra terrorista.

—Aunque no apretara usted personalmente el gatillo, ¿tuvo usted relación con los grupos terroristas que...?

—¿Ve? Ya la ha usado.

—¿...asesinaron? Sí, la he usado. ¿Con los grupos terroristas, decía, que secuestraron y asesinaron a docenas de brókers neoyorquinos y londinenses que operaban en *commodities*?

—Me remito a mi respuesta anterior.

—Confírmeme por lo menos si tuvo usted contactos con miembros de estos grupos.

—Ni se lo confirmo ni se lo desmiento.

—Pero...

—¡Chitón! Ni se lo confirmo ni se lo desmiento.

—¿Condena usted dichos actos?

—No.

La respuesta me deja helado. Confieso que no me lo esperaba. Casares sigue hablando, aunque ya sin restos de indignación en la voz; más bien, con un lejano tono de tristeza.

—Acabábamos de sufrir el mayor shock al que la humanidad se había enfrentado en su historia. Miles de marinos habían muerto en el fondo del mar. Y esos hijos de puta solo se preocupaban de especular con los alimentos que ya no podían moverse de los puertos por miedo a que los invasores hundieran los barcos.

—No es algo que no llevaran décadas haciendo.

—¡Pero lo siguieron haciendo después de la guerra! ¡Yo tenía amigos que murieron tripulando submarinos y esos cabrones se enriquecieron con el trigo que se pudría en los puertos! La gente se moría de hambre. ¡De hambre! ¡¿Sabe usted lo que es eso?! No me pida que condene aquellas muertes. Por supuesto que no las condeno.

Amador se da la vuelta, mirando con tristeza y odio a los ordenadores, como si estuviera contemplando su propio pasado, sus propios fantasmas.

—No era terrorismo, eran ajusticiamientos. Se lo merecían.

Foto: Una joven de la comuna nos muestra sus caries dentales. «Yo no me pongo vacunas ni nada. ¡Todos los inviernos me constipo tres veces!» (Reuters).

Casares decide ausentarse hasta después de la hora de la siesta: una costumbre que no se termina de perder por la cultura que la inventó, aunque ya nadie la practica, ni se termina de practicar por las culturas que han intentado adoptarla sin éxito.

—Mire, una de las cosas que la gente no entiende —continúa, ya más tranquilo, mientras me acompaña al comedor— es que los ritmos circadianos no son exactamente culturales. Las culturas se adaptan a los ritmos solares de las geografías que habitan. ¿Usted de dónde es? De Miami. Ah, ahí no he estado. Ah, ¿pero vive en Nueva York? Esa ciudad sí que la conozco. No sé qué decirle, si me gusta o no. Bueno, a lo que iba, en Nueva York amanece muy temprano. A las siete de la mañana ya hace un solazo y a las tres y media de la tarde ya es de noche. Pero aquí, en España, es distinto. A las siete de la mañana es noche cerrada en invierno. Y a las ocho y media de la tarde, en Madrid y en verano, todavía hay sol. Las culturas tienden a levantarse alrededor de la salida del sol y a aguantar despiertos dos tercios del período de rotación planetaria. Y a comer entre medias. Por tanto es antinatural, en el sentido más literal de la palabra, que los españoles comamos a las doce del mediodía como hacen ustedes. Pero para ustedes, es lo que ha de hacerse.

Así, Amador me deja para que vaya a comer a mi habitación. Lo cierto es que, por motivos culturales o no, mi estómago lleva dos horas rugiendo. Son las dos de la tarde y yo tendría que haber almorzado hacía mucho.

Como si mis cuitas fueran escuchadas por la providencia, me encuentro con el típico almuerzo gallego: caldo caliente, pan frito en aceite por si lo quiero echar dentro y una ración de empanada de tamaño folio de la que sobresalen los trozos de pimientos y carne. Todo regado con agua y un vino blanco que bebo de un cuenco de loza también blanca. De postre, hay dos naranjas y unas cuantas onzas de chocolate negro.

Agradezco las libaciones, pero lo cierto es que desapruebo esta forma de comer que tienen los españoles, máxime en la situación en la que está la humanidad ahora mismo. En casi ningún país del mundo se comen dos platos, vino y postre todos los días. Es cierto que en esta pantagruélica comida hay menos calorías que en un menú completo de hamburguesería. Pero aun así, qué forma de comer, Dios mío.

Cuando termino la comida, me siento un poco soñoliento y me tumbo en el jergón, decidido a tratar de echarme la siesta, aunque dudo mucho que pueda conciliar el sueño.

Para mi sorpresa, me quedo dormido y me despierto algo menos de una hora después. Es curioso, durante un rato más me quedo en la cama, físicamente cansado, pero sin la sensación de somnolencia que me asalta al despertar por las mañanas. Lentamente me empiezo a levantar, con el sabor de la empanada que me vuelve a la boca.

Me estaba estirando cuando escuché el sonido de los tanques. Inmediatamente salté de la cama y salí al exterior. El rumor de los vehículos orugas procedía del prado y hacia allá que me fui corriendo. Enseguida los vi. Dos unidades completas de defensa costera. Los vehículos con las antenas deflectoras de rayos láser iban delante y los misiles iban detrás. Todos cubiertos por lonas, sobre las que veía a varios soldados acuclillados. Casares fumaba con el que parecía ser el oficial al mando del grupo, que descansaba contra un Jeep, arrumbado a un lado del fango que removían tras de sí las enormes orugas.

Me acerqué a ellos. Hablaban en esa variante extraña del español que no puedo comprender y que se habla en esta región. Casares y él tiraron el pitillo al suelo en cuanto me vieron llegar.

—Usted perdone, espero que no me saque fumando en el reportaje, no quiero dar mala impresión. Súbase, súbase al Jeep, que nos vamos para la costa —dijo Amador, viendo reflejada en mi cara mi preocupación por lo que la presencia de aquellas armas parecía indicar. El vehículo arrancó en silencio y recorrimos varios kilómetros sin hablar, adelantando a las enormes orugas que transportaban el armamento. Giramos por detrás de unas lomas y

llegamos a lo que había sido, antaño, un acantilado.

—Esto pasó el día antes de que usted llegara. No se lo comenté porque no quería asustarle. Yo... bueno. Yo ya he vivido.

Bajé del Jeep y comprobé que el acantilado había sido horadado en una perfecta forma semicircular. Con un escalofrío, pude comprobar que los escombros de las rocas que habían caído al fondo del mar se movían, poniendo de manifiesto que bajo ellas había algo que las seguía removiendo. Temblando, busqué a Amador, interrogándolo con la mirada.

—Qué quiere que le diga. El coronel y yo opinamos que se trata de un despegue. Esto lo hacen de vez en cuando. No solo aquí, ¿eh? También desde el Cantábrico, el Báltico, el estrecho de Magallanes... se acercan hasta la costa, horadan el fondo marino y luego despegan. Su tecnología antigravitatoria lo deja todo hecho un asquito.

Pregunto al coronel si planean dispararles en cuanto los vean. Me mira como si yo fuera tonto.

—Bueno, venga. Venga conmigo, joven, dejemos trabajar a la Guardia Civil. Venga y ayúdeme a preparar las cosas para el mercado medieval.

—¡¿Acaso planean seguir con eso?!

—Sí, claro. La vida sigue, hasta que te mueres.

Caminamos durante largo rato de vuelta al pueblo. De vez en cuando hablamos de todo un poco y de nada en particular. De la familia, de literatura, de arte.

—La culpa de nuestra decadencia intelectual la tienen ustedes, los americanos. Al principio nos pareció estupenda su invasión cultural. En América Latina era otra cosa, claro. Habían hecho ustedes tantas cabronadas con sus servicios secretos que existía una extendidísima desconfianza congénita. Se aceptaba la invasión cultural que venía de sus costas: su moda, su música, sus películas. Pero a la vez, se desconfiaba de ustedes. Aquí no era así. Se murió Franco, ¿sabe quién era? Ya nadie se acuerda de él. Se murió Franco y me contaba mi padre, que en paz descanse, que todo el mundo esperaba que España se abriera a la cultura europea. Pero continental, ¿sabe? Con todos los intelectuales que se habían exiliado en Francia y en otros sitios. Y fue al revés. La gente abrazó lo americano, lo anglosajón, que era ya entonces principalmente americano. Me acuerdo de la obsesión que tuvimos durante años por lo de hablar inglés. Nadie lo hablaba bien, empezando por el ministro Innombrable, que había vivido en Londres, pero rodeado de gente de Cuenca porque madre mía, qué forma de pronunciar. Y lo nuestro se despreciaba.

»El problema en realidad viene del siglo XIX. Tras la guerra de Cuba, surgió lo que se llamó la generación del 98. Intelectuales muy importantes, sí, pero que no hacían más que dar la brasa con la mandanga de «España como problema». Y desde entonces hasta ahora, España fue un problema. La dictadura no ayudó nada, claro. Lo del patriotismo era cosa de fachas o futboleros. No hubo nunca un patriotismo como decía Platón: la preocupación por el bien común. Era una cosa de pin de bandera en la solapa, que también importamos de los americanos.

»Y así fue andando el tiempo. La cultura española eran los toros y el flamenco. Y para de contar. Tenías que viajar al extranjero y encontrarte con otros españoles que también vivieran allí para darte cuenta de lo profunda que era la diferencia cultural entre nosotros y los demás, en el sentido de la cultura como contingencias conductuales compartidas. Volvías a España y te encontrabas con que la españolidad parecía consistir en despreciar a otros compatriotas que no hacían lo que tú querías.

»Y aun así, mientras está uno en el extranjero, echa de menos algo aunque a veces no sepa el qué. La nostalgia solo la conoce el que se marcha.

Casares termina su monólogo y yo le dejo hablar sin entender nada de lo que me cuenta. Pero bueno, los viejos son así, se largan a desbarrar sobre temas que no tienen ni pies ni cabeza.

—¿Tiene usted idea de lo que se puede llegar a echar de menos un botellín?

—¿Lo cuálo?

Estoy un poco cansado de tener que aguantar, como americano, que todos los europeos y los latinoamericanos nos echen la culpa de todo. A la mayoría de los americanos nos da

exactamente igual lo que sucede en otros lugares del mundo. Cuando estuve en Chile, todo el mundo me daba la brasa sobre la implicación de la CIA en el golpe de Estado de Pinochet hace más de sesenta años. Y yo tuve que mirar quién era Pinochet en Wikipedia. La gente no parece entender que a nosotros nuestro ombligo nos parece un espectáculo grandioso. Y si a la gente no le gusta nuestra cultura, ¿por qué se la pasan viendo nuestras películas y jugando a nuestros videojuegos?

—Porque es la modernidad. Siempre la puta modernidad. Sin Roma no hay carreteras, pero con Roma hay esclavitud. ¿Comprende, joven?

—No.

—Vea, lo malo de las invasiones culturales no son las formas en sí mismas, o la lapidación de las formas culturales propias. Son las ideas y los valores morales que se transmiten con ellas. Yo fui disfrazado de matorral al estreno de un bodrio de esos con efectos especiales. Tras aquella película, la épica estaba por todas partes. Películas y películas de tíos con abdominales dándose de mamporros. Bueno, la cosa ya veía de antes, pero el caso es que el público se lo llegó a creer. ¿Comprende? La épica había desaparecido por completo de un mundo que tenía pavor a la guerra por culpa de Hitler y de las bombas atómicas. Pero luego reapareció y se instaló en el inconsciente colectivo de una humanidad colonizada intelectual y culturalmente por el Imperio; una humanidad que acabó creyéndose que la guerra molaba, que lo de secuestrar y torturar terroristas era un mal necesario porque lo hacían en videojuegos y lo repetían en los periódicos. De hecho, al principio de la guerra, recuerde que se regalaban suscripciones a videojuegos para que la gente se alistara. ¡Yo conocí ese videojuego cuando era en dos dimensiones y lo reprogramaron solo para reclutar mozos! Pero cuando los marinos empezaron a desaparecer por miles, la gente volvió a jugar al cinquillo.

Llegamos a la aldea, donde ya comienzan a colocarse los tablones para el mercado medieval. Vemos cómo una pareja de jóvenes se sobresalta al toparse con nosotros. Vienen corriendo de algún lugar ignoto, con las caras sonrosadas y sudando. Aprovecho la oportunidad para cambiar de tema porque las pajas mentales historiográficas me desagradan y a mis lectores les interesa mucho más lo de siempre.

—Dígame, ¿cómo es el sexo en la comuna?

—Pues como en todas partes.

—Ya sabe a qué me refiero.

—Sí, lo sé. Pero verá, voy a decepcionarle: le insisto en que el sexo en la comuna es como en todas partes. La gente siempre ha fantaseado con la idea de que en las comunas como la nuestra, al vivir al margen de la sociedad, se ignoran también sus reglas morales. Piensan que nos paseamos en pelotas por el frondor y que solo tenemos que sacarnos la chorra para que nos la chupen en cualquier esquina. No niego que haya algunas comunas en que sea así. Con matrimonios múltiples y esas cosas. Las orgías y los intercambios sexuales anónimos siempre han existido y siempre existirán. Y yo, de joven, me quise unir a un matrimonio múltiple, pero supe enseguida que iba a acabar en divorcio.

»El poliamor y el sadomasoquismo son corrientes culturales minoritarias. Lo que pasa es que la gente que las practica es, quizá, excesivamente proselitista. Constantemente tienen que dejarte claro que a ellos les va que les meen encima, como si necesitaran justificarse ante el espejo y te usaran a ti de espejo indeseado. Pero aparte de eso, el sexo con la doña será siempre el intercambio sexual más habitual entre los seres humanos. Y al final, por mucho que tratemos de construir comunidades paralelas a la sociedad, el hecho profundo permanece: tú tienes que convencer a alguien de que eres una persona agradable con la que va a pasar un rato agradable. Y lo de convencer... pues es un esfuerzo, qué quiere que le diga. Yo, como soy fibroso a pesar de ser un vejestorio, y tengo esta vitola de líder al que reverenciar, pues no tengo que esforzarme mucho para poder beneficiarme a jovencitas. No, por Dios, no me mire con esa cara. No soy un asaltacunas. ¡Es que a mi edad, cualquier cuarentona es una jovencita! Siempre pienso que, si hubiera construido Walden III para follar, me hubiera ido mejor. Pero qué quiere que le diga. Homosexuales o heterosexuales, aquí la gente acaba viviendo en familia. Y si hay inter-

cambio de parejas, a mí me coge durmiendo y no me entero.

Casares comienza a ayudar a las tareas de construcción del mercado medieval. La fuerza física que exhibe levantando tablas me hace preguntarme cuál será su vigor sexual, pues yo a duras penas puedo seguir su ritmo.

—¿Sabe qué? El sexo, al final, es un asunto solitario. Cuando la gente folla, lo hace por placer. Por placer de uno mismo. El placer del otro es algo que hace el placer propio más placentero. No es que se trate de un acto egoísta. Es, simplemente, un acto solitario.

Foto: Vacas pastando en los prados. Walden III se ha negado sistemáticamente a pagar el canon compensatorio a Monsanto por usar animales no transgénicos (Reuters).

Pasamos bastantes horas preparando la infraestructura más elemental del mercadillo medieval. Para cuando hemos terminado, empiezan a llegar los vehículos a la aldea. Los viejos amigos se saludan al reencontrarse y Amador tiene que atender prácticamente a todo el mundo, pues todos le conocen y quieren hablar con él, incluyendo a no pocas jóvenes bastante atractivas —y bastante por debajo de los cuarenta años— que lo miran con una mezcla de arrobamiento reverencial y sexual fascinación. No tengo ni la más mínima duda que Casares va a sacarse la fibra de los pantalones esta noche. Quizá varias veces.

Tras la charla, la gente comienza a montar sus puestos. Y a colgar las mercancías. Tomo diversas fotos para que nuestros lectores puedan hacerse una idea, pues lo cierto es que desconozco los nombres de las ignotas viandas que comienzan a exhibirse y a llenar de suculentos olores el campo. Y me sorprende, la verdad, la presencia de artesanías que podríamos considerar no esenciales.

—Pensaba que solo se podrían vender cosas de comer y de vestir.

—Pues no, para nada oiga. Vea, ahí se venden recados de escribir. A mí me encantan. Yo, cuando me da por escribir sonetos, me pongo a hacerlo con papel y pluma, y mojando en el tintero. De esos tengo varios ya. Muchos, de hecho, porque como saben que me gustan, me los regalan.

—¿Venden drogas?

—Sí, claro. Vea, vea qué marihuana más estupenda. Pero aquí todo el mundo tiene su tarjeta de consumo, hasta yo. Ahora, por lo visto, las dan en el instituto, con la asignatura de Destrezas del Ser y el Estar. Se quejan los rapaces porque dicen que con el nuevo plan de estudios dan doce horas diarias de clase. No sé yo adónde iremos a parar. Anda que... me acuerdo de que el ministro Innombrable la quiso quitar. Con lo que costó que legalizaran la marihuana. Entonces era un follón. Al Estado le daba miedo que aumentaran los casos de adicción a las drogas y no tener suficientes recursos para curarlos, amén de que los mafiosos no se reciclan de la fractura de piernas ajenas al derecho mercantil de un día para otro. Pero claro, en el fondo la perspectiva de los impuestos que iban a cobrar les molaba. Y montaron el follón burocrático de las tarjetas. Usted no lo conoció, pero tenías que sacarte un seguro médico para compensar futuras curas de desintoxicación, otro de responsabilidad civil por si matabas a alguien con el coche, ir a un curso de sensibilización de seis meses. Una historia. Pero vamos, yo todavía la tengo.

—¿Venden otras drogas?

—No. Licores y hierba para fumar, nada más.

—¿Y alimentos ilegales?

—¡Ilegales dice! Pues sí, sí que los vendemos. Nos bajamos de internet el ADN de semillas previas a la invención de los transgénicos, usamos la impresora bioquímica y luego las cultivamos. Y vea, vea qué pimientos, vea.

—¿Es cierto que así consiguen cultivos más baratos?

—Muchísimo más. Cuando empezó la historia de los transgénicos, a todo el mundo le daba *yuyu* que se te metieran los genes dentro del cuerpo y te saliera cáncer en las uñas de los pies o algo así. Pero el problema era el dinero, claro. Cuando tú tenías un cultivo normal, le

echabas estiércol de vaca de toda la vida y santas pascuas. Pero con las semillas transgénicas, les tienes que comprar a ellos el estiércol artificial. Y el problema es que si tu vecino tenía transgénicos, pues se contaminaban tus cultivos. ¡Por la polinización! Y si no te dabas cuenta, al cabo de un par de años ya lo tenías todo transgénico y, quisieras o no, tenías que comprarles a ellos el abono. Aquí, no muy lejos, en Asturias, Monsanto llevó a los tribunales a un concejo entero por tener cultivos sin pagarles la licencia. ¡Y habían llegado a sus campos a lomos de los abejorros! ¡Y luego quieren que defienda la propiedad industrial!

—No negará que los transgénicos fueron un avance en su momento.

—Para ustedes los americanos, que son tan vagos que sacarles las pepitas a las uvas les parece un esfuerzo. Pero al cabo de unas pocas décadas toda la agricultura mundial estaba en manos de dos multinacionales sin patria ni abuela ni perrito que les ladrara. Todas las semillas, todos los fertilizantes. Y lo que más me jode es que los putos liberales no defendieran entonces que los monopolios eran malos. ¡Pues claro que lo fueron! ¡Los precios crecieron exponencialmente!

—¡Pero eso fue por la guerra!

—Sí, lo sé. La guerra. Críos a los que les daban seis semanas de instrucción y los metían en un submarino. A luchar contra los invasores. A defender la Tierra de los alienígenas. A mí, por suerte o por desgracia, porque no sé si es una suerte vivir hasta los setenta años para ver morir a todos tus amigos, me dejaron en la defensa costera, por si les daba por invadirnos. Nunca lo hicieron. En fin… No hablemos más de aquellas hambrunas, joven, vea, vea qué chorizos.

Me sorprende extraordinariamente el mercado medieval. La gente compra y vende y regatea, como se han hecho en los mercados toda la vida. Utilizan piezas de plata como moneda, claro, porque permanecer al margen de la economía requiere no utilizar tarjetas de crédito.

—No consigo entenderlo. Pretenden vivir al margen de le economía pero practican intercambios comerciales.

—Pero mire que es usted obtuso, joven. Nosotros no vivimos al margen de la economía. La economía… es como la meteorología. No es un monstruo que se esconde en el centro de un laberinto para romperle el escroto a cornadas a los pobres. Es una ciencia: el intento de explicar un fenómeno humano con matemáticas. Tiene usted que diferenciar: el libre comercio es legítimo y aquí lo practicamos. Lo que pasa es que la acumulación capitalista, o estatista, cuando pone en peligro la salud de la nación y de la sociedad… pues es como cualquier otro riesgo: es inaceptable y hay que atajarlo.

—Como la libre tenencia de armas cuando se llega a las armas atómicas.

—¡Jajajaja! Qué cabroncete me está saliendo usted, joven. Pues sí. Pero vamos, que por eso nosotros mantenemos el libre comercio, pero a la vez controlamos nuestras finanzas de manera autónoma con los ordenadores. Es como usar la meteorología para saber cuándo has de llevar paraguas y no mojarte. Pero no dejas de salir a la calle porque llueva. Pues igual, pero con la economía.

—No entiendo que con esto se gane dinero.

—Usted no entiende nada. Ya se lo he enseñado antes. Nuestra autonomía económica depende de las máquinas. Esto que hacemos aquí, lo hacemos por placer. Por el placer del comercio, del regateo, del descubrimiento de cosas cuya existencia desconocías y que te encantan. El comercio es una necesidad humana.

—Entonces, por lógica, usted reconoce que la acumulación de riquezas…

—Son cosas distintas. El comercio es una necesidad humana, ya se lo he dicho. Y un placer. Y como con todas las necesidades humanas, hay que satisfacerla. Pero el capitalismo viene de la codicia. Y la codicia es como la lujuria: un deseo que no puedes ni quieres controlar, y que nace de una necesidad, de sexo o de obtener cosas. Cuando empiezas a dejar que la gente se muera de hambre para obtener más cosas, pues es como cuando violas a una moza para aliviarte las ganas.

»Mientras existió el comunismo, las democracias occidentales tuvieron que esforzarse por ser mejores que el enemigo, por permitir más libertades, más posibilidades de acción política y social. Pero cuando cayó el comunismo, ya no tuvieron que esforzarse. Y entre la Gran Recesión del año once y la invasión del veinte, vivimos casi diez años de dictadura de

mercado. Aquello fue tener ganas de follar y en vez de irte de putas secuestrar a una niña de diez años para violarla en tu sótano.

»Además, desde cierto punto de vista, prescindir de los bienes es bueno.

—¿Quiere decir que es bueno hacer voto de pobreza?

—No, pobreza es trabajar diez horas al día y no tener para alimentar a tu familia. Eso es la auténtica pobreza. Renunciar voluntariamente a los bienes materiales es otra cosa. Verá, joven, le contaré una anécdota. La primera vez que viajé al país de usted yo estaba escribiendo una novela malísima, porque por aquel entonces quería ser escritor. Y un día se me abrió una botella de agua en la mochila y mi ordenador portátil se empapó. Y dejó de funcionar. ¿Sabe qué hice? Compré un cuaderno y un boli y seguí escribiendo. Desde entonces, creo que tengo demasiadas cosas. Y a pesar de eso, fíjese, tengo esta frustración de que nunca podré ser como los misioneros cristianos, que hacen voto de pobreza. Pero sí que trato de renunciar a todos los bienes posibles.

»La inmensa mayoría de las cosas que posee la gente son innecesarias. Y muchas veces, la gente las tiene por presión social, porque las tienen los demás. Renunciar a tener es una decisión casi imposible de tomar, pero hay que hacerlo.

»Vivir no es necesario, navegar sí. Y uno solo necesita lo que le cabe en la mochila. Yo, como soy débil, me limito a no tener móvil.

No me sorprende que Casares no tenga móvil. Lo que me sorprende es su afirmación siguiente.

—Sabe que pagamos impuestos, ¿no?

—¿Por qué? Si viven al margen de todo.

—Pues no sé. Porque para pagarle la pensión al ministro Innombrable no dan ganas, no. Decía Oscar Wilde que el patriotismo es la virtud de los depravados. Cuando uno es un torturador, un violador, un fascista... pues lo único que puede presumir es de ser patriota. Pero el patriotismo debería ser otra cosa... lo que le decía antes: la preocupación por el bien común. El aportar para un proyecto común con el que compartes algo, lo que sea. La patria es la cultura, no unas líneas en un mapa: un código de contingencias conductuales compartidas que solo echas de menos cuando tienes que irte lejos, a otra patria, y entonces te das cuenta de dónde llevas la tuya, que no es en el pin de la solapa sino en las cosas que puedes decirle a las mozas sin que te fostien y en las cosas que para los demás son normales y a ti te parecen de mala educación. Y para que ese código perviva, es necesario el esfuerzo colectivo. Algunos prefieren jugarse la vida. Otros dan dinero. Y otros no hacen ni lo uno ni lo otro y nos acusan a los demás de no llevar el pin en la solapa. Dime lo que criticas y te diré lo que practicas. ¿Comprende, joven?

—No.

La verdad es que no entiendo nada. Este hombre, y quizá esta gente, pues aún no he tenido oportunidad de entrevistarlos y comprobar si realmente comparten un código distinto del mío o del de Casares, vive de una forma que yo no puedo entender ni aceptar.

Pero en ese momento, el único código que ambos compartimos retruena desde el océano.

Foto: Hundimiento del portaaviones USS Enterprise junto a la costa de Gibraltar, el 7 de marzo de 2020, dos semanas después de la invasión (Reuters).

Perdone el lector que vuelva a interrumpir con mi propia biografía, pero la primera vez que escuché un fragor semejante fue cuando era un niño y vivía en Miami. Yo no lo escuché en directo, sino por televisión, como casi todo lo que los niños de mi generación han experimentado a lo largo de sus vidas.

En realidad, hubo muy pocos seres humanos que pudieron contemplar la invasión del planeta Tierra con sus propios ojos. Solo cerca del polo Sur, en Sudáfrica y Argentina y en algunas costas de Australia.

Y ahí se grabaron los vídeos que yo vi por televisión. Los de un enjambre de naves espaciales, perfectamente esféricas, precedidas por un rumor brusco, horrísono, enervante, que

traía a la mente la imagen de alguien que restregara sus dientes por una roca granito hasta quebrárselos.

Nadie sabía qué iba a pasar. El presidente habló por televisión para decir lo de siempre: que si la libertad, que si la independencia. Ya entonces sonaba hueco.

—Sí, me acuerdo de aquel discurso. Y de los tertulianos, manipulando el asunto. El ministro Innombrable, en aquélla época, después de haberlo inhabilitado tres veces, se hizo tertuliano. El lunes, dijo que habían sido unas pocas docenas. El martes, que ya habían despegado. El miércoles, que eran unos pocos cientos. El jueves, que eran miles, pero que la reacción de pánico de las masas estaba «provocada por la izquierda liberticida que lleva décadas manipulando e intoxicando con la progrez esa del cambio climático mientras se sientan a negociar con terroristas». Era un jueves de noviembre y él tío iba con camisa de manga corta. Y todo el mundo estaba acojonado, porque las fotos por satélite probaban que al menos habían amerizado cincuenta millones de naves extraterrestres.

»Poco después, comenzaron los hundimientos. Poco a poco. Solo de algunos barcos. Pero no había que ser un lince para darse cuenta de que aquello estaba provocado por los extraterrestres. Y enseguida nos lanzamos a la guerra.

»La guerra. Al final, es lo de siempre. En caso de duda, los seres humanos optamos por matar al prójimo. Duró poco el entusiasmo. Lo malo que tenía internet —le hablo de cuando todavía no se habían cargado los cables submarinos— era que uno nunca sabía si había demasiado ruido o poco filtro. Pero el caso es que todo el mundo se enteró del hundimiento de la flota de submarinos del Báltico. Y en cuanto los voluntarios no fueron suficientes y comenzaron los reclutamientos, la gente volvió a escapar de las levas, como en el siglo XIX. Marruecos se llenó de jóvenes españoles, que trocaron su pánico a ahogarse dentro de un submarino por el miedo a hundirse en una patera. Yo estuve por ahí durante un tiempo y lo de emigrar en patera tuvo su retranca histórica, porque los españoles siempre acabamos haciendo lo que más nos encabrona de otros pueblos. Lo malo fue cuando las naves de los invasores empezaron a asomar la chepa por el estrecho. Claro, ahí ya... ni con hachís.

»Resulta increíble si uno lo piensa con perspectiva histórica. Durante la Segunda Guerra Mundial, murieron sesenta millones de personas, pero fue posible reconstruir el continente. La invasión no produjo ni la décima parte de las bajas, pero mandó el mundo entero a la mierda: sin comercio marítimo, sin plataformas petrolíferas, sin turismo de playa... todo se colapsó, aunque no nos dimos cuenta hasta que nos quedamos sin internet. Y eso que enseguida lo arreglaron con los satélites, pero ya daba igual. Y desde entonces la población no para de decrecer, sobre todo en Europa. Se van todos a vivir al África —que tiene cojones la cosa— porque ahí todavía quedan recursos naturales que pueden transportarse por tierra. Pero en las islas del Pacífico... es que ya no queda nadie.

—Cree usted que la guerra con los alienígenas está perdida.

—Sí, totalmente. No hay ninguna duda. Venga, acompáñeme.

Y la verdad es que le acompaño. Todos los habitantes de Walden III han dejado atrás sus mercancías en el mercadillo medieval y se van caminando con precaución por la carretera. Y yo debería hacer lo mismo, pero a pesar del pavor que me cala hasta los huesos no puedo evitar seguir los grandes trancos de Amador, que se llega hasta las baterías de la defensa costera.

El coronel nos lo explica en pocas palabras: no pueden hacer nada. A juzgar por el ruido, es demasiado grande.

Casares mira al mar con tristeza y enciende un pitillo con el coronel. Es ilegal, claro, pero a quién le importa el cáncer cuando se viene la propia extinción.

—Lo peor de todo es que no saber quiénes son. ¿Cuánto llevan ya aquí? ¿Veinte años ya? Virgen santa. Y todavía nadie les ha visto la cara, ni han dicho esta boca es mía. La gente dejó de hablar del tema hasta que hace un par de años los científicos se dieron cuenta de que comenzaba a haber evidencias de que el calentamiento global se había detenido y de que a lo mejor el planeta se iba a enfriar. Y claro, digan lo que digan en Moscú, aquí todos pensamos

que vinieron por eso: para que no jodiéramos más la Tierra, no fuéramos encima a colonizar otros mundos. Y por eso no han invadido las costas ni nos han exterminado. Quieren que nos extingamos nosotros solos: tranquilitos y sin incordiar.

Por un instante, la ira se sobrepone al miedo y le reprocho a Amador que no usen las armas que poseen para defenderse de los invasores extraterrestres que han destrozado por completo el progreso humano.

—¿Y de qué serviría? Moriríamos todos. Ya estamos muertos, en realidad, lo que pasa es que no nos damos cuenta. Vea joven, ni siquiera estos días usted y yo hemos dejado de hacernos pajas mentales. La especie humana lleva décadas con el fin del mundo, tal y como lo conocíamos, ahí mismito, delante de nuestras narices. Y seguimos dale que dale, discutiendo hasta las cosas más obvias, sin hacer nada al respecto. Como si nos quedara futuro.

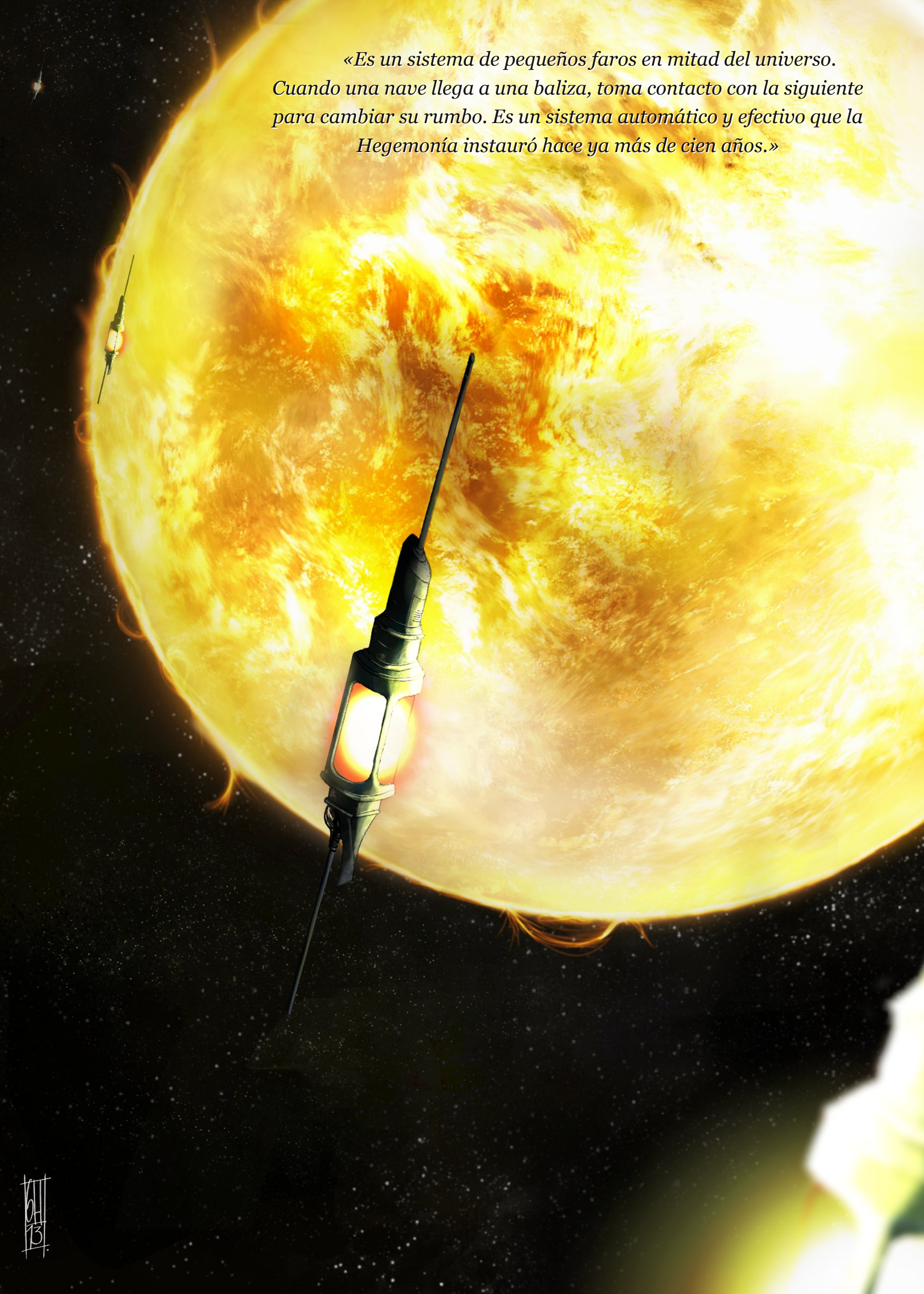
Y allá, en lontananza, divisamos una esfera de color oscuro, como tallada en cristal de roca; hiriendo con crueldad la superficie del océano en su lento ascender hacia el espacio exterior del que provino. Olas indeseadas rompen contra los acantilados, como si el mar se quebrara en llanto y buscara el abrazo cariñoso de unas rocas comprensivas, empapándonos a todos con una espuma que siempre se antoja sanguinolenta: la hemorragia del corazón de un planeta al que sus hijos no supieron valorar hasta que dejó de ser suyo.

—Walden III no es una utopía. Las utopías son sueños de futuro y a la humanidad no le queda ninguno. Walden III es un lugar donde venir a pasar los últimos años que nos queden volviendo a ser hombres. Hombres con amor a la verdad y gusto por la compañía. No trozos de carne con ojos, huecos de dinero y soledad.

FIN

Mi más sentido reconocimiento a todos los amigos a los que les he robado miserablemente, para la construcción de esta historia, frases magistrales producto de la embriaguez o de la sabiduría.

Nueva York, 22 de diciembre de 2012


«Es un sistema de pequeños faros en mitad del universo. Cuando una nave llega a una baliza, toma contacto con la siguiente para cambiar su rumbo. Es un sistema automático y efectivo que la Hegemonía instauró hace ya más de cien años.»

PRISMA: RUTAS

Por Juancho Carrillo

Ilustración de Ricardo Garcia Hernanz

Parte I: Alístate y verás mundos

En mi trabajo es difícil jugar a las cartas, creo que por eso empecé a tomar drogas. Claro que para entenderlo hay que conocer toda la historia.

De pequeño me diagnosticaron hipernerviosismo acelerado (HNA), una deformación menor en el sistema nervioso causada por las radiaciones. Para controlarme, me volví un ludópata. Puedo barajar cartas con una sola mano mientras como sopa con la otra. En serio. Cualquier tipo de sopa. Al principio empecé con solitarios, pero más tarde acabé conociendo todos los juegos del maldito universo. Necesitaba hacer algo, lo que fuera, cualquier cosa que me mantuviera activo o mis nervios me volverían loco.

El problema fueron mis padres, o más bien su muerte. Eso me sacó a la realidad y tuve que buscar trabajo. Mi familia era de clase baja, mis padres nunca tuvieron créditos para nada, por eso me engendraron. El planeta Cassius-3 está prácticamente deshabitado y la Hegemonía da una subvención por cada hijo a partir del segundo. Lo malo del planeta Cassius-3 son las radiaciones, por eso está deshabitado.

Nadie sabe muy bien si proceden del agujero negro del segundo cuadrante o de las explosiones para abrir nuevas vetas de minerales. El caso es que yo fui víctima de esas radiaciones. Eso destrozó a mis padres por dos razones: la primera es que cuando se tiene un niño con HNA no se pueden tener más hijos, las radiaciones vuelven a la madre estéril, y la segunda es que un chico como yo no tiene tarjeta alfa, es decir, no tiene genes puros y es casi imposible conseguir un buen trabajo. Ni siquiera soy ciudadano. No puedo votar, aceptar cargos hegemónicos de importancia ni tener un patrimonio superior a... bueno, eso no va a ser un inconveniente, desde luego.

Un chico de diecisiete años con tarjeta genética de clase gamma y sin dinero solo puede buscar trabajo en un sitio: la Oficina de Tráfico Interplanetario de la Hegemonía. No hace falta experiencia, ni tarjeta alfa o beta, ni entrevista, ni nada. El año pasado la Hegemonía comunicó en una circular que los criminales condenados a dos años por delitos menores serían perdonados si firmaban un contrato de cinco años con la OTI. El proceso de selección no es muy depurado que digamos.

La verdad es que yo ni siquiera sabía en qué consistía el trabajo, no había salido nunca de mi planeta natal y por supuesto no tenía ni idea de cómo funcionaban los viajes interplanetarios.

El mismo día que presenté mi solicitud (una hoja con mi nombre y edad) fui admitido.

Al principio te llevan a unas instalaciones subterráneas debajo del espaciopuerto. Es la zona de instrucción. Allí pasé seis meses de aprendizaje. Éramos un grupo de veinte candidatos, cada cual con peor pinta que el anterior, pero no tardé en hacer amigos con mi habilidad para las cartas. Te dan de comer, tienes derecho a una ducha a la semana y a una litera. Además, tienes mucho tiempo libre, bueno, durante los primeros días.

Recuerdo perfectamente mi primera clase. El profesor era un oficial de la guardia hegemónica. Ninguno sabíamos su rango, así que le llamábamos «general». Era un tipo de unos

cincuenta años, de aspecto férreo y ojos ardientes. Era calvo y tenía una perilla muy bien cuidada. La verdad es que nos sacaba un par de cuerpos a cada uno. Tenía unos brazos que parecían grúas y no dudaba que podría arrancarnos la cabeza de una colleja. De hecho, también nos sacaría un par de cabezas si estuviese de pie, pero de todas maneras conservaba su aura de autoridad desde la silla de ruedas. Aún recuerdo su voz ronca y fuerte cuando se dirigió a nosotros por primera vez.

–¡Estar en la OTI no es trabajar en una mina podrida y cavar con un pico neumático como un descerebrado! ¡Estar en la OTI no es mendigar como un parásito! ¡Estar en la OTI no es que te miren como a un jodido tarjeta omega! Esta institución forma parte del ejército de la Hegemonía. Por encima de vosotros estoy yo y luego DEM, el dios-máquina. Lo queráis o no, desde ahora sois guardias fronterizos con la sagrada misión de proteger las autopistas de las estrellas. Sin nuestra labor, el universo no funcionaría. Sin nuestro esfuerzo, no habría comercio, ni viajes, ni naves. Somos la base de la escalera. Si alguien os mira por encima del hombro, recordadle que puede ir a visitar a su jodida familia porque vosotros lo permitís, que puede irse de vacaciones porque vosotros hacéis vuestro trabajo. Somos una organización tan necesaria como el respirar. ¡Tenéis que estar orgullosos de lo que hacéis!

La verdad es que si le sueltas ese discursito a una panda de excrementos sociales descerebrados logras captar su lealtad. Les haces sentir importantes. Al principio yo me sentí igual, parte de algo. Ahora más bien me siento partido.

Durante el primer mes te explican cómo funcionan los viajes. Existen rutas. Las rutas comunican sistemas solares, aunque algunas son «ilegales». Bueno, esas no están muy bien vistas, pero se acepta el hecho de que existen. La primera pregunta de Tommer, un tipo muy alto cuyo cociente intelectual era inversamente proporcional a la distancia que había entre su cabeza y el suelo, fue que cómo era posible construir carreteras en el espacio. El general estalló en carcajadas y todos le imitamos, aunque nos miramos dubitativos, porque ninguno teníamos ni la más remota idea de la respuesta. Él se aclaró la garganta y nos miró uno a uno con su mirada ardiente, que, curiosamente, congelaba.

–Bien, os voy a explicar qué es una ruta. Creo que no visualizáis muy bien qué cojones son. No son carreteras ni caminos de baldosas amarillas. Es un sendero formado por balizas de señalización, pequeños satélites que flotan en el espacio con unas coordenadas determinadas. Estas balizas lanzan su señalización a la nave que viaja por la ruta, guiándola a través del espacio. Es un sistema de pequeños faros en mitad del universo. Cuando una nave llega a una baliza, toma contacto con la siguiente para cambiar su rumbo. Es un sistema automático y efectivo que la Hegemonía instauró hace ya más de cien años.

A mí se me ocurrió otra pregunta, algo más inteligente que la anterior, pero tenía un poco de miedo del general. Pese a eso, levanté la mano temerosamente y la hice casi balbuceando.

–Si... si todo es automático... ¿qué hacemos nosotros?

Aquello hizo que las ruedas dentadas de metal oxidado de las cabezas de mis compañeros girasen un poco. Empezaron los comentarios, pero el general los atajó rápido con un duro golpe sobre la mesa.

–Vaya, chico. Tú llegarás pronto a oficial fronterizo. Efectivamente, todo es automático, pero como ya he dicho, esas balizas llevan cien años funcionando. Los errores, las averías y los cambios de señalización son comunes, por eso se crearon los Centros de Control, o CDC, como los llamaremos a partir de ahora. Un CDC es un satélite bastante más grande que una baliza, con capacidad para cuatro personas y una autonomía de seis meses. Cada CDC tiene monitorizadas mil balizas de una ruta; si algo falla, los guardias fronterizos se encargan de repararlo. Para ello disponen de lo que denominamos delfines. Son naves biplaza para moverse entre las balizas con un kit completo de reparación. Esa será vuestra función. Vigilar el funcionamiento de una ruta en un trecho de mil balizas. Para ello seréis instruidos durante seis meses en el uso de una estación CDC y los delfines.

–¿Eso significa que somos mecánicos de mantenimiento? –esto lo pregunto Ri-Wal, un

pequeño tipejo de piel cobriza, ojos rasgados y voz aguda.

–¡Sois guardias fronterizos! ¡Leales soldados del ejército de la Hegemonía, eso es lo que sois!

–¿Tendremos armas? –esta vez era de nuevo Tommer, con una extraña cara de felicidad.

–Por supuesto. Todos los CDC tienen un kit de guerra supletorio en caso de alerta.

Allí se quedó la conversación y la clase. Por lo menos ya teníamos más claro cuál iba a ser nuestro trabajo. En los meses siguientes aprendimos mecánica básica, supervivencia espacial, monitorización y todo lo necesario para manejar un CDC. La verdad es que toda la tecnología que usábamos parecía estar hecha para subnormales. Manejar un delfín era como jugar a un holojuego, y los paneles de control tenían las instrucciones escritas dentro, con letra clara. Los botones se diferenciaban por colores, no por claves o nombres, y eran bastante grandes. Para activar un escáner había que darle al botón verde, para lanzar un delfín al azul. La verdad es que la Hegemonía tenía claro qué tipo de personas iban a aceptar estar metidas seis meses en un maldito satélite perdido en el espacio.

Durante cinco meses aprendimos la teoría necesaria y el último mes salimos de las instalaciones subterráneas y fuimos al espaciopuerto. Allí realizamos prácticas en gravedad cero y nos enseñaron un CDC por dentro. Era como un bote de cereales de metal oxidado tamaño familiar. Empecé a plantearme cómo cabrían cuatro personas dentro. Cuando me tocó el turno de entrar, la verdad es que quedé maravillado. Era increíble cómo habían logrado meter cuatro camas, un baño y un panel de control en aquel reducido espacio. La mente del hombre es muy original. ¿Quién necesita dormir horizontalmente en gravedad cero? Se aprovecha más espacio si duermes de pie, total, no te vas a enterar.

Hicimos cinco grupos de cuatro personas, y mi maravillosa suerte me llevó a formar equipo con Tommer, Ri-Wal y un tipejo que tenía tanto pelo que no se le veía la cara. Nunca había hablado con él, parecía bastante autista, y aquello hizo que me cayese bien y todo. No logramos entender su nombre, así que le llamábamos «Pelos» a secas. El mes se me hizo muy corto, y la verdad es que no habíamos hecho demasiadas prácticas, pero el momento había llegado.

Nos montaron con el equipo reglamentario en un crucero de guerra clase Santiago y nos instalaron en la bodega. Por lo visto, el resto de soldados no nos tenían mucho respeto. Algunos de mis compañeros erguían la cabeza y sonreían con aspecto de idiotas lobotomizados, recordando las palabras del general, pero yo sabía que aquel tipo era sargento y solo hacía su trabajo. Nadie nos llama guardias fronterizos, para todo el mundo somos «baliceros». Así son las cosas. Por supuesto, no existe el rango de oficial fronterizo.

Así, me vi viajando durante varias semanas hasta que llegamos al primer CDC. Allí bajamos nosotros cuatro y nos instalamos como pudimos en el interior de aquella cafetera. Tuvimos bastantes problemas para entrar, chocando constantemente con las mochilas y el equipo extra. La verdad es que los primeros cinco días fueron horribles. Al sexto pusimos la primera regla: mientras uno se mueve, los otros tres se quedan quietos.

La gravedad cero es alucinante. La sensación de ingravidez te hace sentir genial, pero tiene sus inconvenientes. Por ejemplo, no puedes jugar a las cartas.

Parte II: Prisma puro

En seis días lo único que hicimos fue intentar encajar dentro del CDC. Y lo digo de manera literal. Cuando más o menos habíamos aprendido a convivir en el mismo espacio, comenzó el verdadero problema: el tiempo libre.

La rutina era siempre la misma. Ocho horas durmiendo, dos horas de ejercicio físico para que no se nos atrofiase la musculatura, dos horas para comidas, una hora de lectura (siempre en voz alta, por cierto) del manual y una hora de revisión técnica de las balizas. Eso hace catorce horas preprogramadas al día y diez horas libres para desquiciarse. Cada seis días tocaba una hora de práctica con un delfín, y la verdad es que era lo más divertido de todo. Además, mi hipernerviosismo me daba alguna

ventaja. Mis reflejos pilotando eran muy buenos, y pronto comencé a realizar maniobras complejas. El problema es que no paraba de hacerlas, claro, y lo cierto es que eran del todo innecesarias. Ri-Wal decía que el objetivo de los delfines era llegar rápido a una avería y repararla, no hacer tirabuzones entre las balizas. Me ofendí y discutimos, pero, en el fondo, el pequeñajo tenía razón. Yo era como un cirujano que va hacia el quirófano bailando por los pasillos y parándose a dar volteretas en cada esquina. Mientras, su paciente se muere. Si lo llego a saber, me hubiese metido a competir en carreras de deslizadores. O en un jodido circo interespacial.

No es ningún secreto que en pocos días comencé a ser el más odiado. Debido a mi HNA, no podía estar quieto. No paraba de moverme, toquetear todo, curiosear las consolas o practicar cómo repartir cartas en gravedad cero. Las miradas y reproches del resto comenzaron a ser parte de la rutina. Daba igual el motivo, siempre había algo que hacía mal. Me movía demasiado, no dejaba espacio al resto, consumía más oxígeno, accionaba alguna alarma o se me escapaba alguna carta que iba a parar a la cabeza de Ri-Wal. Quizá esto último fuera intencionado.

El resto parecía aprovechar el tiempo. Tommer demostró que era el más rápido manejando el delfín, lo cual me mataba de envidia. En los entrenamientos, sus tiempos eran los mejores, y además tenía un 80% de puntuación en las simulaciones de reparación. ¿Cómo es posible que un tontorrón llegue a un 80%? Lo cierto es que la tecnología de las balizas estaba pensada para gente como Tommer. Reparar era un tarea sencilla, en realidad, solo había que seguir al pie de la letra las instrucciones de la consola y asegurarse dos veces de cada paso. Digamos que la mente de Tommer y el ritmo de las instrucciones de la consola iban en armonía, a la misma ve-lo-cidad. A mí me sacaba de quicio, por supuesto. En los días buenos, alcanzaba un 26% de eficacia. Me mataba tener que esperar a la siguiente orden de la consola, y empezaba a trastear por mi cuenta, intentando adelantarme a los problemas. Suena bien, pero lo que ocurría con más frecuencia era que me equivocaba y tenía que empezar de nuevo. Era frustrante. Ri-Wal tenía un discreto 65%, y no era demasiado bueno pilotando. Creo que no le gustaban mucho los delfines y lo hacía mal a propósito. Nunca puedes fiarte de alguien con la voz aguda. Eso me repetía mi padre constantemente. Aunque creo que se refería a otra cosa. Pelos, nuestro devorador de manuales técnicos, llegaba a un sorprendente 96%. Pero era demasiado lento y torpe con el delfín. Yo podría llegar a la avería y equivocarme diez veces, que Pelos seguiría intentando abrocharse el cinturón de seguridad para arrancar. Lo que en realidad me ponía de mal humor era que si había alguna avería, Ri-Wal insistiría en que se encargara Tommer.

Y es que Ri-Wal era un experto poniendo reglas, organizando y midiendo los tiempos de todo. Era el típico líder de una clase llena de perdedores. Pelos hablaba poco o nada. A veces menos. Pero se pasaba todo su tiempo leyendo los manuales del CDC. Cuando había alguna duda, él te podía citar en qué página del manual estaba la respuesta.

Comencé a pensar que la elección del grupo no había sido tan al azar como podría imaginarse. Todos teníamos un perfil, una tarea natural en el CDC. ¿Cuál era la mía? Buena pregunta. La verdad es que supongo que yo pertenecía a ese grupo «de relleno» que no cumple ninguna función en especial. Me recordaba a cuando hacíamos equipos en los holojuegos y me quedaba siempre de reserva.

Generalmente, pasábamos mucho tiempo en silencio. Pelos era una tumba, Tommer se quedaba embobado con cualquier cosa y yo me concentraba en pensar qué hacer para calmar mis nervios. Así que, de vez en cuando, Ri-Wal salía con algún tema.

–¿Qué será el núcleo de prisma?

Creo que se lo preguntaba en voz alta para sí mismo mientras revisaba la consola, pero todos nos quedamos helados cuando Pelos le contestó con voz calmada. Era tan inusual escuchar su voz, que parecía que hablaba una quinta persona.

–Es una barra prismática de energía que mantiene el CDC en funcionamiento durante seis meses. Las consolas, los sistemas internos, los delfines... todo se alimenta del núcleo.

Ri-Wal miraba a todos lados, intrigado.

– ¿Qué ocurre? –le dije, con la esperanza de que algo de conversación me distrajera.

–¿Y dónde está? ¿No debería ser enorme?

La voz de Pelos contestó, con algo de condescendencia.

–El prisma puro ocupa muchísimo menos espacio que el prisma híbrido. Y además de eso, creo que una de cada dos páginas del manual dice: «No tocar ni extraer nunca el núcleo de prisma».

Pelos lo dijo imitando la típica voz robótica de las holonoticias y Tommer se rio. Yo me reí, como una hiena, de la risa bobalicona de Tommer, y Ri-Wal se carcajeó con su voz aguda. Imagino que detrás de su cortina peluda, el enigmático Pelos esbozaría una sonrisa silenciosa. Creo que era la primera vez que hacíamos algo en equipo. Aunque simplemente fuera reírnos.

–Eso suena a invitación –dije, tamborileando con los dedos sobre el marco de mi cama-armario.

Nos quedamos un rato en silencio de nuevo, mirando por todos lados disimuladamente. Entonces alguien pronunció las palabras que todos estábamos pensando.

– Podríamos... buscarlo.

Creo que tardamos unas cuantas horas, buscando por turnos. Había que respetar la primera regla: cuando uno se mueve, el resto se quedan quietos. Fue Pelos el afortunado, cómo no. Se sabía de memoria nuestra cafetera espacial. Resulta que el núcleo de prisma estaba debajo de la consola principal, detrás de un panel triangular fuertemente atornillado.

Fueron unos momentos de absoluto silencio. Pelos tenía en las manos, literalmente, un prisma de luz blanca pura. Ni siquiera parpadeamos cuando se encendieron las luces de emergencia y en la consola apareció un mensaje de alerta con una cuenta atrás.

–Creía que el prisma era azul –dijo Tommer, rompiendo el silencio.

–El prisma híbrido es azul, idiota. Este es puro, por eso es blanco. –Ri-Wal contestó sin desviar sus ojos

–Es como la droga, Tommer –dije, intentando hacer un símil.

Cuando los tres me miraron con cara de no entender a qué me refería, vi que tenía que profundizar un poco más en mi explicación.

–La droga pura, ya sabéis, la que llega desde el tercer cuadrante, está... inmaculada. Aquí los traficantes la adulteran, la mezclan para rebajar sus efectos y ya nos la venden. De cada kilo de droga pura pueden sacar... yo qué sé, una tonelada de dosis para clientes.

–Joder –dijo Ri-Wal asintiendo–, lo has clavado.

–Me parece un poco... blasfemo, eso que has dicho –me replicó Pelos.

Ri-Wal puso los ojos en blanco y se mordió la lengua. Pelos era muy callado, pero por lo visto era bastante devoto de la Disciplina de la Máquina. En una colonia minera como la nuestra no era algo infrecuente, pero yo dudaba bastante que la tecnología y la energía tuvieran un origen... divino.

–En las antiguas escrituras del Deus Ex Machina se habla del prisma como algo sagrado. Contemplar este *toblerone* debería abrirnos los ojos.

Creo que fue la vez que más palabras seguidas dijo Pelos. Por las caras de mis compañeros, creo que él era el único creyente, lo que reforzó mis pensamientos de que los grupos no estaban escogidos al azar.

–¿*toblerone*? –preguntó Tommer con su clásico tono de bobo.

–Es un término que se usaba en Terra Sacra para referirse a las celdas energéticas de prisma como esta.

–¿Y qué significa?

–Nadie lo sabe. Pero es sagrado.

–¡Solo DEM lo sabe! –dijo Ri-Wal en tono irónico, pero lo único que consiguió fue arrancar una amplia sonrisa a Pelos.

–Entonces... –Tommer puso una cara que me asustó un poco– Esto vale... millones de créditos.

Todos volvimos a mirar el núcleo de prisma y esta vez el silencio que se formó fue más bien... incómodo. Gracias a DEM, la voz robótica de la consola desvió nuestra atención.

–Introduzca el núcleo de prisma en el contenedor. Dispone de treinta segundos. Veintinueve segundos. Veintiocho segundos....

–¡La cuenta atrás! –dijo Pelos, mirando la consola. Rápidamente, volvió a introducir el núcleo en su lugar y cerró la tapa.

Estuvimos un par de horas sin decir nada. Creo que todos planeábamos cómo matar al resto y huir con el prisma puro en el bolsillo. Era un poco ridículo huir de un satélite perdido en medio de la nada. Ridículo.

Pero lo cierto es que con tanto tiempo libre, empecé a echar cálculos de velocidad y autonomía de un delfín.

Parte III: Por accidente

Los siguientes días fueron... extraños. Las horas de rutina eran sencillas, pero después pasábamos grandes periodos en silencio. Ese silencio paranoico tan típico de cuando estás encerrado con tres desconocidos en medio del espacio con una fortuna escondida debajo de la consola de control. Bueno, quizá no fuera TAN típico.

La paranoia nos empezaba a carcomer por dentro. A todos. Cada minuto en silencio aumentaba la tensión, y si alguien decía algo, todos intentábamos malinterpretarlo. Lo que se dice un ambiente «distendido».

Era curioso ver cómo, cuando alguien se acercaba a la consola principal, o cerca de donde estaba el núcleo de prisma, los otros tres vigilaban cada movimiento. Por supuesto, me incluyo. Mis nervios no ayudaban, y dentro de mi propia paranoia me creía el más paranoico de todos.

Ya no me parecía que Tommer mirara fijamente la nada como un bobalicón. Realmente estudiaba qué podía emplear como arma para matarnos a todos mientras dormíamos. Pelos seguía leyendo manuales técnicos, pero seguro que todos pensábamos lo mismo: está estudiando cómo quitar el núcleo de prisma sin que salte la alarma. Al menos, en mi paranoia, Pelos no nos mataba, solo huía con el prisma. Claro que era tan malo pilotando los delfines que seguramente acabaría muerto, estampado contra un asteroide. Y Ri-Wal... qué decir del pequeñajo de voz aguda. Cada palabra suya era veneno intentando ponernos a unos en contra de los otros. Ese era SU plan, que nos matáramos entre nosotros y así él podría quedarse con todo.

Gracias a DEM, toda esa atmósfera de tensión se disolvió de golpe. Solo hizo falta que saltara una alarma de avería en la consola.

Lo curioso es que no recuerdo los cinco minutos siguientes. Fue una reacción totalmente automática. Tommer se puso el traje de piloto y se preparó para pasar a la cámara de despresurización. Pelos repasaba el código de avería para saber a qué nos enfrentábamos. Ri-Wal estaba en la consola calculando el tiempo que Tommer tardaría en llegar a la baliza averiada. ¿Y yo? Pues sorprendentemente, estaba colocado para equipar las herramientas adecuadas para la avería y lanzar el delfín.

Impresionante. Éramos un equipo. Me dieron ganas de coger al que nos puso a los cuatro en el mismo grupo y darle un abrazo. Seguro que era un tarjeta alfa con carrera universitaria.

–Contacto con nave no identificada –leyó Pelos en alto. Por supuesto, todos le miramos extrañados–. Es el código de alarma de la consola –añadió, encogiéndose de hombros.

Durante nuestros seis meses de aprendizaje, habíamos estudiado un centenar de códigos de alarma. Pero, en realidad, solo hicimos prácticas de los nueve más comunes. Errores en los sensores de las balizas, suciedad en los paneles, cortocircuitos y cosas así. Todo el mecanismo automatizado que nos había hecho tomar posiciones se vino abajo.

–¿Qué quiere decir eso exactamente? –pregunté al aire.

–Creo que habría que coger el kit de guerra supletorio –balbuceó Tommer con los ojos iluminados.

Ri-Wal lo fulminó con la mirada, y el eco de la paranoia volvió.

–No nos precipitemos –anunció Ri-Wal con calma–. ¿Especifica instrucciones para afrontar la alarma?

Pelos buscó en el manual rápidamente y se aclaró la garganta antes de hablar.

– Las directrices de actuación son: acceder a videocámara de baliza. Si hay confirmación visual positiva, enviar holoimágenes a comisario hegemónico designado a través de la red sacra. En caso contrario, intentar contacto con delfín. A continuación, esperar instrucciones de comisario designado.

–¿No dice nada del kit de guerra supletorio? –preguntó Tommer con cara de niño triste.

–No –contestó Ri-Wal sin ni siquiera consultar a Pelos–. Creo que está bastante claro.

El grandullón se cruzó de brazos. Era gracioso, con el traje de vacío puesto, y enfurruñado. Mientras, Ri-Wal manipulaba la consola.

–Puedes poner las imágenes en la holopantalla– dijo Pelos, emocionado.

–Ya lo sé –replicó con sequedad Ri-Wal, aunque le vi dubitativo con los controles.

–Es el botón hexagonal azul –añadió casi en voz baja Pelos.

–¡Ya sé qué maldito botón es!

Ri-Wal fingió que hacía alguna comprobación extra y le dio al botón hexagonal azul con rabia. Fue entonces cuando todos nos quedamos con la boca abierta.

En el centro de nuestra lata de metal se proyectó la imagen de una nave colosal. Era un cohete gigantesco, con paneles solares como si fueran velas de un barco. El gran cilindro flotaba con la majestuosidad de una máquina antigua, primigenia y venerable.

–Es una nave generacional –dijo Pelos con un hilo de voz.

Hasta yo había escuchado las leyendas de las naves generacionales.

En Terra Sacra, antes de que se descubriera el prisma y el viaje supralumínico, se lanzaron gigantescas naves cargadas de colonos, sumidos en un profundo criosueño. Pero la ciencia fue irónica, ya que años después, el dios-máquina mostró a la humanidad el prisma, y se comenzaron a colonizar los cuatro cuadrantes.

Era el mito preferido de las colonias alejadas. Un aventurero pobre y solitario encontraba por casualidad una nave generacional y se hacía rico. ¿Quién no ha soñado con ello alguna vez? En mi versión personal de la fantasía, me curaban mi HNA, me «purificaban» como tarjeta alfa y me retiraba en alguno de los planetas verdes del cuarto cuadrante.

Hubo un instante de silencio, y supongo que cada uno de nosotros pensó en su particular sueño de fortuna y riqueza.

–¿Sabéis lo que esto significa? –preguntó en alto Ri-Wal–. Tierra cultivable, comida, tecnología arcaica, secretos de la antigua Terra...

–Y miles de blasfemos en criosueño que deberían morir –terminó diciendo Pelos.

–Tampoco nos pongamos tan radicales... –dije sonriendo, intentando de calmar la situación.

Por un momento pensé que era una broma, pero Pelos no tardo en despejarme cualquier posible duda.

–Hay que informar a un monitor de la Disciplina de la Máquina ahora mismo –se apresuró a decir Pelos. En esos momentos, movía las manos, más nervioso que yo.

–¿Blasfemos? –preguntó Tommer sin entender muy bien.

–Hay que informar para que destruyan la nave. Es una... aberración.

En ese momento, los tres no devotos cruzamos miradas. Menos mal. Por una vez me gustaba estar en el bando mayoritario del grupo. Tommer parecía que seguía confundido, Ri-Wal estaba serio, más bien contrariado, y yo simplemente tenía una mueca intentando restarle importancia, o no hacerle demasiado caso.

–Esas no son nuestras órdenes –dijo con autoridad Ri-Wal, y por una vez me alegré de las dotes de nuestro pequeño gran líder–. Si el comisario hegemónico lo considera apropiado... –continuó diciendo Ri-Wal– ...será él quien informe a la Disciplina de la Máquina. Es lo correcto, ¿verdad?

Pelos parecía rabioso, tenso. Se mordía el labio y parecía que iba a saltar hacia Ri-Wal y estrangularlo en gravedad cero con uno de sus mechones. Cerró los puños y asintió levemente, pero no parecía nada de acuerdo con la decisión. Desde luego, el asiático era hábil. Es el tipo de persona que quieres tener al lado cuando negocias comprarte un deslizador de segunda mano.

Tommer y yo observábamos en silencio, sin saber qué decir. Si el núcleo de prisma era como la paga de cinco años, una nave generacional podría hacernos tan ricos como para comprarnos un planeta. Con todas sus lunas. Yo me conformaba con vivir en un sitio sin radiación y con atmósfera natural. El aire de las colonias terraformadas huele como... pescado envasado.

–Si te quedas más tranquilo, Pelos, puedes hacer tú el contacto con el delfín para confirmar que se trata de una nave generacional y

no... de cualquier otra cosa. A fin de cuentas, pareces el más capacitado por tu... devoción –las palabras de Ri-Wal era venenosas, podía sentirlo. Había notado que cuando el pequeñajo tramaba algo, no miraba directamente a los ojos. Pero Pelos se tranquilizó y soltó la tensión de los puños.

–Sí, eso... eso estaría bien –dijo, más calmado. Aun así, parecía bastante perturbado por la situación.

Ri-Wal se impulsó hacia las taquillas junto a la cámara de despresurización y sacó un traje de pilotaje. Me quedé con la boca abierta cuando el pequeño asiático ayudó a Pelos a ponerse el traje con cuidado. Parecía todo amabilidad.

–Tú asegúrate de que es una nave generacional, y entonces contactaremos con los mandos superiores para que nos den nuevas órdenes –las palabras de Ri-Wal eran una mezcla de dulzura y autoridad.

Pelos asintió, aunque parecía estar con la mente en otro lado. Seguramente estaba entonando alguna letanía hacia DEM. Ri-Wal abrió la cámara y ayudó suavemente a Pelos a pasar. Tommer y yo ni siquiera nos dimos cuenta en aquel momento del detalle que se nos escapaba, pero la sonrisa forzada del pequeño líder hizo que me recorriera un escalofrío. Ri-Wal cerró la puerta y volvió a impulsarse hacia la consola. El pequeñajo era bastante diestro moviéndose en gravedad cero. Recordaba un comportamiento similar. Lo había visto en los holodocumentales.

Fue entonces cuando Pelos se dio cuenta y vimos por el cristal de la puerta como se llevaba las manos a la cabeza. No se oía nada al otro lado, claro, pero pude leer sus labios claramente: «¿Y el casco?».

Ri-Wal accionó la puerta del exterior y el vacío extrajo todo el oxígeno de la cámara de despresurización. Los tres vimos en silencio como Pelos boqueaba, como un pez fuera del agua, y era arrastrado hacia el espacio mientras sus globos oculares se inflaban. Yo desvié la vista. Siempre he sido un cobarde a fin de cuentas. Lo malo fue que al otro lado me topé con los pequeños ojos negros de Ri-Wal, observando como un lagarto. Eso era. Un holodocumental de lagartos, y de cómo conducían a sus presas a trampas bajo el agua para ahogarlos.

–Ha sido un desafortunado accidente –comentó de pasada, con aún más frialdad que un reptil.

Parte IV: Tres mejor que cuatro

Pasamos casi treinta horas en un prolongado e incómodo silencio. No sé si habéis pasado alguna vez treinta horas en silencio con dos personas en un satélite minúsculo en medio del espacio. Es desagradable desde, más o menos, el tercer minuto. Ri-Wal no comunicó el accidente, ni tampoco dijo nada de la nave generacional a nuestro comisario asignado. La verdad es que lo prefería. Pensándolo con calma, seguro que nos mataban o encarcelaban por haber visto una nave generacional. No creo que nos dejasen volver a una colonia a contar aquello. Pero claro, ahora surgía la terrible duda de... qué hacer.

Ninguno durmió, claro. Yo tenía tanta tensión que empezaron a dolerme todos los músculos del cuello. Tommer me dio una gran idea. El grandullón se había comido su ración de comida y la de Pelos. Floté hasta el hueco de Pelos y cogí su mascarilla de emergencia. Me la ajusté y asigné una dosis generosa de la reserva de oxígeno del difunto. Él ya no la iba a necesitar, aunque le hubiese venido muy bien en la cámara de despresurización, la verdad. Empecé a respirar profundamente, cada vez con inspiraciones más lentas y largas. Había oído hablar de los efectos de la hiperoxigenación, pero vivirlos en primera persona era algo muy muy diferente. Ri-Wal me miró de reojo con suspicacia, pero cuando entendió lo que estaba haciendo, sonrió y dejó de prestarme atención. No era una amenaza para el lagarto de sangre fría. Tommer también estaba más tranquilo. Siempre se quejaba de que no comíamos suficiente, así que la ración doble le había dejado satisfecho. Creo que pasamos así un par de horas más. El recuerdo de la muerte de Pelos se diluyó, y yo flotaba en gravedad cero, tanto con mi cuerpo como con mi mente. Era una sensación adictiva de éxtasis. Era la primera vez que no sentía el HNA jodiéndome cada segundo. De repente, ya no quería estar en un planeta verde. Ahora quería pasar el resto de mis días en una de esas

estaciones espaciales que son casinos inmensos, en una habitación de lujo, simplemente enchufándome oxígeno de primera calidad.

Tommer se pasó un buen rato haciendo ejercicios y maniobras. Como éramos tres, había más espacio. Bueno, más espacio, más comida y más oxígeno. No es que me alegrara de su muerte, pero creo que igual los grupos de los CDC deberían ser de tres integrantes. Pensé en incluirlo en mi test de evaluación, pero luego me di cuenta de que seguramente jamás rellenaría ningún cuestionario al terminar nuestro periodo en el CDC. Nuestro futuro era incierto.

–En siete horas, la trayectoria de la nave generacional se acercará lo suficiente.

Las palabras de Ri-Wal me hicieron parpadear un par de veces y Tommer y yo nos incorporamos casi a la vez para mirarle. Yo tenía un ligero dolor de cabeza. Bueno, era una sensación extraña. Como si me hubieran pinchado aire debajo de las cejas. Suena estúpido, pero es bastante cercano a la sensación provocada por la hiperoxigenación.

–¿Lo suficiente para qué? –pregunté con voz somnolienta, como si acabara de despertar con resaca.

El asiático nos hablaba sin mirarnos, concentrado en la consola de control. Llevaba horas haciendo cálculos. Cálculos que seguramente Pelos hubiera tardado minutos en realizar, dicho sea de paso. Nuestro fallecido compañero cumplía la función de técnico en el grupo, así que en realidad el equipo estaba un poco cojo. Taché mentalmente mi idea de que los equipos fueran de tres.

–Para abordarla, claro –respondió, mientras movía el dedo sobre varios botones. Finalmente pulsó el hexagonal azul.

Un holograma de la nave generacional se proyectó en medio del CDC. Esta vez, aparecía mucho más nítida y con detalle.

– Vaya... –dijo Tommer, con la boca bien abierta.

Era realmente como un misil. Un cilindro con un extremo redondeado y dos largos... paneles, o algo parecido, a cada lado. Solo se veía el casco exterior, y algunas líneas de colores que no tenía ni idea de qué significaban. Seguro que Pelos lo sabía. La nave rotaba lentamente, girando sus dos paneles como aletas. Eso era. Estábamos viendo una gran ballena nadando en el espacio.

–El plan es sencillo –comenzó a exponer Ri-Wal.

–¿Tenemos un plan? –pregunté enarcando una ceja.

Ri-Wal me fulminó con la mirada. En menos de un segundo pasaron por mi cabeza las imágenes de Pelos siendo absorbido por el espacio y el holodocumental de los lagartos.

–Tenemos un plan –aseguró nuestro amado líder–. Y, como decía, es bastante sencillo. Tommer y tú os aproximaréis con el delfín hasta este punto.

Ri-Wal marcó con su fino dedo un cuadrado azul en el holograma. Mantuvo el dedo unos segundos, mirándonos fijamente. Quería asegurarse de que lo memorizáramos correctamente.

–Es un punto de entrada. Eso os llevará a la cubierta de los hangares, seguramente.

–¿Seguramente? –preguntó Tommer con inocencia. Menos mal que lo dijo él, porque yo iba a decir lo mismo, pero con un tono de escepticismo y sarcasmo. Si queréis un consejo, no seáis sarcásticos con un tipo con ojos de lagarto que mata gente.

–Evidentemente, todo son conjeturas. No tenemos los planos de una nave generacional, ni sabemos qué estructura tiene. Pero eso de ahí es una exclusa de entrada –Ri-Wal escupía cada palabra como si nos llamara a la vez idiotas y cobardes, pero dando a entender que se estaba conteniendo. ¡Qué dictador han perdido las colonias!

–¿No había un... radar de resonancia o algo así? Creo que Pelos lo... lo comentó alguna vez –dije, deseándome tragarme mis palabras. No era un buen tema de conversación.

–La sonda de resonancia. El botón morado –afirmó Tommer con seguridad.

Esta vez, Ri-Wal lo miró tan sorprendido que estuve a punto de carcajearme de risa. El asiático podía ser cómico en ocasiones.

–Yo... –Tommer estaba tan sorprendido como nosotros de que supiera la respuesta–. Creo que se lo oí a...

No llegó a terminar la frase. Ri-Wal, con un gesto que mezclaba enfado, duda y curiosidad, se giró hacia el panel de control. Pulsó un

pequeño botón morado y luego comenzó a manipular dos palancas del mismo color. Creo que pasó menos de un minuto, en silencio sideral, cómo no. Pero entonces, se oyó un «ping» y el holograma de la nave se… rellenó. Apareció el interior, como por arte de magia. Había un tubo central que atravesaba toda la nave. Era el eje sobre el que rotaba.

–Eso parece una especie de ascensor. Y se comunica con nuestra exclusa de acceso –dijo Ri-Wal, de nuevo frío, tranquilo y calculador–. Mirad el punto de entrada, sí que parece que tiene una cámara de despresurización. ¡Ja! ¿Os lo dije o no?

El holograma mostraba claramente las secciones de la nave, creo que la palabra técnica que nos enseñaron es «cubiertas». Se adivinaban ciertas formas en su interior. Por ejemplo, estaba claro que las cubiertas inferiores eran motores y salas de máquinas, mientras que por encima de estas había varias secciones de almacenes.

–¿Qué son todos esos cuadritos? –preguntó Tommer, señalando las cubiertas medias.

–Creo que… –comencé a decir, animado por el oxígeno de más en mi organismo–. Diría que son los colonos. Parecen camas, ¿no? Bueno, si hacemos caso a las leyendas y rumores… cápsulas de criosueño.

Ri-Wal asintió, pensativo. Cuando se ponía así, es cuando daba más miedo, por cierto. Anticipa que nada bueno pasa por su cabeza.

–Hay que seleccionar bien lo que nos llevamos –dijo por fin, sin desviar la vista del holograma.

–¿Qué hay de ese plan? –dije, arriesgándome con una sonrisa y un guiño de ojo. Ese sería el típico momento en que mi madre me diría que soy un idiota que no sabe callarse. Afortunadamente, Ri-Wal ni siquiera me estaba mirando, parecía ensimismado con la nave generacional.

–El plan es abordar la nave y llevarnos todo lo valioso que encontremos en menos de una hora. Cosas pequeñas, que podamos cargar y esconder con facilidad. Tecnología, tierra cultivable, armas… lo que encontréis.

–¿Y después?

Me encantaban varias cosas de Tommer. Su insistencia, su inocencia y que hiciera las mismas preguntas que a mí se me pasaban por la mente sin que sonaran a «estamos jodidos».

–La nave pasará de largo, seguirá su rumbo. Mientras vosotros abordáis la nave, yo simularé una avería en el CDC y pediré que nos rescaten. Contaré el… accidente de Pelos y en menos de treinta horas aparecerá un crucero hegemónico. Quizá sesenta horas.

No sonaba mal del todo, pero algo me chirriaba en aquel plan. No sabía muy bien el qué. Era más bien una intuición, una corazonada. Por un lado, no podía dejar de lado mi paranoia. Estaba seguro de que Ri-Wal tenía un plan dentro de su propio plan. ¿Quién nos aseguraba que no notificaría la muerte de tres personas del equipo? Así se quedaría él con lo que Tommer y yo sacáramos de la nave y nadie cotejaría su historia.

Seamos serios. ¿Quién dejaría vivo a Tommer como cómplice de un asesinato? ¿Y a un tipo con HNA que no sabe callarse o estarse quieto? Ni de coña. El reptil nos estaba arrastrando a su trampa, igual que hizo con Pelos.

–Quedan siete horas. Descansad –dijo Ri-Wal, intentando parecer amistoso pero sin mirarnos a los ojos.

¡Sin mirarnos a los ojos! Estaba escondiendo su verdadero plan. Ese en el que el pequeño dictador asiático cumple su sueño de riqueza y poder mientras que sus compañeros mueren en medio de un peaje interplanetario.

Así que conté hasta cien, pensé en qué diría mi madre, asentí a Ri-Wal y fingí que dormía. Con un ojo medio abierto. Y un destornillador agarrado con fuerza en la mano izquierda. Sí, soy zurdo.

Parte V: Dentro de la ballena

Me desperté al oír la alarma de proximidad. Mierda, ¡me había quedado dormido de verdad! Hasta fingir se me daba mal. Si no hubiera gravedad cero, hubiera sido embarazoso que de repente se me cayera al suelo un destornillador afilado. Pero, por suerte, simplemente lo tenía flotando al lado de mi mano.

–Es la hora –dijo Ri-Wal, intentando imprimir algo de ánimo a sus palabras. Pero lo hizo sin mirarnos a la cara, claro. Mentalmente bauticé la acción como «dar ánimos indirectos».

Tommer y yo nos equipamos con celeridad y eficacia, repitiendo lo que habíamos entrenado una y otra vez. Activamos las videocámaras de los trajes, comprobamos las intercomunicaciones y ni que decir tiene que revisamos un par de veces nuestros cascos antes de salir a la cámara de despresurización. La verdad es que cuando se cerró la puerta detrás de nosotros yo sentí un escalofrío por la espalda, y supongo que el grandullón también. Era inevitable pensar en lo que le había pasado a Pelos.

–¿Estáis listos? –la voz de Ri-Wal resonó con eco dentro de nuestros cascos y los dos nos sobresaltamos. Vimos por el cristal de la puerta la mirada del asiático, taladrándonos.

Aseguramos los enganches de los trajes a las barras de seguridad y una luz verde precedió la apertura de la segunda puerta de la cámara. Notamos el tirón del… vacío, chupando el oxígeno de la pequeña cámara y, después, la inmensidad negra del espacio.

Noté que mi compañero no se movía, así que tomé la iniciativa y salí yo primero del CDC. El delfín estaba listo, esperándonos. La maniobra en exteriores era uno de mis fuertes en los entrenamientos, así que caminé por fuera de nuestro bote de cereales, siguiendo las barras de seguridad, y me tumbé en el puesto de piloto del delfín. En teoría, tendría que pilotar Tommer y yo ir detrás. Pero lo cierto es que me causaba cierta satisfacción tocar los cojones a Ri-Wal y alterar su plan, aunque solo fuera en algo tan nimio.

Escuché un chasquido de estática en el casco, como cuando se abre una comunicación, pero no se llegó a producir. Creo que era Ri-Wal, a punto de decirme que dejara al grandullón pilotar, pero finalmente no lo hizo.

Tommer se subió detrás, al puesto del copiloto, tumbado a mi derecha, medio metro por detrás de los controles. No comentó nada, y me dio dos palmadas en la espalda. Era el gesto que me indicaba que estaba listo, así que desanclé el delfín del CDC y aceleré suavemente mientras girábamos en busca del rumbo adecuado. Cuando fijé la trayectoria correcta, pulsé a fondo el botón rojo liberando toda la tensión acumulada. Si algo me gustaba de mi trabajo, era pilotar el delfín, y os podéis imaginar que el botón rojo no es precisamente el freno.

Lo… ridículo del asunto es que no hay sensación de velocidad. Creo que tiene algo que ver con el aire y el rozamiento, pero yo lo explico mejor diciendo que no hay farolas en el espacio. No hay… puntos de referencia. Puedes ir a mil kilómetros por hora, que no te enteras. Un buen piloto de delfín sabe manejar correctamente las velocidades de aproximación y rotación o terminará estampado contra una «baliza que salió de la nada».

Pero ahí estaba yo, apretando con todas mis fuerzas el acelerador con una sonrisa en los labios. Volví a escuchar la estática en el casco, aunque creo que Ri-Wal no quería decirme nada. Simplemente era como darme un aviso de que estaba viendo lo que hacía. Malditas videocámaras omnipresentes. Miré la holopantalla del delfín y calculé una aproximación conservadora a la nave generacional. Comencé a reducir la velocidad y conté mentalmente hasta cien. Como si alguien la hubiera puesto de repente en frente de nosotros, contemplamos cada vez más cerca y más grande a la gigantesca ballena.

Debería medir unos tres mil metros de largo, y no me imaginaba cómo diablos habían podido despegar de Terra y superar la atmósfera sin emplear prisma. Era algo… descabellado. Tracé el rumbo hacia el punto de entrada y sobrevolé a pocos metros la estructura metálica con una sincera fascinación. ¿Cómo habían logrado construir algo así hace cientos de años? Sin DEM, sin Disciplina de la Máquina ni casas de ingenieros. Y con fuentes de energía primitivas.

–Es… increíble –oí susurrar a Tommer por el intercomunicador del casco.

–Cuidado con la aproximación, la nave generacional está en rotación –aprovechó para decir Ri-Wal. Era para mantener la sensación de mando, claro. Seríamos realmente estúpidos si no viéramos que el cilindro de metal de tres mil metros que teníamos delante de las narices estaba rotando.

Aun así, tomé buena nota e hice alguna corrección de la trayectoria. Tampoco me ape-

tecía fastidiar demasiado a Ri-Wal. Realmente, la rotación era bastante rápida, así que me costó algo más de lo que pensaba establecer el punto de anclaje. Me tuve que guiar un poco por mi intuición de piloto, así que bajé los mandos con fuerza accionando el imán de la panza del delfín. La sacudida fue tremenda. Si hubiera sonido en el espacio, Ri-Wal me hubiera echado la bronca por un «aterrizaje» tan brusco. Afortunadamente, en el espacio nadie escucha tus gritos. Ni tus malos aterrizajes.

Tommer me dio una palmada en la espalda, comunicándome que estaba listo. Fue tan suave como mi maniobra. Eso significaba que el grandullón estaba deseando «entrar en acción». La verdad es que, aunque brusco, había pegado el delfín a la exclusa de acceso. Activamos los imanes de las botas del traje y en apenas dos pasos Tommer y yo estábamos sobre la entrada.

–Los abrelatas deberían funcionar –aseguró Ri-Wal de nuevo, manteniendo el contacto como «jefe de operación». Evidentemente. En el entrenamiento nos enseñaban a manejar los abrelatas para acceder a cualquier tipo de nave. Su nombre técnico era «interfaz de acceso», pero nadie los llamaba así.

Tommer abrió el pequeño bolsillo de la muñeca del traje con alguna dificultad. Extrajo los hilos del abrelatas muy despacio y buscó en la exclusa un lugar adecuado. Era fascinante verle manipular algo tan delicado con tanto cuidado. Yo le señalé una rendija y Tommer extendió los hilos hacia ella y activó el proceso.

A simple vista, solo hubo un leve destello blanco de prisma. No tengo ni idea de cómo funciona un abrelatas. Solo sé que tiene que ver algo con nanotecnología. Tampoco sé muy bien qué significa eso, pero supongo que es algo pequeñito que se cuela y abre la nave desde dentro. Como cuando te roban un deslizador en el aparcamiento del espaciopuerto.

–¿Seguro que va a funcionar? –preguntó Tommer con incredulidad.

La verdad es que un abrelatas tardaba de media… un segundo en abrir una puerta, quizá dos. Aunque no creo que nadie haya intentado abrir una nave de cientos de años que no usa prisma como energía.

Pero justo cuando pensaba que tendríamos que dar media vuelta o plantar explosivos, una luz verde se encendió y la exclusa se abrió.

Pasamos a una cámara de despresurización bastante más amplia que la nuestra, aunque en esencia bastante similar. Se habían encendido unas luces tenues, anaranjadas, que iluminaban la estancia con una atmósfera… no sé, antigua. Había una segunda puerta, claro, y una luz roja encendida. Curiosamente, había una escalera, pero puesta en horizontal. Pero lo que más me llamó la atención no fue eso, sino la sensación de… mareo.

–¿Notas eso, grandullón? –dije por el intercomunicador mientras buscaba algún asidero donde sujetarme.

–¿Ocurre algo? –se apresuró a decir Ri-Wal.

Una sensación extraña me traspasó desde la cabeza hasta el estómago. Me dio una arcada y me tuve que agarrar a la escalera para evitar… caerme. Era algo que no sentía desde hacía mucho tiempo. Era jodida gravedad artificial.

–Tiene gravedad. La nave tiene gravedad –dije, asombrado.

La instrucción hegemónica volvió a apoderarse de mí y me orienté automáticamente. En realidad, la escalera era vertical, no horizontal. El techo estaba delante y la exclusa que habíamos pasado era el suelo. Un suelo, por cierto, donde estaba Tommer tumbado, totalmente desorientado.

–Eso facilitará las cosas –aseguró Ri-Wal por el comunicador–. Os pasaré la ruta a la pantalla del casco. Deberíais… subir y pasar dos cubiertas hacia la derecha.

–Recibido –dije, cumpliendo mi rol de subordinado–. Tommer, sígueme. El techo está ahí delante.

La luz cambió a verde y la puerta del techo se deslizó. Comencé a subir por la escalera. Pese a la extraña sensación, no me costaba mucho. La gravedad no era de 1 g ni mucho menos. Era similar a una pequeña luna, supongo. No es que haya estado en ninguna luna, pero sí sabía que tenían una gravedad menos fuerte. Tommer se incorporó y comenzó a seguirme por la escalera con movimientos torpes. Nunca fue el más rápido adaptándose a nuevos entornos.

Salí a un pasillo iluminado con esa misma atmósfera anaranjada. Me puse de pie y ca-

miné unos pasos, dando grandes zancadas. El término más adecuado creo que sería flotar. Tommer asomó la cabeza y miró a ambos lados.

–El pasillo sube –dijo de forma críptica.

Entonces miré a ambos extremos y lo entendí. El pasillo era curvo. Es verdad que ascendía en ambas direcciones. Era un pasillo circular que seguía la circunferencia del casco exterior de la nave. Estaba contemplándolo, maravillado, cuando escuché la voz de Ri-Wal con un matiz que no había escuchado nunca: miedo.

–Chicos… tenéis que daros mucha prisa, ¿entendido? Dos cubiertas a la derecha, coged lo que podáis y salid de ahí a toda velocidad. ¡Rápido! ¡Muy rápido, joder!

Tommer y yo nos miramos extrañados. Era la primera vez que el asiático perdía los papeles de esa manera.

–¿Qué ocurre? –pregunté, intentando mantener la calma.

Entonces, un chasquido de estática a máximo volumen me golpeó los oídos con dureza. No fue solo un instante, como cuando se hacía una comunicación en falso. Era constante y no paraba. Tuve que apagar los altavoces del casco, y le hice una seña a Tommer para que hiciera lo mismo. Se hizo el silencio más absoluto.

Activé la comunicación holográfica y dejé que el casco pintara mis palabras en su superficie, para que Tommer lo viera. Simplemente dije «Rápido, a la derecha». Tommer asintió y comenzamos a dar zancadas flotando por el pasillo. Mientras, intenté un par de veces retomar la comunicación con Ri-Wal, pero ahí seguía esa maldita estática bloqueándolo todo.

Llegamos a dos puertas, una a cada lado del pasillo. Sorprendentemente, tenían escrito algo que entendía. «S-04 Soporte vital» en la de la izquierda y «S-05 Soporte vital» en la de la derecha. Señalé esa última y la cruzamos.

La siguiente imagen se me quedaría grabada de por vida en la retina. Accedimos a una sala inmensa, más grande que muchos hangares que había visto. Tenía el suelo y el techo algo combados, y era imposible no parpadear dos veces al entrar. Allí había miles de cápsulas de criosueño.

Parte VI: Una decisión difícil

¿Cómo describirlas? Bueno, las cápsulas eran como bañeras, con una tapa de cristal y una luz azulada en su interior. Se adivinaban vagamente formas humanas dentro, pero era difícil asegurarlo a través de los cristales translúcidos.

Tommer estaba paralizado a mi lado. Imposible no quedarse perplejo ante tal visión. Afortunadamente, una fuerte sacudida nos hizo espabilar. Fue como un pequeño terremoto. No tenía ni idea de qué podría haberlo provocado, pero el aviso de Ri-Wal y la estática en las comunicaciones me decía que teníamos un problema bien gordo encima. Hice una seña a Tommer y usé de nuevo la comunicación holográfica: «A la siguiente cubierta sin parar».

Tomé la delantera y cruzamos con nuestras zancadas flotantes la enorme sección de soporte vital. Intenté no mirar a los lados y me concentré en la puerta del final de la sala. Hubo una segunda sacudida, pero no frenamos. Al llegar a la puerta, salimos rápidamente al siguiente pasillo. En la puerta de delante se podía leer «S-06 Almacén 1».

La siguiente cubierta no era tan impresionante. Era simplemente un gran almacén lleno de cajas y contenedores de diversos tamaños. Algunos eran tan grandes como para tener una casa en su interior. Otros parecían cajas de herramientas apiladas. Mientras mirábamos alrededor, se abrieron de nuevo las comunicaciones. No solo las nuestras personales, sino las de la nave. Una voz joven y aguda sonó con eco por toda la cubierta.

–Al habla el capitán de la nave libre *Ala Fénix*. Antiguos hermanos de Terra, venimos en misión de rescate. Nuestra nave está acoplada y lista para liberaros. Dirigíos a las cubiertas inferiores inmediatamente. ¡Corréis peligro! Repito, dirigíos a…

De nuevo la estática cortó la comunicación. Esta vez solo fue un segundo, y otro mensaje se lanzó por todos los canales. Esta voz era una voz fría y grave. Hablaba lentamente, marcando cada palabra con precisión. Había algo inhumano en su timbre de voz, algo robótico.

–Al habla el sacro monitor Celsius de la Disciplina de la Máquina. En nombre de DEM,

esta nave está bajo jurisdicción hegemónica. Nuestra Arca está acoplada y lista para castigar o perdonar. Los infieles del *Ala Fénix* son mercenarios que solo quieren extraer vuestro órganos de pureza alfa para lucrarse. Dirigíos a las cubiertas superiores y seréis perdonados. Desobedeced y sufriréis la ira del Deus Ex Machina.

El grandullón y yo cruzamos una mirada de pánico. ¿Quién no había escuchado de niño las historias de los ladrones de órganos? ¿Quién no vivía con miedo de que la Disciplina de la Máquina te torturara dentro de sus temibles Arcas hasta morir?

Tommer activó su comunicación holográfica: «¿Qué hacemos?». Me miraba con los ojos muy abiertos y el cuello encogido.

Miré alrededor y escribí «Busca tierra o semillas». Acto seguido, los dos nos pusimos a revolver todas las cajas y pasillos en busca de la preciada tierra cultivable. Con un solo cajón de tierra podríamos vivir como reyes, si encontrábamos un buen comprador. Y no faltarían compradores para algo que te puede liberar del control de las naves invernadero de la Hegemonía. Con un poco de suerte, los miembros de la Disciplina de la Máquina y los mercenarios se matarían entre ellos y nosotros podríamos escapar.

Mi HNA era una ventaja en este caso. Me movía rápido, con puro nervio, y leía a toda velocidad las etiquetas para pasar al siguiente pasillo. En la tercera sección de cajas, di con ello. Material de agricultura, herramientas y suministros. Todo lo necesario para crear un invernadero en una colonia lejana. Avisé a Tommer y cada uno cogimos un cajón tan grande como nosotros. La baja gravedad nos ayudaba en este caso a transportarlo. Escribí «Vamos fuera» y volvimos sobre nuestros pasos a toda velocidad.

Antes de llegar al primer pasillo, de pronto todas las luces anaranjadas y tenues de la nave se volvieron blancas y brillantes. Tommer se paró, entrecerrando los ojos, y tuve que apremiarle con la mano para que siguiera. Cruzamos el pasillo y accedimos de nuevo a la sección de soporte vital. Entonces fui yo el que me quedé parado.

Estaba completamente iluminada, con una especie de neblina azulada disipándose, y todas las cápsulas de criosueño abiertas.

Tommer se chocó conmigo, y tuvimos que dejar los cajones en el suelo y mirar alrededor. Ahora podíamos ver claramente que había personas desnudas dentro de las cápsulas, personas como nosotros. El grandullón volvió a escribir: «¿Qué hacemos?». Era único ahorrando en vocabulario. Intenté pensar en algo, pero una nueva sacudida retumbó por toda la nave.

Me sentí raro por un momento y me subió una arcada por la garganta. Tardé un momento en darme cuenta de lo que ocurría. Empezamos a flotar, junto con los cajones. Los cuerpos de los durmientes también, saliendo lentamente de las cápsulas, aunque seguían conectados a ellas por varios cables y vías. Alguien había apagado la gravedad, así que, seguramente, la nave generacional ya no estaría girando. Todo aquello era abrumador, por lo que me dejé guiar por mi instinto de supervivencia. Agarré mi cajón, me impulsé y me lancé volando aprovechando la nueva gravedad cero hacia la puerta de salida. Esperaba que Tommer hiciera lo mismo. Aceleré cogiendo varios impulsos extra con algunas cápsulas y, en un instante, estaba ya al otro lado de la cubierta.

Miré hacia atrás y contuve la respiración. Miles de cuerpos desnudos flotaban en la inmensa sala. Algunos comenzaban a moverse, o eso me parecía. Tommer seguía paralizado en el mismo sitio, al otro lado de la sala. Siempre he sido un superviviente y un cobarde, así que salí al pasillo y me impulsé de nuevo. Crucé el corredor volando, literalmente, cogiendo más velocidad y rectificando mi trayectoria por la curvatura del pasillo. Era sorprendentemente fácil, aun cargando con la caja. Estaba acostumbrado a maniobrar en espacios muy reducidos, y aquello era una autopista. Llegué a las escaleras y eché una última mirada hacia atrás, deseando ver al grandullón avanzando torpemente hacia mí con su baúl. Pero solo estaba el pasillo vacío con su hipnótica curvatura.

Bajé a la sala de descompresión, cerré la puerta a mi espalda y esperé la luz verde para abrir la compuerta exterior. La nave recibió dos sacudidas, a cual más fuerte. O quizá más cercanas a mí, no lo sé. Perdí un poco el equilibrio y respiré profundamente intentando tranquilizarme. En mi imaginación, se abriría la

compuerta, cogería el delfín y saldría de allí con mi tesoro. No pensé en otra cosa mientras miraba fijamente la luz roja de apertura, esperando que cambiara de color. Dentro de unos días estaría en un planeta verde, rodeado de riquezas, respirando aire no artificial, con gravedad bajo los pies, un vodka Borodin en la mano derecha y una baraja de cartas en la izquierda. Con un poco de suerte, podría comprar hasta una operación de tarjeta alfa.

Luz verde.

Mi cuerpo se movió como un resorte. Crucé la compuerta como una centella y vi el delfín a solo dos pasos. Saqué la caja detrás de mí y entonces fue cuando se produjo una nueva sacudida, mucho más fuerte que las anteriores. Y ese fue el principio del fin. La caja se me escapó de la mano izquierda, me solté de la barra de seguridad y atrapé mi tesoro con la derecha. Suspiré aliviado, pero cuando giré el cuerpo para buscar el delfín con la mirada, me di cuenta de que estaba ya demasiado lejos.

Parte final: Perdido en el espacio

El impulso de la sacudida me había desplazado hacia el espacio, y yo, como un idiota, me había soltado de la barra de seguridad para coger la caja. Ni siquiera había activado los imanes de las botas. A veces, debido a mi HNA, hago las cosas demasiado rápido, sin pensar. Esta ha sido una de esas ocasiones, y creo que va a ser la última.

Lentamente, me iba alejando de la nave generacional, aferrado a mi cofre.

En el morro de la inmensa nave pude ver la nave de la Disciplina de la Máquina acoplada. Era… bonita. Una especie de pirámide mecánica que se había pegado por la base a la ballena. La verdad es que era muy grande, pero claro, al lado de la nave generacional todo me parecía pequeño. Desvié la mirada al otro lado, pero me costó mucho más encontrar la nave de los mercenarios. La distinguí, como una sombra alargada y estrecha posada sobre la panza del gigantesco cilindro.

Consulté mi reserva de oxígeno. Cuatro horas y… cuarenta y dos minutos. Eso era básicamente lo que me quedaba de vida. No tenía ninguna duda de que Ri-Wal estaba muerto. La Disciplina de la Máquina no deja cabos sueltos, y solo tendrían que mirar la red de comunicaciones hegemónicas para encontrar nuestro CDC. Tommer seguiría como un pasmarote, ahí de pie, mirando a los durmientes. O bien le encontraban los mercenarios por la espalda, o se encontraba con los hegemónicos de frente. No sabía cuál de las dos opciones era peor. Había oído que DEM tiene pequeñas roboarañas que se te meten por todas partes y te despedazan. Por otro lado, los mercenarios podían confundirle con un durmiente, sacarle los órganos y dejarle desangrándose agonizando en una esquina. También me acordé del pobre Pelos. Al final, iba a ser yo el último que muriera. No es que fuera muy esperanzador, pero seguro que el oficial hegemónico que hizo nuestro grupo nunca hubiera apostado por ello.

Casi cinco horas en medio del espacio son muchas horas, así que decidí drogarme para llevarlo mejor. Abrí el acceso del oxígeno a tope y comencé a hiperventilar. La sensación de borrachera me inundó lentamente, y se me puso una sonrisilla traviesa.

Iba a morir, pero eso sí, era rico. Inmensamente rico. Y estaba drogado, profundamente drogado. Tenía una caja en la mano que podía valer millones de créditos. Contarían leyendas en las colonias mineras. «Murió joven, pero hizo una fortuna. Lástima que no haya casinos en el espacio profundo». Al final me convertiré en el típico relato con moraleja. «Es mejor vivir pobre que morir rico», y ese tipo de refranes. No sé, yo haría algo más práctico con mi historia si alguien encuentra el registro de mi videocámara. Podrían contarla en las salas de instrucción de los baliceros. «No te sueltes de la puta barra de seguridad, o acabarás como aquel idiota de la nave generacional».

FIN

RETAZOS DE UN FUTURO INCIERTO

Por Ricardo García Hernanz

El síndrome de la lectura fragmentaria

La lectura fragmentaria es una costumbre común entre los círculos *underground.*

Surgió a finales de los noventa, con la eclosión de internet y la proliferación de la lectura digital. Esto, sumado al estado de narcotismo cultural al que se había sometido a la sociedad de fin de siglo, hizo que se conformara el germen para que surgiese el movimiento. Los lectores se encontraban con sus lecturas dirigidas, mediatizadas y controladas. Los esfuerzos editoriales apuntaban a lo que la sociedad demandaba. Y la sociedad se había vuelto perezosa.

En este caldo de cultivo surgió un movimiento, una moda en principio y que al final se extendió como la pólvora. Se alimentaba de lectores acostumbrados a lecturas rápidas producto del ecosistema social de internet y de la saturación de información en el fin de siglo. En 2010 se había estandarizado el espacio interpersonal en la red. Cada ciudadano del primer mundo tenía acceso casi ilimitado a los recursos de la red. Los grupos *underground* sabían del potencial de esta circunstancia y crearon sus redes alternativas de intercambio de información. Usaban programas específicos de encriptación y tenían las herramientas necesarias. El *underground* siempre había ido un paso por delante para utilizar los recursos del sistema en beneficio propio.

En pocos años, los usuarios de la infrared empezaron a crear las FRDB (Fragment Reading Data Base), bibliotecas personales con lecturas, capítulos, ensayos que se configuraban como una visión personal del mundo. Los usuarios luchaban contra la sobrecarga informativa creando sus propios filtros de lo que le llegaba. Quizá se habían cansado de argumentos dirigidos y estandarizados y decidieron crear su propia literatura. Se cogían capítulos al azar y rellenaban el resto con un *collage* de ideas propias y ajenas. Rara vez se leía el texto completo, solo partes al azar, y se recreaban los argumentos a base de parches. Se luchaba contra las directrices del sistema deconstruyendo la información para reconstruirla a continuación como visiones personales y particulares del mundo.

Lo que empezó como una moda en seguida fue considerado como una enfermedad por el sistema. Se lo llamó síndrome de lectura fragmentaria y a los supuestos pacientes de esta enfermedad se les dio el nombre de fragmentores. El *underground* salió a la luz y fue considerado algo dañino para el sistema. Se persiguieron las FRDB y para el 2020 estas volvieron al *underground* del que habían surgido. Los fragmentores mejoraron los programas y lucharon contra la sobrecarga informativa y cultural, pero esta vez sin llamar la atención, trabajando desde la trastienda. Ya no les interesaba ser una moda ni tener publicidad. Solo unos pocos manteníamos nuestra FRDB personal y la cuidábamos con celo. Algoritmos de encriptación y programas trampa las protegían. La sociedad volvió a leer lo que quería el sistema y la información se estandarizó de nuevo, pero por suerte todavía se podían encontrar ediciones digitales de los libros que los propios autores filtraban antes de entregarlos a los censores.

El subsistema se alimentaba de sus propios recursos.


USAF
DELTA

"Los que leemos ciencia-ficción, lo hacemos porque amamos la experiencia que supone la reacción en cadena de las ideas que tiene lugar en nuestras mentes por lo que hemos leído, algo novedoso; así, el propósito final de la mejor ciencia-ficción es la colaboración entre el autor y el lector, una colaboración en la que ambos son creadores -- y disfrutan de ello: el disfrute es el ingrediente esencial y definitivo de la ciencia-ficción, el disfrute del descubrimiento de las cosas nuevas."

Philip K. Dick

